

En el monasterio

Alejandro Sancho Royo





5 septiembre, 2020 11:00 a.m.

Esta es una edición sin carácter comercial.

Los derechos de autor deben ser respetados.

Puedes compartir este texto tal y como está conforme a lo especificado en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Índice

Nota importante:	4
La llegada	5
Uno	5
Dos	9
Tres.....	13
Sor María de la Huerta	18
Uno	18
Dos	23
Tres.....	28
Sor Brígida de la Cruz	32
Uno	32
Dos	36
Tres.....	40
El obispo	46
Uno	46
Dos	50
Tres.....	54
En la ciudad	60
Uno	60
Dos	65
Tres.....	70
Aléjate de los poderosos	75
Uno	75
Dos	79
Tres.....	84
La verdad es lo que ayuda	89
Uno	89
Dos	93
Tres.....	99

En el monasterio

*Alejandro Sancho Royo
Granada, Septiembre 2020*

Nota importante:

Todos los personajes de este relato son ficticios. Aunque inspirado en personas reales cualquier coincidencia exacta es fruto del azar e inintencionado. Se mencionan algunos autores históricos conocidos. Las palabras que se ponen en su boca no necesariamente se corresponden con ningún texto o testimonio.

La llegada

Uno

Un maletín pequeño es todo el equipaje que lleva Ramiro. Una amplia cinta cruzada por delante del pecho con el maletín a la espalda señala un torso que en otro tiempo fuera musculoso. Ramiro está en esa edad en la que aún no se autoatribuye el epíteto de ‘persona mayor’ aunque sabe en su interior que cualquiera de sus alumnos lo considera viejo sin paliativos. Insiste en vestir deliberadamente informal; camiseta negra por fuera del pantalón vaquero, zapatillas de deporte o sandalias y un pelo encrespado y tieso que es quizás el único rasgo que no señala demasiado su edad. El taxi lo ha dejado a una hora algo tardía para ser el mes de octubre, pues llegar a las puertas de ese monasterio a las ocho, bastante alejado de la población más cercana, es todo un desafío a las normas de la casa. Ramiro lo sabe y por eso al coger el taxi avisó a la portería por teléfono. No es la primera vez que se hospeda. Hace muchos años ya estuvo unas -pocas- semanas. Eran otros tiempos y circunstancias pero lo hizo valer ante Sor Claudina, la hermana que se hace cargo de la portería y que es la única de aquellas monjas que conociera décadas atrás que aún se mantiene en pie.

—Esta mujer que rondará ya los ochenta tiene una memoria prodigiosa, —se dice a sí mismo—. ¿Pues no que se acuerda de detalles de mi estancia que ni yo mismo habría imaginado? ¿Cuando fue aquello? ¿En 1988?

Ramiro intenta ubicar aquellos días situándolos entre las fechas importantes de su vida: su boda, el nacimiento de su primer hijo, el accidente...

—Sí, sin duda fue a finales del 88, hace una friolera de años, justo diez meses después del accidente. Recuerdo que hacía frío, —se dice—, y que Sor Claudina me trajo una catalítica. Con aquella vocecilla me decía: ‘lo tengo absolutamente prohibido, si me ve la madre abadesa me riñe’. Pero claro, ella

supo a través de mi madre lo del accidente y ya se sabe que ese ansia maternal por proteger es muy propio de... ¿De qué? ¿De las mujeres, dicho así, en general? En aquella época habría dicho esa frase hasta el final del tirón y sin pensarlo pero ahora... Ese ansia maternal por proteger es muy propio de las ¿monjas? No. Las hay de todo tipo. ¡Uf! ¡Menudas son! Lo cierto es que Sor Claudina fue un encanto conmigo. Yo estaba mal, pero que muy mal. A ver, que lo perdí todo en un instante: mujer, hijo y salud en un chasquido de dedos, «in ictu oculi». Y claro, esas semanas que pasé en el monasterio, pues no se olvidan. A ella no. ¡Menuda dispensa tuvo que buscar mi madre, la pobre! Pero ella era muy generosa con las monjas y tenía buena mano en algunos despachos del obispado. Después de aquello nunca volví por aquí, —sigue reinando Ramiro en su interior—. Parece que llueve, ¡joder! No quiero que piensen que soy un impaciente, pero hace ya rato que le di a la campanita. Menos mal que la cancela tiene este tejadillo por encima, que si no me cojo una pulmonía. Voy a volver a llamarla. ¿Sor Claudina? ¡Sí, sí! Estoy en la misma cancela, sí. ¡Ah! ¡Ya se abre, sí! ¿Por la puerta de atrás? ¿La de verde? ¡Vale, vale! ¡Gracias!

—¡Pase, pase, Don Ramiro, que está ya el tiempo desapacible!

—¡Pero bueno, Sor Claudina, ¿qué es eso de Don Ramiro?! Ramiro a secas, que si no fuera por que es usted monja podría ser mi madre.

—¿Sólo trae eso? —dice señalando el maletín,— pero si me dijo la madre abadesa que quedaría usted aquí varias semanas, que recibió la petición del señor obispo para la dispensa. Ya sabe, hijo, que aquí no se admiten huéspedes por más de ocho días.

—No necesito gran cosa, hermana. Pero no me hable de usted, por favor. El portátil, unas mudas y poco más. Imagino que la hospedería seguirá proveyendo de toallas y sábanas como antes, ¿no?

—¡Calle, calle! ¿Cómo se le ocurre siquiera dudarle? ¿Va a cenar? Ahora mismo, como hoy no hay huéspedes, tendrá que cenar solo. Puede que le parezca triste que comer solo pero, ya sabe, no puedo acompañarlo.

—He comido hace muy poco un bocadillo, gracias, por hoy no voy a comer más. Pero veo todo esto muy cambiado y por favor, tutéeme, Sor Claudina.

—Es que verá, Ramiro. Se me hace raro, a un catedrático, hablarle de tú. Si no le importa, lo dejamos así.

Ramiro se da cuenta de lo poco «catedrático» que se siente. Recuerda a algunos de sus colegas de facultad y como se les amplía el pecho al escuchar esa maldita palabra que tan poquísimamente le importa.

—En fin, ¡qué le vamos a hacer, hermana! Como usted quiera, nos mantendremos cordialmente formales.

—¡Ah! Pero no vaya a pensar que es que no quiero que me tutee. Que a mí puede tratarme de tú, ¡faltaría más!

—Nada, nada, hermana. ¡Estricta simetría!

Ramiro y Sor Claudina se dirigen a las habitaciones. La casi inexistente decoración deja un regusto austero que Ramiro aprecia. Los escasos recursos decorativos tienen ese extraño aire de supuesta modernidad religiosa que convierten los pasillos de la hospedería en una muestra kitch de arte contemporáneo cristiano a caballo entre la artesanía vulgar y la religiosidad popular. De los antiguos cuadros del XVIII y XIX no queda ninguno. Ramiro ríe en su interior y piensa: ¿los habrán vendido para pagar la obra? La habitación es grande, con cuarto de baño incluido. Aunque la cama es estrecha, el escritorio es generoso y cuenta con una silla que, en cuanto Ramiro la ve, sabe que va a ser su potro de tortura particular para las próximas semanas.

—No sabe usted, Ramiro, lo que pasamos en el cambio de siglo. ¡Casi un año de obras! ¡Ahí es nada! Pero mereció la pena, ¿no le parece?

Ramiro miente al responder pues su recuerdo de la anterior hospedería, que estaba muy deteriorada, le resultaba más grato que la frialdad de esta obra moderna.

—Desde luego, hermana, unas instalaciones estupendas.

—Bueno, pues le dejo. Ahí tiene una hojilla con las horas, por si quisiera acompañarnos en el rezo. En media hora escasa comienzan las completas. Al final del pasillo está la puerta que da al patio exterior. Desde allí ya sabrá llegar porque el edificio antiguo y la iglesia no han cambiado, claro. Las sábanas y toallas las cambiamos los lunes. Aunque ha llegado usted hoy viernes, las cambiaremos igual. Las deja usted en este cesto y lo saca los lunes por la mañana a la puerta. Cualquier cosa que se le ocurra preguntarme, lo hablamos mañana en el desayuno, que ahora le tengo que dejar.

Una sencilla campanada se oye tras las rejas de la única ventana de la habitación. Ramiro vacía sus escasas pertenencias. El portátil y un par de libros y hoja sueltas sobre el escritorio. Algunas prendas en el armario y los útiles de aseo sobre la repisa del cuarto de baño. Al abrir el grifo de la ducha se sorprende del abundante caño de agua caliente.

—¡Qué maravilla! —se dice—.

Era a lo único a lo que le tenía miedo del monasterio, al agua fría. Recuerda que antes el agua caliente era escasa, como un reguerito, y que en cuanto se mezclaba un poco con la fría para tener algo de caudal adquiría ese tipo de tibieza que molesta tanto en los días de frío. Pero ahora no. Una ducha bien caliente relaja sus músculos. Vestido más cómodamente prueba la cama.

—No está mal. Creo que descansaré bien.

En el armario encuentra varias mantas.

—¡Perfecto!

Dobla una manta en cuatro, elige un rincón vacío de la habitación y la coloca formando un cuadrado. Dobla otra de las mantas en varios pliegues formando una especie de cojín alargado. Allí se sienta, las piernas cruzadas, las rodillas apoyadas en el suelo, cara a la pared.

A la media hora se levanta.

Desde la ventana no se ve ninguna luz pues al patio exterior solo dan las habitaciones de la hospedería y el comedor y Ramiro sabe que está solo. Lee la hojilla que está sobre el escritorio:

Estimado huésped,

«Se recibirá a cuantos huéspedes lleguen al monasterio como al mismo Cristo en persona»

(Regla de San Benito)

La hospedería de nuestro monasterio está abierta para todas aquellas personas que llevan en su interior una inquietud espiritual, cualquiera que sean sus convicciones religiosas. También para quienes desean pasar un tiempo de recogimiento y de oración en el marco que ofrece el monasterio, participando en lo posible en nuestra oración litúrgica y del clima espiritual que ofrece la comunidad. Le invitamos a compartir con nosotras la alegría de la oración para ello debe conocer los horarios siguientes y saber que la puntualidad es estricta, por lo que le recomendamos acudir cinco minutos antes de la hora, pues una vez comenzada la oración se procede al cierre de la puerta de acceso (Patio Exterior).

5:00 Oficio de Lectura (Maitines)

7:00 Laudes

15:00 Nona (de carácter no preceptivo para la Comunidad)

18:00 Vísperas

21:00 Completas

La hermana encargada dejará los textos señalados en cada una de las horas.

Las horas de comedor son las siguientes:

8:00-9:00 Desayuno

13:00-14:00 Almuerzo

19:00-20:00 Cena

Se ruega avisar si no se va a hacer uso de alguna comida. Siempre habrá disponible fruta e infusiones en el comedor a disposición de los huéspedes.

Cuando se sienta ante el portátil ya es noche cerrada. En el tratamiento de textos abre un documento: «*A non-dual commentary on Mark's Gospel. Ralph Szbuchinsky Ph. D.*»

Ramiro sonríe. Sabe que el encargo es algo delicado y que el simple hecho de que se le asocie al autor le traerá algunos problemas.

—Nada que no pueda olvidarse en meses. Al fin y al cabo este es un tema tan peregrino que no creo que se acuerden de él unos meses después de su publicación —habla para sí mismo—.

Pero no se pudo negar. En primer lugar porque, al fin y al cabo, el viejo Ralph fue su mentor en sus años en Otago y se lo debe. Luego está la editorial, que siempre ha sido muy solícita en darle todo tipo de trabajos. Y el congreso de Ávila. ¿Cuándo se ha visto un congreso en España sobre el tema? El viejo Ralph va a venir en persona desde el otro lado del mundo. Ramiro repasa el calendario: la editorial quiere tener el libro listo para la venta en el congreso, claro, que es a principios de julio. Luego a principios de junio tiene que estar revisado y listo para imprimir. Eso quiere decir que la primera versión debe entregarse en abril a lo más tardar. La traducción es lo que menos le preocupa. Son unas sesenta mil palabras, eso son dos meses o tres de trabajo. Pero el estudio previo... Eso es harina de otro costal.

—Pero bueno, paso a paso, —se dice—. Primero lo leemos, luego traducir, revisar y corregir y después vendrá el estudio. Si acabo la traducción antes de Navidad, tengo tres meses para el estudio.

Cuando Ramiro conoció a Ralph Szbuchinsky, él era aún el Rev. Ralph Szbuchinsky, profesor encargado de Nuevo testamento en la *Divinity School* de la Universidad de Otago, Nueva Zelanda. Ramiro es solo 5 años más joven que Ralph. Gracias a la recomendación de un antiguo profesor consiguió una prolija estancia en el lugar más lejano a España sobre la superficie terrestre. Los cinco años que marcarían toda su vida profesional y personal futura. Cinco años alejados del recuerdo del episodio más triste de su vida, el que le acompañará siempre.

—Yo era una persona muy alegre, —se recuerda a sí mismo hablando con Ralph en aquella época— y aún sigo siéndolo cuando logro olvidar. Mi mente tiene tendencia a la alegría de forma natural, solo que la vida me lo ha puesto difícil.

Ralph era pelirrojo como solo lo puede ser el hijo de una irlandesa y un polaco, ambos emigrantes a Nueva Zelanda a principios del siglo XX. Su piel clara y pecosa y su abundante barba era reconocible por todos en la facultad. Cuando Ramiro lo conoció era un sacerdote de unos cuarenta años de edad que no ponía ningún obstáculo para beber una buena cerveza, jugar un partido de rugby o pasar una semana recorriendo a pie los paisajes extraordinarios de la isla Sur.

Ramiro recuerda la extraña mirada de Ralph, sus ojos verde esmeralda y su nariz pronunciada. Las primeras semanas Ramiro usaba con torpeza su inglés académico hasta que poco a poco fue consiguiendo cierta soltura. Una destreza que gracias al estudio y al uso de la lengua lo convirtió según palabras del propio rector de la universidad en el «no-british más elocuente en lengua inglesa que había conocido». Cuando Ramiro conoció a Ralph ambos estaban solteros. El primero viudo, por desgracia. El segundo nunca había encontrado una mujer que quisiera soportar su vida un tanto ermitaña.

Más por decoro que por necesidad, Ramiro echa la cortina de su ventana. Al ser el único cuarto encendido sabe que desde el patio exterior se ve completamente todo su cuarto. No es que esté desnudo, pero no quiere mostrarse en pijama ante la ventana.

—¡Qué tonto eres! —Se dice.— ¿Quién va a pasar a estas horas por el patio?

Revisa el móvil y se da cuenta de que no tiene cobertura. Se mueve por la habitación, se acerca a la ventana. No tiene éxito. Con cuidado, con la extraña sensación de estar haciendo algo incorrecto, sale al pasillo, llega al comedor en donde enciende la luz. Se sirve agua, coge una pieza de fruta y se mueve con el móvil en las manos buscando algún indicio de señal. Nada. No hay cobertura.

—Aquí va a ser difícil que encuentre usted cobertura. —Una oscura voz de anciano le sobresalta.—
Ramiro da un respingo.

—¡Buenas noches! ¡Me ha asustado usted! ¡Caramba!

—Discúlpeme, me lo dicen las hermanas con frecuencia, que de sigiloso llego a ser un tanto inquietante. ¿Es el nuevo huésped? Me mandó venir la madre abadesa antes de cerrar el monasterio y marcharme a casa.

—¿Y usted es...? —Ramiro se siente ridículo con ese pijama gris de pantalón corto con florecitas, impropio desde luego, de un señor catedrático de inglés.

—Casto Fresneda, para servirle. Hago tareas de todo tipo aquí en donde las monjas. Las hago desde que recuerdo, cuando le ayudaba a mi padre en estas faenas. Abro por las mañanas y cierro por las noches. Vivo a diez minutos de aquí.

—Ramiro Gorafe. Encantado. Y, en efecto, buscaba cobertura.

Dice mientras muestra el móvil levantándolo tontamente.

—Pues el único sitio donde hay cobertura del monasterio es el jardín de atrás. Tiene que seguir usted la acequia y al final ya podrá hablar porque, claro, por clausura no va a poder entrar. O también puede irse a la cancela de la entrada. Allí también tiene cobertura, como está más alto y cerca de la carretera...

—No se preocupe, no necesito llamar ahora. Buenas noches y gracias.

—A mandar, que para eso estamos. Buenas noches. Yo cierro todo antes de irme. ¡Ah, una cosa, discúlpeme! Justo se me ha olvidado lo más importante. Me encarga la abadesa que le pregunte si tendría usted a bien visitarla en su despacho después del desayuno.

—Por supuesto Casto, allí estaré.

—Yo le indico mañana cómo llegar. Buenas noches.

—Buenas noches.

Dos

Una campana lejana. Ramiro enciende el móvil. Las cinco menos cuarto. Se echa algo de agua en la cara. Se viste con torpeza. Ni siquiera clarea, descorre la cortina y mira al cielo entre las rejillas. Aunque aún es de noche, el color del cielo ya no es tan negro, es más bien de un azul profundo, como algunas de esas largas túnicas de las vírgenes del sur, bordadas de estrellitas doradas o plateadas. Ramiro, sin pretenderlo, recuerda su infancia, los largos viajes en Semana Santa en aquel tren que los mayores llamaban Ruta de la Plata y de su interminable viaje hacia el sur.

—Se me echa el tiempo encima, —piensa y sale un tanto atropelladamente de la habitación que deja sin echar la llave.

Cuando sale al patio se da cuenta de que va poco abrigado y se vuelve a por una chaqueta. Al salir de nuevo de la habitación se topa con Casto. Se saludan con unos rápidos susurros de buenos días. La puerta que comunica el patio con la parte de la iglesia reservada a los huéspedes aún está abierta. La luz de la iglesia es mortecina, la justa para poder distinguir con algo de dificultad el texto del libro de las horas. Ramiro se sorprende al observar que la clásica celosía que dividía la parte reservada a los huéspedes de la de clausura ha desaparecido. Una baranda baja que permite disfrutar del espléndido

do templo da una visión parcial aunque suficiente del conjunto de ancianas monjas que conforman el claustro del monasterio.

—¿Habrá una manera de ver la iglesia con calma? —Piensa.— Seguro que los domingos se podrá acceder por la puerta principal. Tengo que preguntarle a Casto.

El oficio de lectura es corto, cuando vuelve a su cuarto tiene una fuerte inclinación a volver a acostarse. Mira la hora. Las seis menos cuarto. En una hora va a volver a sonar la campana.

—¿Pero qué te pasa, Ramiro? No has venido aquí a rezar con las monjitas. —Se dice.— ¿Es que quieres posponer el comienzo de la traducción?

Ramiro se sienta en el suelo, sobre la manta que hace de cojín. Respira con algo más de profundidad, deja descansar sobre sus rodillas las palmas de las manos y mira a la pared «con la mirada de las diez direcciones» como decía el viejo maestro zen.

Una hora más tarde suena de nuevo una sola campanada. Ramiro junta la manos y se inclina. Al levantarse se apoya con fuerza sobre el escritorio. Se le ha dormido una pierna, como casi siempre, Ramiro sonrío.

Vuelve a dirigirse a la iglesia, a Laudes. Antes de empezar el rezo, Sor Claudina se acerca a los bancos reservados a huéspedes y coge un libro de horas donde con cintas señaladoras de colores ubica las lecturas del momento. Sin palabras, Ramiro se acerca y asiente. Sor Claudina vuelve a su lugar en la iglesia. Ramiro observa que él, muy posiblemente, es una de las personas menos mayores de las presentes. Algunas hermanas se han acercado apoyadas en andador, muy lentamente a su lugar. Una vez que están todas comienzan ‘a capella’ el canto.

Dios mío, ven en mi auxilio.

Señor, date prisa en socorrerme.

Ramiro siente la literalidad del texto. Un conjunto tan frágil de ancianas, en su mayoría, que cantan con voces cristalinas ese texto a esas horas tan tempranas le conmueve profundamente. Aunque no se atreve a acompañar con su voz cascada y su mal oído el canto llano, sigue el texto en su interior y permanece atento a la liturgia.

Después de Laudes y de un sobrio desayuno Ramiro piensa que es aún temprano para ir al despacho de la abadesa. Vuelve a su cuarto y reanuda, por fin, la tarea pospuesta que le ha llevado a buscar este retiro autoimpuesto.

—Es que si no te dedicas por completo a esto no vas a empezar nunca —le dijo su amigo Alberto, el editor, semanas antes.— ¿No tienes un semestre libre de dedicación docente? Pide un permiso para dedicarte a la investigación fuera de tu despacho, hombre, que lo que estás haciendo encaja perfectamente en tus proyectos. Hazte un retiro, aléjate de casa y de los amigos y dedícate por entero.

Como si de abrir la caja de Pandora se tratara, Ramiro abre la tapa del portátil y vuelve a leer, una vez más, con cierto aire cansino, el título del documento. ¿Por qué habrá escogido Ralph el evangelio de Marcos?

... «No puedo evitar con cierta frecuencia que frases, ideas e imágenes de mi contexto religioso de origen, interpelen y surjan con cierta asiduidad. En septiembre de 2016 emprendí el camino de comentar -no puedo precisar demasiado el porqué de la elección- el evangelio de Marcos.»

—¡Vaya, hombre! Todo un profesor de Nuevo Testamento de una Facultad de Teología no puede precisar demasiado el porqué de la elección, —se dice Ramiro.— Más bien será que no quiere, o que prefiere callárselo.

«Marcos 1, 1-8: Juan el Bautista prepara el camino

El comienzo es en sí mismo una declaración de fe. Vincula esa declaración con el pasado bíblico y la figura

del profeta Isaías. Reconozco en este texto la necesidad humana de relacionar nuestro presente con nuestro pasado, de encajar las experiencias que hemos tenido con las expectativas que sobre esas experiencias existían previamente. La fuerza del enfoque profético puede estar relacionada con la necesidad de algunas culturas humanas de construir narrativas simplificadoras, de escapar de la complejidad y la aparente falta de sentido de los acontecimientos tal y como se nos presentan.

Cuando meditamos, experimentamos también esta necesidad de dotar de sentido a la multitud de sensaciones, pensamientos, emociones, etc., que nos inundan. Una y otra vez acudimos al impulso de intentar comprender, etiquetar, clasificar, reunir datos y argumentos de nuestro pasado para intentar comprender lo incomprensible o quizás, lo que queremos es evitar el vértigo de simplemente ser...»

Tras leer durante una hora, suena la alarma del móvil que le recuerda su cita con la abadesa. Sale de la hospedería y se acerca a la puerta de clausura en donde vuelve a ver a Sor Claudina.

—Hermana, venía a ver a la madre abadesa que me mandó llamar ayer.

—Sí, pase Ramiro, le está esperando.

Esas dependencias del monasterio están remozadas pero siguen siendo obra original del siglo XVIII. El interior de este área no hace concesión alguna a la modernidad. Las limpias paredes solo dejan ver algún cuadro religioso que otro, la mayoría en buen estado. En las esquinas del pequeño patio que da acceso al despacho de la abadesa crecen aspidistras en enormes macetas con forma de tinas abrazadas por trébedes de hierro. El suelo es de loza original, los pocos escalones que separan la entrada de las dependencias tienen las tabicas adornadas de cerámica decorada con el buen gusto propio del barroco local. No hace frío aún, aunque la lluvia del día anterior y el tiempo un tanto desapacible le hacen pensar a Ramiro en las inclemencias de los días por venir. Sor Claudina le señala una enorme puerta de madera oscura que da al patio. A esas horas de la mañana el sol ha subido lo suficiente como para empezar a iluminar la parte más alta del hueco del patio que tiene dos plantas. La luz amarillenta se refleja débilmente en el suelo.

—¡Entre, entre sin llamar!

Dice mientras se marcha con unos andares que, no exentos de ligereza, denotan la avanzada edad de la monja.

Ramiro esperaba entrar en un despacho. Se sorprende al acceder a una sala oscura con cierto aspecto de sacristía que queda iluminada exclusivamente por la luz que procede del patio. Sin cerrar la puerta lee una mínima cartela sobre la única puerta «Madre Abadesa». Advierte un interruptor antiguo junto a la puerta de entrada, de esos que vulgarmente se llaman «de pellizco». Al accionarlo una luz dorada inunda la sacristía. Porque enseguida Ramiro reconoce la pila y los amplios armarios oscuros con cajoneras que son propios de una pequeña sacristía del siglo XVIII. Un gran espejo dorado, convenientemente inclinado refleja, distorsionado por el azogue deteriorado por el tiempo, su figura. Allí, sobre el enorme mobiliario de la sacristía, un Ramiro leproso, como manchado por la distorsión de sus propios ojos astigmatas le mira un tanto inquieto. Se acerca a la puerta del despacho y llama.

—¡Adelante, pase!

Le llama la atención la voz firme y segura. El despacho de Ramiro en su facultad es una garita comparado con el de la abadesa. Esperaba un lugar cerrado, si acaso con alguna ventana y lo que encuentra es una estancia grande, rectangular con dos espacios bien diferenciados y en el que la total ausencia de una cuarta pared proporciona una alegría visual poco común. Toda la pared frente a la puerta ha sido sustituida por un inmenso ventanal que se abre hacia un patinillo interior de un verdor extraordinario, de tal forma que no hay solución de continuidad entre el maravilloso vergel y el propio despacho en el que tampoco falta la presencia vegetal. Algunas de las macetas más altas del patio ya son tocadas por el tibio sol de principios de octubre.

—Encantado de conocerla madre abadesa, —dice Ramiro extendiendo su mano—.

—Sentémonos allí, Ramiro.

La abadesa se levanta de su mesa, estrecha su mano con cierta firmeza y le señala una amplia mesa redonda con seis sillas en el extremo opuesto de la habitación. Ramiro la deja hacer pues no sabe bien dónde le corresponde sentarse al ser todas las sillas iguales. Sobre la mesa, en una bandeja adornada con un pañito de encaje hay una jarra de agua y seis vasos.

—¿Le apetece un café?

—Hace poco desayuné, gracias. No es necesario.

—Bueno, bien. ¿Cómo ha encontrado su habitación? ¿Es de su agrado?

—Es perfecta, gracias. Justo lo que necesito. No echo en falta nada y Sor Claudina es una magnífica anfitriona, siempre tan dispuesta y sonriente.

—No dude en solicitarnos lo que necesite que, si está en nuestras manos, se le proporcionaremos.

—Muchas gracias, madre abadesa.

—Si no le importa, llámeme María o sor María, como se sienta más cómodo. Bueno, sin más preámbulos, le dije a Casto que quería verle por razón de cortesía como comprenderá y también para referirle lo excepcional de su larga estancia en esta casa. Sinceramente le digo que, sin el interés mostrado por el señor obispo, nos hubiéramos visto obligadas a declinar su petición. No queremos que la hospedería se convierta en lo que no es, usted me comprende.

Sor María tiene, años arriba o abajo, la misma edad que Ramiro. Es alta y robusta, con un porte poco común entre las monjas. Apenas asoman la raíz de unas canas grises bajo la toca. Lleva unas gafas enormes de culo de vaso que aumentan aún más la generosidad de su rostro. Su manos no parecen de abadesa pues tiene por costumbre trabajar varias horas al día en la huerta y el jardín del monasterio. Ha hecho de esa costumbre su propio nombre, además, pues al recibir sus votos y escoger solicitó ser llamada Sor María de la Huerta algo poco usual que, sin embargo, en aquellos tiempos de tímida apertura le permitieron.

—Les estoy muy agradecido, de verdad.

—¿Y qué es esa traducción, si puede saberse, que le ha traído a nosotras?

—Es un encargo de una editorial que usted bien conoce, Nunc Dimittis. Como fui un estudiante muy cercano al autor y he escrito algunas menudencias sobre el tema, han decidido que la traduzca, y haga un estudio crítico de la obra. Ya se imagina usted, cosas de académicos.

—Cosas de académicos que a mí y otras muchas hermanas de nuestra congregación les interesa. Perdóneme que insista, ¿cuál es el título de la obra?

—Podría traducirse literalmente por «Un comentario no-dual del evangelio de San Marcos» aunque el autor ha omitido el ‘San’ deliberadamente, yo me inclino, pensando en la propia editorial, por colocarlo pues antes de que ellos me corrijan prefiero hacerlo yo mismo.

Ramiro casi empieza a reír pero deja que se congele su sonrisa al ver que la abadesa no le acompaña.

—¿Y el autor?

—¡Ah, disculpe, es Ralph Szbuchinsky, un teólogo neozelandés con el que estudié. Es discípulo de otro que inició eso que se ha llamado ‘cristianismo secular’ en esas tierras.

—Pero no son católicos, ¿no?

—No, son de origen presbiteriano aunque ahora mismo no sé qué adscripción formal tienen. En Nueva Zelanda son bastante abiertos en lo que se refiere a la profesión de fe, no se si me explico.

—Como un libro abierto. —Sor María suspira.— En fin, tiempos modernos que traen cierta confusión. Por cierto, ¿qué es eso de no-dual?

Ramiro mira sus propias manos. Respira profundo.

—No quiero pecar de excesiva prudencia. Hay muchas maneras de entender ese concepto y puede ser comprendido desde un punto de vista filosófico, histórico y religioso. Sabe usted, sor María, que cuando se ha estudiado mucho un tema es difícil resumirlo en pocas palabras salvo que uno sea un sabio o un genio, cosa que no es el caso.

—¡Déjese de modestias y explíqueme!

—Básicamente se refiere al conjunto de filosofías y religiones que no entienden la espiritualidad separada del mundo manifiesto. Por decirlo con palabras de la filosofía cristiana: una visión no-dual es aquella que proclama la indiferenciación de lo trascendente y lo inmanente sin necesariamente establecer la existencia de una sola cosa, de ahí el ‘no-dual’ y no establecer ‘una unidad’. Perdón si soy algo obtuso.

—¡Ah! Pues hay muchos autores cristianos que son...

—...no duales. Claro. Ese es el motivo por el que Nunc Dimittis se interesa por el libro de Szbuchinsky. Y claro, con el congreso de julio en Fuentegüesa, quieren tenerlo a la venta pues encaja perfectamente con la temática. El tema no es menor, no. Muchos místicos cristianos han expresado su experiencia en términos similares a lo que filosóficamente se llama no dualidad.

—Creo que usted y yo vamos a tener temas que tratar estos días, ¿no le parece?

—Estaré encantado. Despéjeme una duda, creo recordar que un colega me comentó que es usted médica. ¿Es así o estoy equivocado?

—Está usted en lo cierto aunque ahora mismo mis pacientes se limitan a las hermanas del monasterio. Pero sí, en un tiempo ejercí la medicina en Brasil, en una misión amazónica, en el río Xié, cerca de Colombia.

—¿Y cómo llegó usted aquí? Quiero decir, ¿cómo cambió la vida de servicio por la contemplativa?

—Eso es largo de contar, quizás en otro momento. —Responde la abadesa agitando suavemente las manos.—

Ramiro comprende que debe despedirse. Se levanta mientras dice:

—Le dejo tranquila, madre, imagino que tendrá cosas más importantes que atender.

—¡Vaya, vaya, Ramiro! Seguiremos hablando en otro momento. —Dice mientras se levanta a su vez.— Por cierto, me agradó mucho verlo esta mañana en la iglesia. No me imaginaba yo que estaría usted dispuesto a asistir.

—Yo tampoco, madre, yo tampoco me lo imaginaba.

Y al decir esto, esta vez sí, ambos ríen a carcajadas.

Tres

Las horas y los días se suceden. Se acerca una de las fiestas grandes del monasterio, el quince de octubre. El número de huéspedes aumenta y aunque siempre el ruido se mantiene muy por debajo del de la vida fuera del monasterio, el ajeteo de las comidas y el ir y venir de visitantes es notable en comparación con los días pasados. Ramiro no va a buen ritmo. O mejor dicho, Ramiro casi no le dedica tiempo a su trabajo. No se pierde un rezo, eso sí. Ni los que hace en la iglesia ni sus meditaciones al más puro estilo zen en su habitación. Eso, las horas que dedica a comer y su paseo higiénico diario después del almuerzo, lo mantienen ocupado todo el día. Sanamente ocupado. Se siente sereno y feliz pero le apesadumbra darse cuenta de su magro avance en la tarea que le ha llevado allí.

3 «Voz de uno que grita en el desierto: “Preparen el camino del Señor, háganle sendas derechas”». 4 Así se presentó Juan, bautizando en el desierto y predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados.»

«Así que aquí la figura de Jesús se vincula con el profeta para un reenmarcamiento de la experiencia del evangelista dentro de su propia tradición y así justificar la, por otra parte blasfema, expresión desde dentro de su cultura de Hijo de Dios. El evangelista necesita del pasado para poder asumir la inexplicable y extraordinaria experiencia del presente que le lleva a una formulación blasfema desde su propia cultura. Y ese al que se refiere como mensajero es un outsider «uno que grita en el desierto». En meditación el outsider puede ser el pensamiento acallado, aquello que ignoramos deliberadamente, esos aspectos de nuestro ser que no queremos ver, a los que no les damos cabida en nuestra necesidad de control y autocomplacencia. Las sendas derechas que nos señala el outsider pueden ser los siempre presentes momentos de lucidez, de presencia auténtica, de simplemente ser. Esas son sendas derechas porque surgen de la relajación que se rinde sin lucha ante la evidencia de la falta de control, de la no necesidad de mecanismos de mantenimiento de una entidad ficticia de yo. Esas sendas derechas dejan el camino despejado para la ausencia de culpa, «el perdón de los pecados», que desde una perspectiva de la cultura judaica implica la existencia de una ofensa y por tanto de un ofensor y de un ofendido. Pero una vez que la senda derecha se ha establecido, que esos momentos de presencia auténtica, de relajación natural en la propia naturaleza no fabricada ni autoexistente del ser se hacen presentes y continuos, no hay nada que pueda ofender, ni ofensor ni ofendido.»

Cuando acaba de leer el párrafo Ramiro se da cuenta de que este texto de Ralph se aleja claramente de toda su obra anterior. Resulta más fresca, menos literaria y erudita. Abre un cuaderno que tiene junto al portátil y toma unas notas escritas a mano. Le gusta escribir a mano de vez en cuando. A veces hace como ahora, va tomando notas a mano para luego pasarlas a limpio y glosarlas o ampliarlas en el ordenador. Aunque casi ni ha empezado la lectura del texto, ya empieza a notar que va a ser más difícil de lo que esperaba. No la traducción, sino el estudio crítico. ¿Qué puedo decir yo de ese comentario? Parece algo muy personal, algo que le involucra.

Se oyen risas en el pasillo. El largo pasillo y la decoración escasa hace que cualquier ruido reverbera exageradamente. No son risas conocidas. Demasiado jóvenes para ser de la casa y además las hermanas no salen nunca salvo sor Claudina. Una sencilla campanada suena en el patio.

—¡Uf, las vísperas! ¡Se me fue el santo al cielo!

En el pasillo saluda a varias personas desconocidas que como él se dirigen a la puerta del patio exterior. Ya en la iglesia se acomoda en una de las sillas más lejanas, pues llega el último. Es la primera vez desde que está en el monasterio que todos los asientos reservados a huéspedes están ocupados. Todos menos uno, claro, el suyo.

*... «Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos...»*

—¡Qué belleza! —Piensa Ramiro.— ¿No es suficientemente explícito el salmo? ¿Por qué nos olvidamos con tanta frecuencia de esto? Me recuerda la vida de otros grandes meditadores. Claro que aquí ‘Él’ hace referencia a Yahvé, al Dios de David. Pero, ¿cómo era aquello que leí sobre la vida de aquel yogui tibetano? «Al distribuir las ofrendas siempre empezaba por la gente más pobre. ‘Los benefactores y gente de posición social no tienen que temer que se les pase por alto’. A los benefactores y gente de posición social nunca daba las gracias. ‘Dejemos que acumulen mérito en lugar de recibir ahora su pago en forma de gratitud’. Sin embargo era extraordinariamente bondadoso con las personas pobres, sufrientes y humildes; mostraba inmenso placer por los alimentos sencillos y otros regalos que ofrecían los pobres y solía ofrecer oraciones de aspiración por ellos». ...derriba del trono a los poderosos... ¡Qué pena de mundo este!

En el comedor hay ahora bastante ajeteo. Aunque la hospedería es pequeña pues cuenta solo con dieciocho camas, no todos los huéspedes tienen en cuenta el lugar en el que se encuentran. Eso, junto a la escasez de mobiliario y cortinas, hace que el ruido sea algo desagradable. El comedor tiene cinco mesas de cuatro plazas. Está separado por una cristalera de una zona que hace las veces de cocina. Allí, sobre una encimera corrida hay distintos muebles con los utensilios propios del comedor, un fregadero, pan, jarras de agua y demás. La comida la trae sor Claudina en un carrito metálico que procede del interior del monasterio. Esa zona sirve para hacer el desayuno, servir la comida, lavar los platos y cubiertos pero no está dotada de fogones ni tiene las materias primas para confeccionar la comida. En el comedor propiamente dicho, las patas metálicas de las sillas chirrían con el movimiento de los huéspedes y Ramiro se sorprende a sí mismo con un sentimiento de molestia por la pérdida de su tranquila situación anterior. Empieza a sentirse como ‘del lugar’, como si los escasos diez días que lleva allí le permitieran ver a los recién llegados como extraños. Los huéspedes son de todo tipo: tres parejas de mediana edad que han venido a hacer turismo por la zona, un grupo de jóvenes con aspecto de seminaristas, que no han dudado en juntar dos de las mesas ante la atónita mirada de sor Claudina, y un par de señores ya mayores como él. Uno de los huéspedes, el más callado de todos, está sentado a su lado. Es un anciano casi calvo con un ligero, casi inapreciable, temblor en las manos.

—Creo que le conozco, —le aborda en voz baja.— ¿No es usted profesor de inglés?

—Sí, en efecto.

—Da usted clases en una facultad de Teología, ¿no?

—Acierta plenamente. Es así.

—¿Sabe? Le dio clase a mi hija, hace ya de esto sus quince años. Y como la orla de ella aún está colgada en casa, pues al verlo me he dicho: a este hombre lo conozco.

—Pues ya es raro que una licenciada en Teología cuelgue su orla en casa, la verdad. Ahora no hay tanta costumbre de eso en la facultad, aunque antes sí me pedían que posara para la ocasión. ¿Y cuál es el nombre de su hija, si no le importa? A veces uno se acuerda...

—Carmen, se llamaba Carmen López.

—¡Ah, disculpe! ¿Falleció?

—Sí. Tuvo un desgraciado accidente en Filipinas. Era monja allí.

La palabra ‘accidente’ despliega su panoplia de emociones, sensaciones y pensamientos del pasado. Ramiro comienza a sudar ostensiblemente.

—Hace calor, ¿no?

Sor Claudina, que anda de acá para allá atendiendo las mesas se lleva un dedo a los labios.

—¡Señores, por favor, bajen un poco el tono! Ya sé que no les puedo pedir que coman en silencio como nosotras, pero debo recordarles que estamos en un monasterio.

En el silencio que se hace se pueden oír los cubiertos que suben y bajan de los platos. Algún que otro susurro recupera algo el tono informal de la cena. Sor Claudina se le acerca:

—¿Está usted bien, Ramiro? Se le ve muy acalorado y eso que usted no toma vino.

—Pues sí, tengo calor, no lo puedo negar. Creo que ya he terminado por hoy, hermana. Muchas gracias. Si me disculpan, no me encuentro muy bien y no me veo capaz de recoger y limpiar, perdónenme —dice dirigiéndose a los otros tres comensales de la mesa.—

—Claro, claro. No se preocupe. —Responde el anciano que está a su lado.—

Al llegar a su cuarto Ramiro se dirige directamente a la ducha.

—He tenido una reacción vagal, —se dice.— Hacía tiempo que no me pasaba. He bajado la guardia, quizás. El ruido, puede ser también. A mí esos ecos me molestan mucho siempre, pero casi me des-

mayo allí. ¡Menudo lío les hubiera montado! Me doy la ducha fría y ya está. Bueno, muy fría no, que acabo de comer. Aunque aquí la comida no es precisamente copiosa. Como siga así voy a adelgazar y todo. Me llevo un 2x1 de la experiencia. Ya estoy mejor. —Se dice mientras el agua tibia resbala por su espalda.—

Esa noche falta por primera vez a completas. Lo sustituye por una sesión en su rincón algo más larga de lo usual. Se siente mejor. Aunque no puede, ni quiere, evitar que los pensamientos aparezcan aquí y allí moteando el silencio de palabras sueltas, la meditación le calma y le hace bien. A las once de la noche el silencio es total. Corre las cortinas de la ventana y apaga la luz del cuarto dejando solamente la lamparilla de la mesita de noche. Retoma la lectura con el portátil sobre su regazo en la misma cama.

«Detrás de mí viene uno más poderoso que yo» dice el outsider. Es el reconocimiento desde su propia cultura de estructuras de mayor alcance, es el reconocimiento de la necesidad de no creer que se ha resuelto el problema. No está resuelto el problema, no he llegado a ninguna parte, no se ha acabado la historia. Esto podemos expresarlo así: «ni siquiera merezco agacharme para desatar la correa de sus sandalias». Si cosificamos, reducimos y delimitamos ese «más poderoso» volvemos a perder la presencia auténtica, a poner al servicio de nuestras limitadas percepciones el continuo presente fluyente que no es ni más ni menos que simplemente ser. Si le damos nombre, lo perdemos; si lo ponemos de nuestro lado, lo perdemos; si lo queremos sostener, lo dejamos caer; si nos queremos separar, se pega a nosotros; si lo queremos controlar, nos abandona. Así que Juan Bautista, el outsider, nos advierte que él se encuentra aún ligado a las nociones de puro/impuro y de ahí su necesidad de bautizar con agua. Él se encuentra aún ligado a las nociones de correcto/incorrecto, por eso es un outsider porque necesita sentirse autoaceptado en su estrecha visión de lo que está bien.

—¡El bueno de Ralph! ¿Por qué se mete en estos berenjenales? ¿Por qué no se dedica como ha hecho siempre a sus discursos metafísicos llenos de citas y erudiciones sin cuento? A mí me parece que este hombre está echando en falta su púlpito y su iglesia. —Piensa.— ¿Cuántos años hace que dejó los hábitos? ¿veinte, treinta? No, no tantos. Veinte, quizás. ¿Será que está enfermo y quiere reconciliarse con su pasado? O, lo mismo ha tenido una experiencia mística que le lleva a escribir esto. No sé. Tengo que llamarlo. Cuando termine la traducción tengo que...

—¡Ayyyyy! ¡Ayyyyy! ¡Que me matas, malvada!

Unos gritos desgarradores se oyen más allá del patio. Algo lejanos pero no lo suficiente como para ignorarlos.

—¡Suéltame, desgraciada! ¡Suéltame! ¿Quién eres tú? ¿Dónde está mi madre? ¡Ayyyyy! ¡Ayyyyy!

Ramiro se viste apresuradamente y sale al pasillo. No hay nadie. Todo en silencio y a oscuras. Es casi media noche.

—¿Qué hago? Parece que se ha calmado, quienquiera que fuera.

Apaga la luz de la mesita. Afina el oído y abre ligeramente la ventana. Nota el fresco de la noche otoñal entrando por la rendija. El canto de un autillo se distingue claramente. Cuando acerca el rostro al borde de la ventana, la luz de la luna le ilumina la mitad de la cara que se refleja en la ventana. Su rostro, un tanto distorsionado por la luz y la extraña postura del cuerpo, muestra una sonrisa para sí mismo. Una sonrisa un tanto bobalicona que a él mismo, en otras ocasiones de su vida, le ha disgustado al vérsela en fotos y que ahora, con el paso del tiempo, reconoce como una muestra de sencillez, de falta de doblez.

Vuelven los gritos, esta vez sin palabras. Lamentos desarticulados de alguien que sufre junto con otra voz, más tranquila y tranquilizadora.

—¡Calma, calma! Respira, espera. Bien. Eso es, ¿ves? Así. Bien. Ya está. Poco a poco. Venga, ya está. Todo esto le ha desvelado. Vuelve a encender el portátil.

... «Pero aquel «más poderoso que yo» deja atrás las dicotomías y está más allá de las delimitaciones, por eso él se permite llamarlo Hijo de Dios. Es la blasfemia judía, lo que está fuera de las categorías culturales permitidas lo que define para Juan Bautista lo innombrable, que desde la limitada experiencia de la meditación transcurre siempre en el momento presente, en la presencia lúcida del simplemente ser. Una presencia que no necesita de etiquetas, purezas ni correcciones, que está más allá de la necesidad de defender el castillo del yo hecho de los jirones de las nubes de la ignorancia...»

Cierra el portátil y lo deja en la mesita. Hace por dormir y, mientras permite que su mente se vaya calmando, cae en la cuenta de que lleva más de una semana sin hablar con su hermana.

—¡Vaya! —Se dice.— Mira que sé que le gusta saber de mí de vez en cuando. Pero aquí, es que se me pasa el tiempo tan rápido. Bueno, no es exactamente eso, pero algo hay. Es...que me siento bien en mi pellejo aquí, como hace mucho tiempo no sentía. Quizás como cuando hacíamos esos viajes andando por las montañas de la costa oeste, con aquellos glaciares... Creo que podré dormirme recordando esos paisajes...¡Hace tantos años!

Sor María de la Huerta

Uno

Tras las fiestas de octubre disminuye el número de huéspedes. El otoño se ha adentrado tanto que ya no quedan casi colores en las colinas cercanas. Ramiro pasea entre la hojarasca disfrutando como un niño con el ruido de las hojas secas. Algunos días el frío viento del norte logra levantarlas por momentos en remolinos ocres. Paseando junto a la gran acequia, casi un canal, observa a lo lejos una casa vieja que está ligeramente levantada respecto a su posición y aún siendo pequeña dan un cierto tono dramático al horizonte por el este. Las nubes oscuras, llenas de agua ocultan el sol que proyectaría su sombra por delante como otros días atrás. A Ramiro no le gusta andar después de la comida. Lo hace por recomendación médica y porque sabe que le sienta bien. Cuando llega al punto en el que la acequia desaparece hundiéndose en las entrañas del terreno, mira el móvil y marca el número de su hermana.

Matilda coge el teléfono enseguida:

—¡Ramiro, hijo! Me tenías preocupada.

—Claro, como estoy en mitad de una guerra, es para preocuparse. ¡No te digo! Vivo una vida más sana y segura que la tuya, mujer, ¿de qué preocuparse? Es que te tengo muy mal acostumbrada. Ja, ja, ja...

—Bueno, hermano, no me regañes. ¿Cómo estás? ¿Cómo va tu trabajo?

—Estoy bien, estoy bien y el trabajo progresa. Lentamente. Más lento de lo que quisiera, pero poco a poco va saliendo.

—¿Qué te pasa, Ramiro? Me preocupas. Esa manera de alargar la labor no es propia de ti. Otras veces en mitad de la vorágine, de las clases, de tu dedicación a mis hijos, o de viajes, de idas y venidas, has sacado para delante todas las traducciones, artículos y demás y ahora te veo como...

—...atascado. Sí. Tienes razón. Me siento atascado. Estoy leyendo, sí, pero ia un ritmo! Ya sabes que antes de empezar propiamente a traducir siempre me gusta leerme el texto de pe a pa. La verdad es que dificultad lingüística no tiene. Es más, creo que es uno de los escritos más sencillos de Ralph.

—¡Ah! ¿Pero es de Ralph el trabajo?

—Sí, sí. ¿No te lo dije?

—Lo mismo me lo dijiste y se me pasó. Sigue, sigue.

—No, nada, te decía que el texto en sí no tiene dificultad. Es interesante y va a ser un acierto editorial publicarlo justo para el congreso. Pero es que...

—Me tienes en ascuas, hijo.

—Que me apetece más ir a los rezos con las monjas. Ya sabes; maitines, laudes,...Y como también dedico tiempo a mis meditaciones, únelo con las comida y el paseo, y al final raro es el día que saco dos horas de trabajo.

—Pues tú verás. Si no te hubieras comprometido, ¿qué problema habría? También puedes llamar a Alberto, ¿no? Lo mismo él te entiende, o buscar un alumno aventajado que te lo traduzca y tú solo lo corriges.

—No me des soluciones, Matilda, por favor, que soy mayorcito. ¿Y tú cómo estás? —Ramiro intenta desviar la conversación del tema que le atosiga.—

—Yo estoy bien. La niña enfrascada ya en su tercero de carrera y Javi me manda mensajes al teléfono de vez en cuando diciendo que va bien.

—¿Ya está asentado en París?

—No propiamente, se ha ido a los alrededores, a Boligny, resulta que se ha encontrado con

Mientras su hermana habla y habla sobre sus hijos, sobre sus clases en el instituto, sobre la situación política, sobre los atascos en la ciudad y tantas, tantas cosas, Ramiro mira al cielo. Desde donde está sentado, mirando al oeste, puede verse en primer lugar la tapia del monasterio, Por encima asoma la copa de un viejo nogal de porte extraordinario y las puntas de tres cipreses que están plantados en el jardín. La silueta de la iglesia y el edificio antiguo se averiguan al fondo. Una extraña claridad lechosa crea un ambiente sin sombras en donde las siluetas se recortan. A su derecha, hacia el norte, las nubes resultan ser algo más oscuras y bajas. Un hilo de agua baja de ellas.

—..., ¿no? ¿Ramiro, me escuchas?

—Sí, sí, te escucho.

—¿Y qué crees? ¿Se lo digo o no?

—Perdona, hija, es que la última frase la he perdido.

—Estás en la inopia, ijoder, Ramiro! Que si le digo a mi ex que venga por Navidad a casa, que anda corto de dinero y quiere ver a los niños y dice que es muy costoso para él venir tantos días de hotel.

—Que vaya a la mía, Matilda, no será la primera vez. Y lo mismo ni siquiera estoy yo allí en Navidad, ya veremos.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! Te agradezco el ofrecimiento y se lo diré a él, pero tú no te quedas ahí en Navidades. ¡Ni mucho menos!

—Bueno, no te pongas así. Ya hablaremos, quedan dos meses casi. Dale muchos besos a la niña y a Javi, ¿vale?

—Tú tienes sus números, ¿por qué no les mandas un mensajito, anda? ¿Qué trabajo te cuesta?

—Vale, vale, lo haré. ¿Sabes? ¡Cuánto me alegro de que no haya cobertura en el monasterio!

—¡Qué puñetero eres, Ramiro! ¡Cúidate, descastado!

—Adiós, adiós.

Está a punto de levantarse cuando ve a Casto llegar del sotobosque que se extiende más allá de la acequia.

—Se arruinaron las endrinas este año. ¡Vaya por Dios!

—¿Qué hay Casto? ¿De dónde viene usted?

—De por ahí, del monte. —Casto tiene un acento cantarín y deja a veces pequeños silencios a mitad de la frase, cambiando los acentos de las palabras, diciendo ahí en vez de ahí. Dejando si terminar las palabras que uno tiene que averiguar con algo de dificultad.— A unos veinte minutos de aquí hay un endrinal bien hermoso, ¿sabe? Me mandó la madre abadesa por ver si quedaban pues cuando fui a finales de agosto estaban aún pequeños los frutos. Y lo he ido dejando hasta que hoy me he dicho: ‘Casto, de hoy no pasa que vayas a ver el endrinal’, y no hay nada que hacer, ya ve. —Dice levantando un par de cestas llenas de endrinas,— esto es todo lo que he sacado en dos horas. No sé qué ha pasado este año.

—Déjeme que le ayude.

—Gracias, pero no se le ocurra coger ninguna, ¿eh? Si quiere comerlas vaya para allá. Además están ácidas y amargas como nunca, ¡qué pena!

—No se preocupe, seré capaz de resistirme.

Aunque algo ha oído en el comedor sobre los gritos que se siguen produciendo de vez en cuando por las noches, Ramiro aprovecha para sonsacar algo de información de Casto.

—¿Cómo está la hermana enferma? Hace ya un par de noches que no se le escucha.

—¿Sor Brígida? ¡Pobrecita, ¿verdad?! Es una pena, una mujer tan culta, tan amable. Recuerdo que cuando vino aquí yo tendría unos veinte. ¡Ya ve! Nada menos que cincuenta y pico años. Desde que se le presentó esta enfermedad va deteriorándose poco a poco y como volviendo de algún modo a su infancia. ¡Buenas charlas he tenido yo con sor Brígida! Casi puedo decirle que todo lo que duró mi matrimonio se lo debo a ella. Mi matrimonio y, por lo tanto, el nacimiento de mis hijas.

—¿Tiene usted hijas? ¡No lo sabía!

—Tengo dos. Dos mujeres hechas y derechas y tres nietos.

Van volviendo muy despacio por el borde de la acequia. Casto, de vez en cuando se para, levanta la cabeza y mira a Ramiro a los ojos mientras, con su acento, va desgranando las palabras.

—Aquí se habla poco de la vida de uno. Está mal visto. Entrar en el monasterio, según tengo entendido por lo que algunas hermanas me han dicho después de tantos años, es dejar el pasado atrás. No se trata tanto de ocultarlo como de no darle importancia. ‘Son cosas del mundo’, dicen. Y ellas han elegido alejarse del mundo, ¿no? Al menos tienen derecho a eso. Y claro, con el roce, que son ya muchos muchos años desde que entré a trabajar con ellas, pues a uno se le pegan la cosas. No hablo de mi vida con nadie. Ya le digo, que no es por ocultar. ¡Ya ve! ¿Qué tiene un viejo viudo como yo que ocultar?

—¿Y vive usted con alguna de ellas?

—La mayor se fue a Francia en el 84 y allí se quedó. Se enamoró de un francés, se casó y tiene dos hijos que ya hacen sus vidas por allá y son, los mire como los mire, franceses. Algo desapegados de sus orígenes pero buenos chicos. Los veo cada vez menos, la verdad. Vivo con la pequeña, bueno, que ya tiene sus cuarenta y cinco, y mi otro nieto que está estudiando lejos.

—Ahora nuestros jóvenes se dispersan por el mundo con nada que estudien un poco.

—Eso es. Algunos vuelven y otros no. Una pena de país, ¿no le parece?

Ramiro, que quiere evitar por cualquier medio hablar de política en este contexto ve con alegría que se acercan a la entrada de la hospedería. Dejando la pregunta sin contestar, le dice:

—Bueno, Casto. Ha sido un agradable paseo. Que tenga usted buena tarde, ¿quiere que lleve las endrinas a la cocina?

—No, deje, deje, que yo mismo las llevo a clausura, las paso por el torno, sor Claudina está esperándome, gracias.

Cuando entra en el recibidor de la hospedería se encuentra con la abadesa.

—Buenas tardes. A usted lo estaba yo buscando, ¿tiene tiempo ahora?

—Pues...sí, claro. Le hacía a usted en nonas. ¿No son las tres y media?

—Acabamos de salir. ¡Sígame, por favor! No quisiera molestarlo pero hay algo que me gustaría pedirle.

—Encantado sor María, claro.

Ramiro nunca había cruzado la puerta del fondo de la cocina por donde veía a diario salir a sor Claudina con el carrito de las comidas. La puerta era de apertura doble como las de las cocinas industriales. Daba a un corto pasillo cuya se encendía automáticamente al detectar movimiento. Al final del pasillo, una puerta gemela hacía a su vez de filtro. Antes de entrar, sor María saca una campanilla de su bolsillo y la toca agitándola en el aire. Espera unos segundos y entra. La cocina en donde trabajan tres hermanas, entre ellas sor Claudina, es grande y moderna. Se advierte que en un tiempo debió de servir para alimentar a un número mayor de personas. Más de la mitad está sin usar. Las monjas están vueltas de espalda y sin volverse murmuran un ‘buenas tardes’ casi inaudible.

—Buenas tardes. —Responden Ramiro y la abadesa casi al unísono.—

Al otro lado de la cocina hay un comedor algo más grande que el de huéspedes. Este está separado por una puerta similar que da directamente, sin pasillo de filtro. Ramiro ha entrado en clausura.

—Pensaba que era necesaria una dispensa para entrar. —Comenta.—

—Sí, es así. Se la he dado yo y lo he puesto en conocimiento del obispo.

Las zancadas de sor María son largas, de un ritmo casi militar y como Ramiro venía del paseo le cuesta un poco seguir su ritmo. Pasillos, patios, pasillos, una puerta alta que da al jardín, en realidad está volviendo sobre sus pasos salvo que al otro lado de la tapia en paralelo a la acequia que, obviamente, desde allí no se observa. Reconoce al fondo la silueta del alto nogal y los tres cipreses cuyas puntas sobresalen por encima de la tapia. Lo que había andado con Casto en media hora le ha llevado algo menos de cinco minutos con la madre abadesa.

En uno de los lienzos de la tapia, algo deteriorado, se apoya con descaro el tronco grueso del nogal, aquel cuya copa se levanta majestuosa sobre ella. Se puede observar un intento no muy bien ejecutado de apuntalamiento del árbol que a la vista de como ha sido conquistado por el musgo y el propio crecimiento del árbol tiene ya muchos años. El cepellón del nogal empieza a mostrarse por el lado opuesto a la tapia que se curva peligrosamente. A los pies, entre las raíces asoma una piedra que claramente no es natural pues tiene los bordes bien definidos. Mientras se acercan, sor María precisa: —Este nogal está siendo un quebradero de cabeza. Hace unos días, con las últimas lluvias se desplazó ligeramente. La tapia no creo que resista mucho más. No queremos cortarlo, pero...tampoco queremos que nos eche abajo el muro.

Ramiro, un tanto desconcertado, comienza a decir:

—Sor María, no soy yo experto en estos temas de árboles y tapias, la verdad.

—Ya. No le he llamado para eso. Mire, acérquese.

Al girar alrededor del nogal, la piedra, cuya espalda se ve desde el camino, muestra una inscripción de difícil lectura.

—¿Qué lee usted ahí?

—Pues es difícil...Esto parece una ene y luego...this stone...the memory...¡Esto es inglés! ¿Qué hace aquí una lápida en inglés?

Ramiro, con una rodilla en tierra levanta la cabeza hacia la abadesa.

—Pues eso digo yo.

—Habría que sacarla entera con cuidado para poder leerla.

—Sí, pero todo eso cuesta dinero y además temo que el nogal termine cayendo y se rompa el muro que ya está muy deteriorado. Tampoco quisiera cortarlo, es quizás uno de los árboles más antiguos que tenemos. Casto opina que le ha llegado la hora al nogal pero me resisto, ¿qué me dice?

—No tengo ni idea de estos temas. ¿Le importaría que hiciera algunas llamadas antes de decidirse? Tengo un colega que es muy amante de los jardines y la naturaleza, quizá él podría ayudarnos. Estamos a viernes, si lo convenzo, podría venir el fin de semana, ¿le parece?

—No es algo que corra mucha prisa, pero me gustaría resolverlo antes del invierno. Ya ve, aunque no estamos a mucha altura, aquí el viento a veces arrecia.

Agustín Ramírez tiene cuarenta años aunque aparenta más. Su prominente barriga le señala descaradamente como un vividor. Y lo es. Conoció a Ramiro hace varios años y enseguida se sintieron cómodos el uno con el otro. Cuando llegó al departamento andaban escasos de espacio. Ramiro aún no había sacado su cátedra y sugirió generosamente acogerlo en su despacho. Una acogida que duró tres largos años y consolidó la amistad. El carácter de Agustín contrasta con el de Ramiro. Hablador hasta la extenuación, dicharachero, amante de la juerga, un tanto mujeriego, pero de una lealtad intachable. En algunos momentos difíciles en el departamento se ha colocado a su lado incluso en contra de sus propios intereses. Por ese motivo, Ramiro sabe que contará con su ayuda. Así como él desarrolla prácticamente toda su docencia a caballo entre el campus de Fuentegüesa y la facultad de Teología, Agustín hace lo propio en Biología y Ambientales por lo que tiene muchos contactos con concedores de la materia.

En aquel rincón del jardín hay cobertura.

—¡Qué pasa, hombre! ¿Qué te cuentas? —Oye Ramiro del otro lado del teléfono.— ¿Cómo va tu retiro? ¿Ha caído ya alguna monja?

Ramiro se retira un tanto de sor María, como buscando mejor cobertura, se dirige al fondo del jardín.

—Todo en orden, Agustín. Todo en orden, no seas calavera. Mira, tengo aquí una consulta que quiero hacerte. ¿Tienes tiempo este finde para venir aquí? Te aseguro que el cochinito del pueblo es excelente. No te digo de comer aquí porque te va a dar pena, pero el alojamiento lo tienes asegurado. Se trata de un árbol centenario que quieren salvar pero que está dando problemas. También hay una lápida, ¡agárrate!, con una epigrafía inglesa que yo diría del XVIII, ¿qué me dices? ¿Te pica el gusanillo?

—*iFuck*, Ramiro! ¡Qué mala leche tienes! Me dejas en ascuas, tío. Salgo mañana para allá, ¿vale? Llegaré a las nueve, ¿te parece?

—¿De la noche? ¿No puedes un poco antes? ¡Que esto es un monasterio, tío! Aquí a las diez está todo el mundo en cama.

—¿No hay un hotelito o algo por ahí, *man*? No me quiero pasar el fin de semana rezando, tío.

—Lo miro y te llamo, pero en cualquier caso cuento contigo, ¿vale? ¡Ah! Y te encargará que me traigas algo más de ropa de abrigo, que empieza a refrescar.

—Vale, eso está hecho. Ve encargando el cochinito.

—*Bye*, Agustín. Claro, lo encargará, no te preocupes.

Aún estaba sor María esperando cuando Ramiro se acerca a ella con una sonrisa.

—Es un hombre del siglo, como dirían ustedes, pero buena gente. Va a venir, pero debo buscarle alojamiento fuera porque es trasnochador, ya sabe.

—En el pueblo hay una casa rural grande que a veces alquilan para reuniones de varios jóvenes que vienen a visitarnos y quieren tener independencia. Le gestionaré una habitación. ¿Viene solo?

—Sí, viene solo, pero me alojaré con él el viernes y sábado. No quisiera...

—Claro, claro, por supuesto. Dos habitaciones entonces, ¿no?

—Sí, sí. Eso es.

Dos

Dos semanas más tarde un pequeño tractor entra por el portón trasero del jardín. Los operarios, dirigidos por Agustín, han apuntalado el nogal y abren un hueco considerable al pie del mismo. Unos cables tensores tiran del tronco, que ha sido protegido convenientemente, en dirección contraria. Al menos cuatro personas revisan la operación mientras una pequeña grúa levanta la lápida.

—¡Dale, dale! Sí, sigue. Ya sale, ya sale.

Afortunadamente la piedra sale entera. La parte inferior de la lápida, la que estaba abrazada por las raíces del nogal no es lisa, sino que tiene una base donde tímidamente, entre la tierra aún adherida, pueden adivinarse unas espigas labradas que sobresalen en bajorrelieve. La única monja que asiste a la operación es la madre abadesa. En cuanto retiran la pieza Agustín y Ramiro se acercan al cepellón. No hay nada más. No a simple vista. Han decidido, de acuerdo con sor María, que si no se ven restos óseos de ningún tipo a simple vista, intentarán enderezar el nogal lo más posible, lo tapan, lo apuntalarán y esperarán a que recupere la estabilidad.

—Serán dos o tres años como mínimo, hermana. —Le dijo Agustín.— Y hay que observar si se mantiene vivo.

Y así hacen. En el despacho de la abadesa mantienen una conversación sobre el tema.

—El monasterio se construyó en 1755 sobre las ruinas de una edificación antigua. En aquella época, lo sé por un breve estudio que hizo una de nuestras hermanas sobre el monasterio hace muchos años, el jardín y todas las tierras de alrededor pertenecían al monasterio y la tapia no existía. La tapia, por lo que se sabe, debe ser de los años veinte del siglo pasado. Cuando ustedes pasen a limpio y traduzcan la inscripción saldremos de dudas en relación con la lápida.

—No hay mucho que traducir, sor María, —dice Agustín campechano—. Se lo digo ya, he tomado nota en cuanto hemos limpiado con la manguera la lápida en cuestión. Dice así:

*«Esta piedra funeraria está erigida en memoria de la hermana Isabel de Ntra. Señora (Elisabeth Maertens) que falleció el 7º día de enero del 1786 a la edad de 78 años.
El Señor nos la trajo y el Señor la lleve consigo
R.I.P.»*

—No es usual. —Comenta Ramiro.— Vamos, yo no soy un experto, pero no reconozco ese tipo de lápidas. Si usted la compara con las de su época de la cripta...

—No tenemos costumbre de entrar a la cripta, la verdad. —Señala la abadesa.— La última vez fue hace dos años cuando se produjo el último fallecimiento.

—Pues no estaría de más entrar, sobre todo para ver si hay algún vestigio similar. En ocasiones se colocaban estelas funerarias en el jardín aunque los restos estuvieran bajo la iglesia. ¿No quedan los libros de registros de difuntos?

—En las guerras napoleónicas el monasterio sufrió un expolio. Después, entre los años 1837 y 1925 quedó en estado de semiabandono tras la desamortización. — Responde sor María.— Cuando la congregación se volvió a hacer cargo del lugar, por lo que sabemos, se hizo la tapia, se reparó la iglesia y el patio principal de clausura. Más adelante se reconstruyó el resto. Los libros de difuntos, de profesión y demás se perdieron o se llevaron a la casa madre. El más antiguo del que disponemos es de 1926. Afortunadamente algunas buenas gentes de la diócesis guardaron lo más señero de las obras de arte que casi un siglo después volvieron a su lugar, aunque algunas de ellas se perdieron para siempre.

—Bueno, lo importante es que el nogal se ha salvado, la tapia está saneada y a salvo y la lápida limpia y reluciente en el jardín. —Señala Agustín.—

—Y el convento con una deuda de dos mil euros. —Dice la abadesa.—

—El obispado...

La abadesa suelta una carcajada sonora que enseguida reprime.

—¡Discúlpenme! Por un momento me he dejado llevar. Bueno, la deuda es un tema menor, el Señor proveerá.

—Ya sabe usted que el tratamiento fitosanitario y el seguimiento biológico del árbol corre de mi cuenta. He hablado con Casto y tiene instrucciones de lo que hay que hacer.

—Se lo agradezco, Agustín. Todo lo que sea colaborar es bien venido.

—¿No tiene usted curiosidad por saber quién fue esa Elisabeth Maertens? —Pregunta Ramiro.—

—Pues sinceramente no, la verdad. Una hermana que falleció aquí hace más de doscientos años. Eso es todo lo que sé y no necesito saber más. Pero comunicaré el hallazgo al obispado y si ustedes quieren compartir fotos con sus colegas historiadores, no tengo inconveniente alguno.

—Pues antes de que se haga más tarde, me despido, sor María, me quedan casi doscientos kilómetros de carretera y algunos tramos son muy complicados.

—Yo le acompaño a la salida.

—Claro que sí, vayan. Les estoy muy agradecida a los dos. Bueno, Ramiro, a usted lo veré mañana, ¿le parece?

—Sí, sí, hasta mañana. ¿Tiene usted a mano ese estudio al que se refirió antes? ¿Podría leerlo?

—Mañana se lo tengo buscado.

Agustín se despide de Ramiro en el bar del pueblo. Después de las idas y venidas de los dos últimos fines de semana, no entiende muy bien qué hace su amigo. Usan su extraño *spanGLISH*, propio de sus noches de cervezas, de sus viajes por las tierras angloparlantes de medio mundo.

—A veces pienso que estás deprimido, tío. ¿No te aburres todo el día encerrado ahí dentro rodeado de viejas?

—Bueno, para eso estás tú que vienes a rescatarme con tu espléndido tipazo de *stripper girl*.

—¡Déjate de coñas! ¿Es que no me entiendes? *Fuck off!*

—Ha estado muy bien tu ayuda y cómo te manejas con esta gente que has traído. Ha quedado *damned great the fucking walnut tree*.

—Lo he hecho porque me tienes extrañado, *man*. De verdad, *bro*, me preocupas.

—No tienes nada de lo que preocuparte. Tengo un encargo y me he apartado para dedicarme a él por entero. Ya he terminado de leerlo y estoy empezando con la traducción.

—¿De qué va?

—Es lo último de Szbuchinsky.

—¡Uf! ¿De tu amigo Ralph? ¡Vaya par! Lo que te faltaba, *man*, ¡la alegría de la huerta!

—Es algo distinto a lo habitual. Te lo aseguro, menos académico, más personal. Con suerte lo traemos en julio.

—Pues es un alivio. Lo habitual ya era *an annoying drudgery*.

—Para ti esto también va a ser una plasta infumable.

—¿Me lo pasas para que lo lea?

—¿El original? Claro, pero cuida, no lo compartas, tío. Mira, espera, tengo subido a Dropbox algo de la traducción, deja que te lea un trozo y así ves de qué va. A mi me gusta, pero claro, es un comentario al evangelio de san Marcos.

—¡Uf! *Shoot, man!*

Ramiro coge su móvil y busca el archivo:

—Mira, aquí está. Está comentando un episodio en el que Jesús enseña y expulsa demonios.

—*Indeed a gentle situation.*

—Calla y escucha. —Ramiro lee:—

... «En este pasaje se nos presenta a Jesús como Maestro. Enseñar de manera formal, algo a lo que ahora mismo estamos bastante acostumbrados, era algo excepcional hace 2000 años. El papel de Maestro es además resaltado en este texto desde la perspectiva de alguien con autoridad, no de alguien que meramente sabe, que es capaz de leer. Hay que entender que hasta hace pocos años (hace 2000 años desde luego) tener capacidad de leer un texto era suficiente como para poder destacar sobre la gran mayoría de los creyentes. Jesús no solo es un hombre docto, también es capaz de interpretar y tener autoridad, es decir, que además de conocer la ley sabe entender el significado y aplicarlo a la vida cotidiana.

La persona que medita debe buscar esta clase de Maestro, no solo alguien que ha recibido una instrucción, sino alguien que, con autoridad, interpreta y personaliza lo que enseña. Aplica lo que enseña de forma que se convierte en la enseñanza corporeizada.

Alguien así es un reto para Mara. Hemos hablado de Mara anteriormente. La tradición de Jesús personifica a los espíritus malignos y al mayor de todos, Satanás. Una interpretación como la que comentamos anteriormente nos lleva a ver a Mara como la distracción, como la incapacidad de reconocer nuestra naturaleza básica luminosa autosurgida. La falta de reconocimiento de dicha naturaleza es el origen del sufrimiento. Y las herramientas para reconocer esa naturaleza es lo que el Maestro enseña. Distintas tradiciones, distintos enfoques, diferentes enseñanzas, diferentes marcos de comprensión, distintos caminos, diferentes formas de dualidad, de dicotomías. La naturaleza básica luminosa autosurgida, inefable, no producida, inabarcable, siempre presente, sin conceptualizaciones...estamos tentados de decir que es Una, pero entonces la encerraríamos con nuestros conceptos.

El reconocimiento de la grandeza y poder de la visión que va más allá de lo conceptual y por ello opera sobre el mundo, se resume bien en la frase: «¿Qué es esto? Una enseñanza nueva, pues lo hace con autoridad.

Ordena incluso a los espíritus malignos, y le obedecen.»

Agustín se queda callado. En la soledad del bar de pueblo, la camarera les escucha desde la barra con una mirada atónita. Es una hora temprana en la que aún no han aparecido los jóvenes del lugar para beber sus cervezas y ya se han marchado los pocos que comieron a mediodía. Esos dos personajes bebiendo café y hablando de temas incomprensibles les parecen extraterrestres.

—Original es. Sin duda. Nada que ver con lo que otras veces me has mostrado de tu mentor. Es jodidamente original pero ¿tú crees que eso lo van a publicar? ¿Crees que hay alguien en este *fucking world* que le vaya a interesar lo que dice ese tipo neozelandés? Por cierto, ¿cuánto te pagan? Si no es molestia.

—El 10% de las ventas.

—*What the fuck?* ¿Te has dejado engatusar? ¿Estás loco? Eso no te va a dar ni para pagar la hospedería.

—Era eso o no publicarlo. Le debo mucho a Ralph. Alberto me lo propuso y ...

—¿Alberto?

—Sí, el editor. Tu no lo conoces porque es una editorial pequeña de temas cristianos que no depende de la Iglesia.

—Tú y tus malditas causas ruinosas. ¡Joder, tío, no aprendes! Bueno, me tengo que ir que mañana trabajo a primera hora. Tiene buena pinta, la verdad, pero es una locura dedicarse a eso. Estás loco. Lo mismo tu Dios te lo recompensa.

—No creo en el concepto de «creer en Dios».

—No me vengas con esas. O crees o no crees. Y si encima de todo no crees en Dios es que estás *utterly insane*.

—Eso es, en lo *utterly insane* has acertado. Pero en lo de creer, me parece que necesitas un repaso de metafísica. Te quedaste en la escolástica medieval. Nos vemos pronto, ¿vale? ¡Cuídate! —Dice mientras se despide con un abrazo.

A la mañana siguiente, Ramiro habla por el teléfono de sobremesa del despacho de sor María. Ella está sentada a su mesa.

—Como le dije, señor obispo, el encargo está muy avanzado. No me pida por favor que le envíe una copia antes de que el propio editor la lea. Eso no es posible. Ya, ya, comprendo su interés. Sí, y su preocupación. Pero tiene que entender que...Discúlpeme, por favor. No le he levantado la voz, perdóneme, quiz...Bien, entiendo,...Mi tono es posiblemente inadecuado, no quisiera que entre nosotros...Sí, sí, se la paso.

Ramiro levanta las cejas y suspira mientras mirando directamente a los ojos de la abadesa le pasa el teléfono.

—Dígame. Sí. Sí, está aquí, pero puedo pedirle que se marche. —Mientras deja el auricular a medio tapar y niega con la cabeza le dice a Ramiro en voz alta:— Por favor, déjeme sola en el despacho, si es tan amable. Y cierre la puerta.

Ramiro se acerca a la puerta y quedándose dentro cierra ruidosamente.

—Se marchó, señor obispo. Yo estoy segura...Sí, sí. Le decía que estoy segura de que es un buen hombre, no sé si equivocado pero en absoluto es un peligro como usted dice para el monasterio. No, no, nada de eso. Está siendo de una gran ayuda en todo. Yo se lo diré, pero, si me permite, con el más profundo respeto quisiera recordarle que la venia para extender su estancia la dio usted y que, sinceramente, no me parece muy cristiano pedirle que incumpla su contrato con la editorial para mantener esa venia sin que haya...Señor obispo, ya sé quién es usted. No. No, en absoluto, no pretendo dar lección...Por favor, señor, déjeme hablar... Hará usted bien, en efecto, hará usted muy bien en hablar con las superiores de la congregación. Estaré encantada de recibirlo cuando usted quiera. ¡Claro que sí! ¡Será usted nuestro más eximio huésped! Me alegra mucho su decisión. Quedo a su disposición señor obispo, que Dios le bendiga.

—Lo siento. —Dice Ramiro cuando la abadesa cuelga el teléfono.

—¿Qué siente?

—Causarle problemas.

—No se preocupe. Es vox pópuli que no nos llevamos bien. Es una más de esas veces que hemos discrepado. Por niñerías.

—¿Suyas?

—No me tire de la lengua, Ramiro. Tiene usted razón yo también soy en ocasiones un tanto cabezota. Pero vayamos al tema que nos ocupa. Resulta que se ha enterado, no se por boca de quién, que su Ralph nosequéchinky...

—Szbuchinsky.

—Eso. Va a venir en mayo al congreso y que lo va a acompañar el casi centenario fundador de su escuela de pensamiento. Y, claro, dos pesos pesados presbiterianos que ambos tienen esos postulados tan...

—...heréticos, sor María, dígalo, que a mí no me va a asustar.

—Iba a decir «lejanos a la ortodoxia», pero bueno, si usted quiere, «heréticos». Pues eso, vienen invitados por la Nunc Dimittis y encima va y se entera de que esa intervención que tuvo él para solicitar su larga estancia en este monasterio va a dar como resultado la traducción y publicación del libro que está empezando a ser la comidilla de toda la facultad de Teología. Pues como le he recordado desde el principio fue él el que intercedió por usted. Ha cogido un...

—Vulgarmente se diría cabreo, pero vamos, me hago cargo. Digamos enfado.

—Pues eso, de padre y muy señor mío. —Dice sor María.— Y no se le ocurre otra cosa al buen hombre que pedirle la traducción antes de dársela al editor. ¡Vamos, como si tuviera que darle él el Nihil Obstat!

—No se altere, madre, que pareciera que la que está haciendo el trabajo es usted. Yo no le puedo dar, ni quiero, el texto, porque tengo un contrato firmado. El texto se publicará tal y como está traducido y con el estudio crítico previo sin censurar, por supuesto. Pero comprendo que me pida que me vaya. No quiero causar problemas a su comunidad.

—¿Pero ya ha acabado usted con la traducción?

—No. Aún queda una cuarta parte aproximadamente.

—¿Qué fue lo último que me leyó?

—Creo que nos quedamos en la página 25.

—¿Le importaría volver a abrir la puerta? —Mientras Ramiro se levanta, prosigue,— y seguir leyendo, claro.

... «Aparece la figura de Satanás, una figura propia de las culturas y visiones dualistas, encarnadora del Mal. Ser tentado por Satanás o por Mara es una experiencia muy común (la más común) en meditación. En primer lugar, si verdaderamente queremos una meditación sana, deberíamos despersonalizar esta figura. Mara o Satanás es la distracción, es la intención de lograr algo, es la necesidad de hacer especial lo cotidiano, la necesidad de escapar del presente como si fuera de poca calidad. Mara también aparece cuando en un momento de alegría o de paz surge el deseo de estirarlo, de parar el tiempo. Mara o Satanás y el tiempo están muy relacionados. A veces aparece en forma de pulsión, necesidad de cambio, otras en forma de autocomplacencia, necesidad de evitar el inevitable paso del tiempo. Mara no quiere estar en el presente simplemente porque no existe en el único lugar en donde las cosas pueden suceder, en el ahora.

Ser tentado por Mara es dejarse llevar por la ignorancia fundamental que es separarse de la propia base autosurgida del espíritu (de la mente), continuamente presente y cambiante. Cuando nos rendimos a la mirada de Mara, de Satanás, nos congelamos en una continua nostalgia del pasado que se fue o en un continuo anhelo del futuro que no llega jamás y caemos en el mundo del sol poniente, atrapados entre las cadenas del miedo y el anhelo.

Mara solo puede ser derrotado con el presente y la compasión. La presencia en el instante y la compasión que ve los fenómenos como lo que son, vacíos de existencia propia, disuelven a Mara en una lluvia de flores, como en el asiento bajo el árbol del bodhi de Sakyamuni Buda.

Cuando eso se produce podemos vivir entre las fieras y ser servidos por ángeles. Podemos vivir entre las fieras porque toda su fiereza no es más que alimento para nuestra presencia auténtica y los ángeles (dakas y dakinis) que son las energías desplegadas del mundo del sol naciente y que forman parte de nuestro cuerpo y nuestro entorno están ahí para ser celebradas en libertad formando parte de nuestro ser siempre cambiante y vacío de existencia propia.»

Está terminando de leer cuando asoma sor Claudina por la puerta. Como está abierta de par en par carraspea y pide disculpas:

—Madre, sor Brígida la necesita.

—¿Qué pasa hermana?

—Está muy agitada y la está llamando.

—Le veo más tarde, Ramiro. —Y sale rápidamente del despacho seguida por sor Claudina. Ramiro detrás de ellas sale al exterior.

Tres

A mediados de noviembre cae una abundante nevada en el monasterio. La calefacción, que se apaga a las once de la noche para volverse a encender a las ocho de la mañana, no es suficiente para sentirse cómodo hasta casi el medio día. Cuando Ramiro sale a laudes deja un rastro en la nieve caída en el patio exterior. La iglesia es un congelador. La primera vez que vio una catalítica en la zona reservada a los huéspedes dentro de la iglesia, le preguntó a sor Claudina si es que el claustro tenía algún tipo de calefacción que él no veía.

—¡Qué va! Nosotras estamos acostumbradas, ¿sabe? Y vamos bien abrigadas.

—Pues entonces no me la ponga a mi tampoco, por favor.

En su cuarto los momentos de meditación se dilatan. El silencio de la nieve es eterno hasta tal punto que es capaz de escuchar el latido de su corazón. A mediados de noviembre solo los fines de semana hay alguna actividad. El resto del tiempo es tal la calma que se respira que Ramiro teme interrumpirla con el menor movimiento. Su paseo higiénico, que no perdona, ya no lo hace paralelo a la acequia pues teme las placas de hielo que se forman. Junto a la cancela de entrada al recinto habla con su hermana, con Agustín y con algunos de los alumnos que deben entregar trabajos antes de las vacaciones de diciembre. Pasea con el móvil en la mano a un lado y otro de la parte más cercana a la carretera del recinto. Casto, desde lejos, embutido en buenas capas de ropa, le sigue los pasos.

Ramiro sale a la carretera y deja el monasterio atrás. Cruza y se adentra en una zona un tanto sombría que, bajando, está llena de chopos y sauces. Necesita alejarse del monasterio porque la presencia a distancia de Casto le incomoda. La traducción va siendo cada vez más un hecho consumado y está empezando a estructurar en su mente el estudio crítico. Tiene que circunscribirlo a unas pocas páginas ya que el texto traducido no es demasiado extenso. El sonido de sus botas al pisar la nieve le relaja, como si con cada crujido se deshicieran los nudos que le han llevado a sentirse tenso hasta ese momento.

Tras media hora de paseo observa entre los arbustos cercanos al camino que transita entre los árboles un bulto oscuro que se mueve. Un zorro está atrapado en una trampa. Una mancha oscura de sangre está bajo su cuerpo. El animal gime. Ramiro, muy disgustado se acerca a liberarlo pero, a pesar de las escasas fuerzas que tiene, el zorro le enseña los dientes. Ramiro se quita los guantes y el chaquetón con el que envuelve como puede la cabeza del animal. Se asegura de que el hocico esté bien sujeto, metido en una manga y, con dificultad, abre la trampa. No sabe nada de trampas más allá de lo que ha podido ver alguna vez de chiquillo en el pueblo de sus abuelos por lo que teme hacerse daño. El hierro está helado y resbaloso con la sangre del animal. El zorro, al sentir su pata libre, se revuelve. Asustado por llevar la cabeza atrapada en la manga del chaquetón, lucha como si le fuera la vida en ello sin saber que justo ahora sí que está libre. Medio atontado por la pérdida de sangre y por el enredo con la manga sale corriendo llevándose consigo la prenda enganchada.

—¿Pero qué haces, tonto?,—grita Ramiro en mitad del bosque. Sigue el rastro de zorro en busca de su chaquetón pero se despista rápidamente. Intenta reencontrar el camino pero, con la excitación y la nieve, comienza a andar en dirección contraria. Le parece ver en la distancia una mancha oscura que podría ser su prenda de abrigo pero al acercarse solo ve una piedra cubierta de musgo. Aunque

aún no ha caído la tarde el cielo tiene un color plomizo más o menos homogéneo que no le ayuda a averiguar muy bien en qué dirección buscar.

—¡Joder! ¡Me he perdido y el móvil está en el chaquetón! —Se dice.— Bueno, calma, sigue andando que en algún momento te encontrarás con la carretera, un camino o algo así.

Dos horas más tarde la luz ya se vuelve cenicienta y Ramiro comprende que si no consigue encontrar abrigo puede empezar a pasarlo mal pues tiene un frío considerable y empieza a tiritar.

—¡Eeeehhhh! ¿Alguien me oyeeee? — Durante un buen rato grita en todas direcciones hasta que finalmente oye unos ladridos hacia los que se dirige. El bosque en el que se encuentra no es muy denso y a los pocos minutos ve claramente un casetón que limita con un sembrado. Un gran perro, atado a una cadena ladra desde el hueco de una caseta baja. A su alrededor otros más pequeños acompañan en su aviso. Ramiro se acerca y teniendo cuidado de los perros se asoma por un ventanuco. La puerta del casetón está cerrada y no se ve nadie en su interior. Hay un fuerte olor a cabra. A lo lejos, al otro lado del sembrado ve moverse una sombra que se acerca muy lentamente. El anciano anda despacio, bastón en mano. Muy abrigado, comienza a gritar desde lejos algo que Ramiro no entiende.

—Pues mejor que pase usted la noche aquí, ¿qué quiere que le diga? Mañana temprano vendrá mi hijo Raúl. Ese lleva todo tipo de cacharros de esos para llamar y trae además el landrover que lo lleva a usted al pueblo en un momento. Pero ahora y sin abrigo...¿Pero cómo es eso que se le ocurrió de envolverle a la zorra la cabeza? ¡Madre mía! ¡Y lo mismo sería de los buenos! Digo el abrigo, ya me entiende. Las zorras son bichos muy raros, ¿sabe?

Ramiro, que de zorras sabe por la literatura clásica y poco más, le pregunta:

—¿Y cómo sabe usted que era una zorra y no un zorro?

—La he visto por aquí de vez en cuando. Se quedó preñada en primavera y ha tenido sus crías hace pocos meses. Con la nevada habrá tenido hambre y buscará por aquí algo que comer. Hay un vecino que le gusta trampear. No está permitido, pero en estos parajes tan apartados, ¿quién le va a decir al viejo lo que puede y no puede poner en el campo? A mí no me gusta pero, claro, yo no crío gallinas. Cada uno se preocupa de lo suyo.

—¿Qué cría usted? Porque ahora en el sembrado no se ve nada y animales tampoco veo que tenga.

—Me dijo que se llamaba Ramiro, ¿no?

—Sí, sí.

—Pues mire Ramiro, yo crío soledad.

—¿Y eso?

—Mi nuera es una buena mujer pero la casa es chica y tienen tres pequeñuelos. Así que siempre que puedo me vengo aquí y me quito de en medio. Y animales sí tengo, ¿no los huele?

—Lo achacaba a estar en el campo.

—Pues en el campo no huele a cabra si no hay cabras, icoño! Ahí detrás tengo un abrigo con un par de cabritas, con la leche, el pan que me trae Raúl y esa tinaja de aceite que usted ve tengo para aviar-me. Que voy a la casa del pueblo, ¿eh? Que no es que me esté quejando, pero toda la vida he vivido pegado al campo y ahora la gente joven no entiende eso de estar callado sin tele ni radio ni nada, usted me entiende. —Dice mientras aviva el fuego de la chimenea.—

—Perfectamente, no sé si le dije que me estoy alojando en la hospedería del monasterio. Allí pasa igual, me refiero a lo de no ver la tele ni oír la radio.

—Allí hay buena gente. Las monjas no dan guerra y hace años han ayudado a algunos, pero no se fíe mucho de Casto. Le gusta meterse en donde no le llaman.

—¿Lo conoce?

—Todo el pueblo. Es de mi quinta, jugábamos de chiquillos por estos montes. Estuvo muchos años fuera. Aunque él siempre dice que es de aquí de toda la vida, pero lo maleó la ciudad, ¿sabe usted? Bueno, ahora es un viejo inofensivo como yo, pero tiene...¿cómo diría?...un poco de retranca. Pero, ¡qué tontería! No me eche cuenta, que yo también estoy un poco chocho.

Al día siguiente sor Claudina le recibe en el comedor de la hospedería.

—Nos tenía preocupadas. Si por mí fuera habría llamado a la Guardia Civil pero sor María me dijo que no, que esperaríamos a mediodía. Menos mal que solo ha sido un susto.

—Sí. Un susto y mi móvil y el chaquetón que tengo que buscar.

—¿Y cómo va a buscarlos, si puede saberse? Porque no irá usted a hacer la tontería de volver al bosque de abajo así.

—No. Pienso pedir un taxi, ir al pueblo, comprarme un abrigo, buscar un lugar con wifi y conseguir localizar la ubicación del móvil que espero que aún tenga batería.

—Tendrá que ir a la cabeza de partido, en el pueblito no va a encontrar quién le venda un abrigo. Aquí podría dejarle alguno, ¿sabe? A veces los huéspedes se dejan cada cosa. ¡Un día se van a dejar la cabeza en el armario! ¡Y lo de saber dónde está el móvil a distancia! ¿Eso se puede hacer?

—No lo he hecho nunca pero pienso que sí. Llamaré a Agustín desde el pueblo para que me ayude.

—¡Qué misterio! ¡Pues ya me contará usted si tiene éxito! Espero que la zorra no se lo haya destruido.

Justo veinticuatro horas después de la pérdida, Ramiro, acompañado por otros dos hombres mayores del pueblo, uno de ellos con un móvil en la mano, rastrea la zona en donde se perdió el día anterior y entre todos logran encontrar el chaquetón sucio, desgarrado y manchado de sangre con el móvil encendido y funcionando en uno de sus bolsillos.

—¡Qué alegría! Ahora mismo les invito a unos vinos, que esto hay que remojarlo.

En el único bar del pueblo ya le conocen. Aunque sigue siendo un forastero, un huésped del convento, como allí les gusta decir, el episodio de la zorra ha traído cierta novedad a sus vidas y el bar está muy animado en consecuencia. Ramiro, agradecido y solícito, cuenta tantas veces como se lo piden lo que le ha ocurrido. Aunque no desvela los pormenores de su conversación con el padre de Raúl que tan amablemente lo acogió en su casita, sí expresa ante su hijo, apoyado en la barra como él, su agradecimiento.

—Si no fuera por la intervención de tu padre, lo mismo me habríais encontrado pajarito en esos campos.—Dijo Ramiro exagerando un poco para regocijo de Raúl.

Todos en el bar sabían quién era el de las trampas que, afortunadamente, no estaba presente. Uno de ellos se quejó:

—Este hombre un día va a provocar un disgusto. ¿Te acuerdas del Chato? —Dice dirigiéndose a Raúl. Y dándole un codazo a Ramiro, llamando su atención, le cuenta:— Hace unos tres años tenía yo un perdiguero precioso, el animal era noble y lo tenía siempre limpio y dispuesto, pues tuvo la mala suerte de pisar una trampa del mierda ese.

Cuando empezó a animarse Ramiro comenzó a notar cierta tensión en el ambiente. En los pueblos pequeños el parentesco es tan cercano que difícil es que no haya un pariente presente.

—Yo no llevé al veterinario al animal enseguida porque lo limpié y lo curé y no quise hacer kilómetros para nada, pero como la herrumbre estaba muy podrida a los tres días empezó a ponerse fea la cosa y el pobre se me murió. ¡Menudo berrinche! Si el perro llega a ser de la casa, de mi mujer y mis hijas...no sé lo que habría hecho. Pero como lo tenía en el campo, lo dejé estar. Pero el día más pensado le pasa eso a un niño y la hemos liado, ¡joder!

—Bueno, bueno, lo de que le pase a un niño va ser difícil, ¿no? ¿Cuántos niños hay, Raúl?

—Contando con mis tres hijos hay cinco.

—Pues también es verdad, —acepta el dueño de Chato— tienes toda la razón.

Todos los hombres del bar se ríen a carcajadas con la ocurrencia.

Sor Brígida de la Cruz

Uno

—Ya le digo, Ramiro, es Alzheimer. Que no he sido yo la que la ha diagnosticado, no soy tan atrevida como para eso. Estuvo en el médico, fue a geriatría y le diagnosticaron esa terrible enfermedad que padece, la pobre.

Sor María está tomando café con Ramiro en su despacho. Cuando éste se preocupó por los gritos nocturnos y preguntó a sor Claudina, la hermana, prudente, le remitió a la abadesa.

—¿Le molestan a usted mucho sus gritos? —Pregunta preocupada,—

—Ahora que sé lo que pasa no me molesta en absoluto. Antes, la verdad, estaba intrigado, aunque me imaginé algo parecido. Por cierto, que el librito que me dio sobre la construcción del monasterio está firmado por ella, ¿no? ¿Sor Brígida de la Cruz?

—Así es. Cuando yo llegué aquí, en el 98, ella tendría más o menos nuestra edad. Era la candidata natural a ser abadesa y yo hubiera querido que así fuera. Pero no tenía muchas simpatías en el claustro ni fuera de él pues era demasiado enérgica y con un humor bastante áspero. Es, bueno, no sé muy bien si decir es o era, una mujer culta, hija de personas acaudaladas del entorno que profesó muy joven pues entró en el monasterio alrededor de 1950, creo.

—¿De dónde vino entonces su ‘cultivo’? Quiero decir, que en aquella época, una monja de clausura poco podía estudiar más allá de libros piadosos.

—No crea, no es exactamente así. Quizás es lo que se ha querido transmitir o exagerar. En el claustro había latinistas y mujeres que dominaban el griego y otras lenguas. La biblioteca, ya ha visto usted, no es extraordinaria pues los libros verdaderamente antiguos se expoliaron en el XIX, pero tampoco

es exigua. En este monasterio el estudio siempre ha sido potenciado entre todas aquellas hermanas que han mostrado interés y capacidad.

—¿Piensa usted que le haría bien que le leyera su propio texto? Quizá estoy siendo demasiado atrevido pero si ella pudiera salir al comedor de la hospedería, no sé, veinte minutos después de las nonas, yo podría acortar mi paseo y alegrarle un poco el día. ¿Qué le parece?

—Lo pensaremos. Ese tipo de decisiones me gusta consultarlas antes con las hermanas. No quiero que ninguna sienta trato de favor o que piense que estamos incumpliendo la observancia.

—Claro, claro. Sor María, ya que ha salido el tema, hoy estoy preguntón, perdóneme, ¿cómo es que finalmente le nombraron abadesa?

—El monasterio estuvo dos años descabezado, con una priora provisional. Cuando yo llegué, la anterior en el cargo, sor Benedicta, había fallecido hacía poco. El claustro, como ahora ve, ya estaba muy envejecido. ¡Fíjese! Desde el 98 solo ha entrado una vocación y nos dejó a los cuatro años. Ahora somos quince hermanas, ya ve. El Señor provee y quita según su criterio, Ramiro.

—Y terminaron eligiéndola.

—Algo así. No es una elección como las políticas. —Sor María se echa a reír.— Finalmente consideraron que de entre las adecuadas para el cargo yo, que era la más joven, pues las demás pasaban de los sesenta, estaba destinada a él. El monasterio venía de un largo periodo con la anterior abadesa que falleció a los noventa y seis años. Claro, usted comprenderá que estaba muy complicado el nombramiento. De hecho, el cargo de abadesa propiamente dicho es reciente, fui priora durante muchos años. El hecho de que fuera religiosa desde muy joven, médico y tuviera experiencia en misiones, les facilitó la decisión. Eso y que ya llevaba en Francia con los votos completos varios años.

—¿En Francia?

—Sí. Cuando decidí dejar Brasil para dedicarme a la vida contemplativa, escribí a un monasterio de Venezuela. Ingresé allí. Estuve del 90 al 94 y de allí me encomendaron que viajara a Europa en donde terminé mi formación monástica hasta que finalmente vine aquí.

—Pero, no hablemos tanto de mí. ¿Qué hay de nuestra lectura?

—Proseguimos entonces:

... «9 En esos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán.»

«La primera frase nos sitúa en el espacio y en el tiempo. No se trata por tanto de un relato mitológico propio del mundo antiguo, relatos sobre dioses y fenómenos naturales, dioses y diosas que se comportan como hombres y mujeres y que ordenan el mundo de arriba a la manera de abajo. Nos habla de un hombre que «en esos días» -es el dato temporal- viaja desde Nazaret a Galilea a ser bautizado. Lo primero que me surge con esta frase es la humildad. Pongámonos en situación: desde la perspectiva del evangelista Jesús es nada menos que el Hijo de Dios. Sin embargo reconoce que fue al río Jordán en el que Juan Bautista realizaba el ritual del bautismo.

Como comentamos antes, ese ritual lleva implícita la visión dualista de lo puro frente a lo impuro, de lo correcto frente a lo incorrecto. Jesús que, al ser considerado por el contexto en el que se escribe y lee este texto el Hijo de Dios, no necesitaría para nada ser purificado, se somete al ritual del bautismo. En este sentido es la humildad la que se pone de manifiesto.»

«Vimos antes que mucha gente de Judea y de la ciudad de Jerusalén acudía a Juan Bautista. Jesús no nos muestra un comportamiento elitista, ni intenta diferenciarse, ni ser especial. Está ligado a su pueblo, a las inquietudes de los suyos y a las necesidades de los que le rodean y, como ellos, se acerca al Bautista.

Como podemos leer en el Sutra de Vimalakirti: «¿cómo sigue el bodhisattva el camino de buddha?»

Transitando por caminos equivocados sin involucrarse en los caminos equivocados». La respuesta de Vimalakirti a Manjushri, que es elaborada a lo largo de todo un capítulo en el sutra coincide exactamente con la actitud de Jesús. Acepta el ritual dualista aunque no se involucra en la visión dualista. Y ese hecho se muestra con la visión que Marcos nos relata. Hay algo especialmente importante en el modo en que nos formula: «Jesús vio que el cielo se abría...». El evangelista no establece una visión colectiva, relata la visión que Jesús tuvo. Una visión que coincide con una voz que sanciona favorablemente su actitud.

Al someterse de forma voluntaria a los esquemas de puro/impuro, correcto/incorrecto y admitir la necesidad del bien, de la pureza y de lo positivo en nuestras vidas Jesús señala un camino que nos acerca a lo Absoluto y que va acompañado inevitablemente de misterio. Cuando señalamos aquí el misterio nos estamos refiriendo a aquello que no está sometido a nuestro entendimiento ni control y que 'simplemente sucede'.»

«Cuando meditamos, aunque de forma limitada y torpe, podemos experimentar procesos cercanos. Nos sometemos a una cierta disciplina con la esperanza de avanzar, mejorar, comprender... como si hubiera algo en nosotros que falla, que está mal, que necesita ser mejorado. Pero hay ocasiones en que sin pretenderlo, nos rendimos, dejamos caer la intención y recibimos el bautismo, la llegada del Espíritu y simplemente somos, sin velos, sin intenciones, naturalmente presentes.»

«Las palabras 'estoy complacido contigo' pueden expresar a la perfección esa presencia espontánea que siempre estuvo, que nunca nos abandonó ni nos abandona, que no es consecuencia del bautismo. El bautismo no opera como un rito mágico que se sitúa en el marco conceptual de causa/efecto, el bautismo no 'produce' la presencia divina, que está siempre presente, que está más allá y más acá de lo que somos.

Jesús no se conforma y limita al recuerdo de esta experiencia, sino que se deja conducir por el Espíritu y, como muchas otras personas de su época y de otras muchas, profundiza en su visión. Nos encontramos aquí con el dinamismo del presente que, como comentábamos antes, es el reconocimiento de la necesidad de no creerse resuelto el problema. Jesús no aprovecha ni cosifica su experiencia elevándola a la categoría de «hecho trascendente», sino que se deja conducir a una situación de aislamiento y exigencia.»

—Ramiro, ¿ha leído usted el sutra de Vima...

—De Vimalakirti, sí. Hay una muy buena traducción al castellano. Pero temo que le defraude, sor María.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque es de difícil comprensión para alguien que no esté familiarizado con la, digamos, exageración mahayana. Quizá 'exageración' sea una palabra inadecuada o excesiva. La cambio por magnificencia... Cuando vuelva a casa se lo haré llegar en cualquier caso.

—Hablando de otro tema, me dijo el señor obispo que va a venir a finales de mes, el... —Sor María consulta el calendario de sobremesa.—... día 30, pasará aquí el fin de semana. Quisiera saber si usted para esa fecha ya...

—Sor María, con el corazón en la mano, de verdad, ¿qué prefiere usted? Mi trabajo lo que se dice acabarse no se ha acabado pero si le facilita la vida mi marcha...no tiene más que decirlo.

—A veces esa actitud suya tan...solicita. No sé, me irrita, ¿qué quiere que le diga? Le estoy tomando confianza, quizá excesiva, tengo que admitir. ¡Quédese, hombre, quedese! Ya veremos como sale la cosa. Y sobre su ofrecimiento con sor Brígida le haré llegar la respuesta a través de sor Claudina. Ahora tengo otras cosas que hacer. ¡Ah! Mañana no puedo tomar café con usted. Lo lamento pero tengo asuntos importantes.

—Perdón. No pretendía irritarla, no sé bien qué he dicho pero, bueno. Bien, como usted diga. Tenga una buena mañana, sor María.

Ramiro no comprende que lo que realmente irrita a sor María es el gusto que siente por su compañía, una sensación de amistad que hace muchos años no se ha permitido con ningún hombre y que le hace pensar si quizá no es del todo adecuado mantener esos momentos de conversación. A sor María le irrita la seguridad que tiene de perder esa amistad cercana y amable de la que ahora disfruta. Ramiro, por un momento, malinterpreta la respuesta de la abadesa. Cuando vuelve a su cuarto suspira, abre el portátil y murmura una frase muy usual entre los hombres, «a las mujeres no hay quién las entienda», como si con esas pocas palabras se anudara en un hatillo, para dejar aparte, la barahúnda de interrogantes que se abren en su mente.

Al día siguiente Ramiro desayuna en solitario. Sor Claudina, tras dar los buenos días le dice:

—Sor María me encarga que le diga que después de las nonas aquí mismo ella y yo traeremos a sor Brígida. —Y añade como si fuera incapaz de morderse la lengua.— Yo sé que nadie me ha pedido

opinión y que usted lo hace con la mejor de las intenciones pero, a mí me parece que la va a poner más nerviosa que otra cosa, la verdad.

—Todo va a ir bien, ya verá.

—El infierno está lleno de buenas intenciones, se lo digo yo.

—Vaya, sor Claudina, lamento mucho que lo vea usted así.

Casto asoma un momento al comedor.

—Le buscan Don Ramiro, esperan en la puerta de la hospedería, es un paquete para usted.

—¿Para mí? Gracias, Casto, voy ahora mismo.

El paquete es un libro. De tamaño mediano, con pastas duras. Ramiro, extrañado abre con cierto nerviosismo el envoltorio plástico con pompitas protectoras. «*Corpus of Anglo-Saxon Stone Sculpture in England. Vol IV. South-East England.*» Al abrir sus páginas cae una nota al suelo:

Dear friend,

How are you? No he podido resistirme a la tentación de desvelar el misterio de la fucking british lápida. Un colega de Historia me ha recomendado buscar en este libro. Quizás lo conozcas, Felipe Orbegozo. Bueno, al ponerme a buscarlo: :maravillas de la era informática: :Está digitalizado: Como el que no quiere la cosa he buscado Elisabeth Maertens. Ya sé, ya sé, no se va a enterrar a la noble monja en dos sitios a la vez...pero... :Alehop: Mira la página 189. ¿Casualidad?

Menos mal que esto es un pasatiempo de viejos, lo digo por ti, my dear. Vamos, que no le va a cambiar la vida a nadie. Aunque, comentando el caso a Felipe me informa que algunos conventos criptocatólicos aún seguían funcionando en el XVIII en el sureste de England.

¿No te parece mucha casualidad que el señor Gerald Maertens y su esposa Elisabeth estén enterrados en la graveyard de uno de esos monasterios una década antes que la nuestra?

:Pero, hombre:¿Todavía no has visto la página 189?

Ramiro abre el libro. A partir de la mitad el libro es prácticamente un compendio de ejemplos de transcripciones epigráficas desde la época romana hasta el siglo XIX y va a la página en cuestión. A mitad de la página, en efecto, aparece la transcripción literal de la lápida obituarial de Gerald y Elisabeth Maertens con fechas 1769 y 1775.

—Esto no significa gran cosa, *dear colleague*. Tampoco es tan raro el apellido, aunque es holandés, pero...no sé, no está tan claro.—Piensa Ramiro para sí.—

Vale, ahora que lo has leído. ¿Has visto lo que pone al pie de la ficha? Fig. 118. ¿Quieres hacer el favor de ir al final y mirar la foto?

Cuando ve la fotografía se le queda la boca abierta. La peana y el motivo vegetal que la rodea es idéntica. Ahora sí que está claro. Todo parece indicar...

¿Estás convencido? Te voy a contar una historia, a ver qué opinas. Unos padres católicos en un país protestante que odia a los católicos en diferente grado. A veces persiguiéndolos y matándolos, otras mandándolos al fin del mundo, las más haciéndoles la vida financiera y laboralmente imposible. Pues bien, estos señores, posiblemente de origen holandés (al menos él, de ella todo lo que digamos es inventado), deciden enviar a su hijita que ha tomado los votos en secreto en el monasterio que ha sido expoliado pero que aún conserva una comunidad criptocatólica, a tierras fieles a la silla de San Pedro. ¿Y qué mayor tierra católica en el XVIII que España? Entra por Santander (el puerto más usual para los british) y termina recalando en el monasterio recién erigido, y por lo tanto ávido de vocaciones.¿Voy bien?

Ramiro esboza una sonrisa.

Pasan los años y se muere el viejo Gerald. Su amada esposa Elisabeth le envía la noticia junto con una nota sobre la lápida que ha encargado. Diciéndole lo mucho que le gustaba a su padre esas espigas cruzadas que ella conoce por haberlas visto en el monasterio de origen. ¿Que cómo sé yo lo de las espigas del monasterio? Busca en Google, :bitch: ¿O quieres que lo haga yo todo?

Sor Claudina que lleva viéndolo clavado con el libro en la mano delante de la puerta de entrada, pregunta:

—¿Va todo bien?

—Sí, claro. Es una broma de Agustín, ¿recuerda?

—¿Su colega el de los árboles?

—Sí. Ha encontrado información sobre la lápida.

—¡Ah! ¡Curioso! Creía que ustedes no se encargaban de esas cosas.

—Es más un pasatiempo, matar la curiosidad. Algo que gusta aunque no tenga demasiada importancia. —Y sigue leyendo la nota.—

Bueno, Ramiro, that's all folks: No te me pierdas por esos pasillos llenos de hermosas y santas querubinas aladas y vuelve a casa vuelve por Navidad

Kisses,

Agustín

P.D.: El libro no es para ti, es para la biblioteca del monasterio. Acompáñalo con una anotación con los datos que consideres deben ser incorporados para su comprensión.

Dos

—¡Qué fácil caigo en el autoengaño! —Se dice Ramiro mientras limpia su cuarto.— A pesar de los años, a pesar de la introspección y de la formación que uno ha adquirido, ese Mara de la distracción y el olvido siempre está ahí, poniendo su patita para que uno tropiece y tome lo que no es por lo que es. Lo importante por lo accesorio, lo banal por lo trascendente. Y sí, Ramiro, puedes relajarte ante tu nimiedad, ante tus errores, dejar de castigarte y rendirte de una vez por todas a lo Absoluto que todo lo acoge. Se dice pronto. ¡Cállate, anda, y limpia! ¡Pues sí que cuesta abrir el bote de lejía este! Una vez en semana limpia a fondo el cuarto, aprovechando el cambio de sábanas de los lunes. Acostumbrado a una vida solitaria, lo toma como una tarea más sin dejarse llevar demasiado por la pereza.

Después de las nonas, como le indicaron, aparece sor Claudina empujando en una silla de ruedas a la anciana sor Brígida que, con una mirada perdida, busca el rostro de la abadesa:

—¿Es que nos vamos a casa ya?

Sor Claudina mira al cielo como buscando paciencia. La abadesa le responde con tranquilidad:

—No, hermana, es que este señor quisiera leerle algo que escribiste hace tiempo, a ver si lo recuerdas.

—¡Ah! ¿Es usted sacerdote? ¿Cómo se llama?

—No, sor Brígida, no soy sacerdote. Mi nombre es Ramiro. Es que he leído esta obrita sobre el monasterio, que escribió usted, y quisiera preguntarle sobre el tema, si no le importa.

—¡Uff! Yo no soy ya la que era antes, señor mío. Así llamaba yo a mi padre: señor mío. Aunque ya usted sabe, siendo sacerdote, que Señor, lo que se dice Señor, no hay más que uno.

—Ya, aunque ya le dije que no soy sacerdote, pero es igual. Le voy a leer un poco, ¿le parece?

—¿Y cuando me voy a casa? —Vuelve a buscar el rostro conocido de la abadesa con la mirada.—

—Estás en tu casa, hermana. Escucha a Ramiro, que quiere leerte.

Ramiro comienza a leerle en voz alta, como si estuviera dando una clase:

«Una de las mejores descripciones y noticias históricas que hemos tenido hasta ahora de la iglesia, el monasterio y de su construcción, la debemos al erudito castellano D, Francisco López de Talavera quien en sus Lecciones de Historia nos refiere lo siguiente:

D, Felipe Soto del Carpio, Arcediano de la ciudad de Talamante y Canónigo de esta Sta. Iglesia, por su ...»

Al rato de lectura, Ramiro observa que sor Brígida se ha quedado dormida. Sor María se ha marchado sin darse él cuenta y sor Claudina, que aún permanece de pie detrás del carro, comenta:

—Lo mejor que ha podido pasar. Lleva tanto tiempo la pobre que no pega ojo que, al menos, le ha servido para echarse una siestecita.

—¿Pero qué hace usted ahí de pie tanto rato? Por favor, siéntese.

—No, Ramiro, no. En décadas que llevo aquí nunca me he sentado junto a un huésped en el comedor de la hospedería. Así tiene que ser y así se hace. Le dejo con la hermana, llámeme si se despierta, ya sabe, estaré dentro, en la cocina.

Media hora después, sor Brígida levanta la vista. Ramiro, que está tranquilamente leyendo el librito, se sorprende cuando la escucha:

—El libro de Lecciones de Historia me lo trajeron de Madrid. La abadesa de entonces tenía un sobrino en la Biblioteca Nacional y como no podía sacarse de allí hicieron eso que se hacía antes de microfilmarlo, usted sabe. Así que durante un tiempo estuve leyéndolo con uno de esos aparatos para leer microfilms. Me parece que aún debe estar por ahí, arrumbado en algún rincón de nuestra biblioteca. Ramiro se asombra del cambio operado en sor Brígida.

—Espere un momento, que llamo a sor Claudina.

—¿Para qué? No, por favor, no se levante. Sé que mi cabeza no responde bien. A veces desvarío y ni yo misma sé lo que me digo. En los pocos momentos de lucidez no quisiera...perder...¿cómo se dice?¿la tela?¿la aguja?

—El hilo, hermana, creo que quiere decir el hilo.

—¡Eso!

—¿Le apetece que le siga leyendo?

—No. Déjeme que le cuente. El caso es que de la fundación del monasterio no queda prácticamente nada original. Todo se perdió en el XIX. Como ese texto del que le hablo es anterior, ahí están las únicas fuentes disponibles sobre el tema que yo sepa. Ese librito no es más que un resumen y transcripción de los datos que aparecen en el de Soto del Carpio, nada más. Yo añadí poco o nada salvo el inventario de obras de arte que hay en el apéndice. Yo, que soy una aficionada, me basé en algunos de los inventarios de otras instituciones similares, ise imagina! Una monjita sin estudios formales escribiendo un tratadito sobre su monasterio. Si ya de por sí somos las últimas de las últimas, encima, como una muestre la más mínima pretensión de contribuir, ¡la de risas que provocó mi propuesta de publicar ese librito! Pero el señor obispo de entonces, que ya falleció, el pobre, le pidió a la abadesa que se lo dejara para su lectura cuando aún ni siquiera estaba mecanografiado. ¡Menos mal que mi letra es aceptable! Él mismo fue el que propuso su impresión e hizo el prólogo que usted no me ha leído, por cierto. Pero puso una condición que, como usted puede ver, se cumplió y es que no apareciera mi nombre ni en la portada ni siquiera en la primera página. Ni que decir tiene que me pareció bien.

Ramiro está admirado de los cambios en sor Brígida y piensa si realmente es compatible esa elocuencia con la enfermedad.

—¿Sabe usted lo que hemos encontrado en el jardín?

—No. No sé nada, ¿qué ha sido eso?

Ramiro le cuenta el hallazgo de la lápida, los arreglos en el nogal y la tapia y las pesquisas de su amigo. Ha traído consigo el libro inglés sobre escultura anglosajona y le muestra la página que señaló su amigo Agustín.

La mirada de la anciana cobra vida. Incluso muestra una sonrisa.

—En la cripta hay muchas otras lápidas. Algunas tienen sus inscripciones. La mayoría son restos más o menos anónimos o con brevísimas iniciales y fechas. No tengo memoria para recordarlas. Las lápidas más elaboradas, que señalan los nombres completos y el cargo y demás, con sus epitafios, las podrá usted ver en el claustro interior, pero esas las he paseado tantas veces que si hubiera una Elisabeth, me acordaría, digo yo. ¿O no? Pero si llega a entrar usted en la cripta, recorra el pasillo central, diríjase al final, en dirección al ábside. Allí, en un lateral hay un pequeño rehundido en el muro, no llega a tener ni siquiera el tamaño de una capilla. Esa es la parte más antigua, en donde se empezó a enterrar a las hermanas. Quizá tenga suerte.

—¿Y por qué cree usted que ella tiene una lápida enterrada en el jardín? ¿Han salido otras más como esa?, escritas en castellano, claro.

—Que yo sepa no. Es posible, por lo que me cuenta que la...¿cómo se dice? La...

—¿Lápida?

—No. La mujer, la...

—¿Hermana?

—Sí eso, esa hermana Isabel. Pues eso, que es posible que tuviera recursos económicos propios. Puede que dejara en manos de alguien el encargo y el dinero para que hicieran una lápida al estilo de la de sus padres. ¿Sabe? Aunque se supone que hacemos votos de pobreza y demás, en otras épocas ha habido de todo. Hay muchas formas de saltarse las reglas sobre todo si a tu alrededor es lo que comúnmente se hace. Por eso es por lo que hay fundaciones, refundaciones y requeterefundaciones, y todos esos adjetivos que se añaden con el tiempo: estricta observancia, auténtica, descalzas, etc., etc. Los seres humanos somos así y las instituciones se degradan, renacen, vuelven a degradarse... El Espíritu Santo saca a la luz lo mejor de nosotros y el maligno se encarga de devolvernos a las tinieblas. Usted lo sabe bien, siendo sacerdote como es.

Ramiro ha abandonado ya la idea de corregirla. El discurso de sor Brígida es coherente aunque desvaríe en algunas cosas. Sor Brígida se queda callada como si se hubiera apagado la luz en su rostro de repente, baja la cabeza hasta que su barbilla toca con el pecho.

—¿Le apetece tomar un poco el aire? Hoy el sol calienta un poco, quizá.

Ella le mira ausente y no responde. Ramiro deja que descanse y en un gesto de cariño le sonrío mientras coge su mano.

—¿Qué? ¿La llevo a tomar el sol?

—¡Yo lo que quiero es irme a casaaaaa! ¡A casaaaaa! ¿Quién eres tú? ¿Dónde está mi madre? ¡Ayyyyy! ¡Ayyyyy!

Sor Claudina acude enseguida.

—Hasta hace un segundo ha estado hablando con tanta lucidez, tan amablemente. ¡Qué extraño!

—Comenta Ramiro.—

—No es extraño, es su enfermedad, —le contesta.— ¡Cálmate! ¡Tranquila, hermana! Sí, sí, vamos a casa.

—Este sacerdote es muy agradable, hermana. Dígame que vuelva a leerme, ¿eh, hermana? Y después nos vamos a casa a ver a mamá. ¿Me vas a llevar a ver a mamá?

—Claro, claro, eso vamos a hacer.

Sor Claudina se despide mientras empuja el carrito hacia clausura.

—¿Quiere que le ayude?

—No se preocupe, Ramiro, estoy acostumbrada. Ahí mismo en la cocina me relevan, gracias.

Los encuentros en el comedor de la hospedería con sor Brígida están condicionados, por deseo expreso de sor María a que no haya más huéspedes, cosa que Ramiro comprende. En estos fríos días de

noviembre sin fiestas no hay nadie más en la hospedería y poco a poco, unos días con más ausencias y otros más lúcidos, van leyendo el librito de sor Brígida y conociendo con más detalle la construcción de la iglesia, su arquitecto mayor, la confección del retablo y la planificación de las diferentes intervenciones arquitectónicas y paisajísticas que han hecho del conjunto monacal lo que hoy puede verse. Ramiro, que no tiene experiencia alguna en el trato con personas aquejadas de esta enfermedad empieza a acostumbrarse a los bruscos cambios en la disposición de la anciana. Por su parte, sor Brígida está encantada en tener esos ratos de conversación con su amigo el sacerdote. Por más que sor Claudina, la abadesa y él mismo han hecho para sacarla del error, no hay manera de evitar que siga dirigiéndose a él como padre Ramiro. Al final todos han tirado la toalla hasta el punto que medio en broma, sor Claudina, que tiene un sentido de humor gaditano que no le ha desaparecido después de sesenta años en el monasterio castellano, ahora le da los buenos días por la mañana con la frase:

—Tenga usted buenos días, padre Ramiro. —Poniendo especial énfasis en la palabra padre.—

—Si no fuera usted quien es, sor Claudina, le respondería con alguna zalamería. Pero dejémoslo estar. Me lo tomaré como un cumplido. ¡Ya quisiera yo! No soy ni padre biológico de nadie, menos aún espiritual.

—Pues nuestra hermana lo ha ordenado y no hay quien se lo saque de la cabeza.

—La hermana Brígida es una bendición, sor Claudina.

—¡Vamos hombre! Que sí, que entiendo lo que quiere decir, pero que también se nota que usted solo la ve un ratito a media tarde, vamos.

—Como siempre tiene usted razón. Es usted la voz de la sensatez, hermana.

A los pocos días Ramiro, que también echa en falta su plática con la abadesa, pide permiso para visitar la cripta. La iglesia le resulta ya familiar porque cada domingo, aprovechando la llegada de Catalino, el cura, para dar misa, ha recorrido el templo con detenimiento. Pero, claro, la cripta ni siquiera la visitó el día de difuntos, que es el único en el que las hermanas abren la rica cancela labrada que separa esta del templo. Tras la cancela hay una pequeña estancia con un altarcito en donde apretujadas hacen sus oraciones dicho día. Más allá una escalera empinada termina en otra cancela más sobria que da lugar a la cripta propiamente dicha.

—Está usted empeñado en desvelar hasta el final la existencia de la hermana Elisabeth Maertens.— Le señala sor María.— ¿No había venido a traducir su obra? Me parece que es usted un tanto disperso. En fin, no tengo inconveniente en que entre en la cripta si es su deseo, pero esas son cosas propias de jubilados y gente sin ocupación.

—Pues tiene toda la razón sor María. Ha dado en el clavo. Empieza a conocerme mejor que yo mismo, pero el gusanillo me pica y, aunque sé que es una cosa sin importancia, quisiera terminar de despejar la duda, con su permiso. Se lo diré a Agustín y si no le parece mal, el domingo después de misa, acompañados por D. Catalino bajaríamos a tomar nota de lo que encontremos en relación con la hermana Maertens.

—Está bien. Casto les abrirá, él sabe dónde están las llaves.

El domingo siguiente Catalino el cura, un hombre joven, de no más de cuarenta años, Agustín y Ramiro van acompañados por Casto que, llaves en mano, abre la gran cancela que da pie a la capillita.

—Don Catalino, si no le importa, le dejo a usted las llaves porque esa escalera empinada me da algo de reparo.—Confiesa Casto.—

—Por supuesto, idebería haber sido yo el que se lo propusiera! Usted con el bastón y a su edad, discúlpeme no haber estado al tanto.

Ramiro siente algo de alivio al escuchar el abandono de Casto, que sin tener realmente un motivo certero, le incomoda su presencia.

La escalera de piedra no solo está empinada sino que en sus últimos escalones está algo resbaladiza. Afortunadamente las barandillas de hierro que flanquean a un lado y otro les permite agarrarse. Como en la cripta no hay electricidad van acompañados de linternas que, prudentemente, ha proporcionado Casto. Una vez dentro reconocen un amplio pasillo que se desarrolla a un lado y otro de la entrada, cuya dirección coincide con la nave central de la iglesia. El ábside queda a la derecha, Ramiro, siguiendo las instrucciones de sor Brígida recorre el pasillo en esa dirección. A pesar de la ventilación del lugar, que tiene no solo las cancelas sino distintos tragaluces que, aunque no ofrecen casi claridad alguna al menos permiten el paso del aire, la cripta es extremadamente húmeda. En el suelo delante de los tragaluces que está cerrados por mallas metálicas, hay gran cantidad de excrementos de animales y plumas, pues en algunos de esos huecos han logrado anidar algunas aves.

—Hace años que no se limpia aquí.—Dice Agustín.—

—El pobre de Casto no entra ya y las hermanas también están mayores para eso. Yo, es la primera vez que entro y llevo ya viniendo semanalmente desde hace tres años. —Comenta el cura—.

Al llegar al subsuelo del ábside, en efecto, el muro de la derecha tiene un rehundido de algo más de un metro de profundidad. En ese paño pueden verse dieciséis nichos cuyos lápidas está completamente cubiertas de polvo y telarañas.

—¡Bufff! Aquí habría que traer una aspiradora industrial. —Comenta Agustín.—

—Nos podemos aviar con una escoba. Hay una en la sacristía, esperen un momento. —Dice Catalino.—

Al rato, con la escoba y pañuelos tapándoles las caras, se atreven a despejar un poco la suciedad acumulada. Las piedras que tapan los nichos, como indicó sor Brígida, tienen iniciales y fechas nada más.

—M. N. R, 1775, L. G. Cº, 1768...Trae la luz, Ramiro, anda. —Pide Agustín.—

—¡Mira, Agustín, mira, aquí está!: I. Nª Sra, 1786. Aquí yace la hermana Elisabeth. Hazle fotos, por favor.

—¡Me has quitado el gusto, tío! ¡La has tenido que encontrar tú, *son of a bitch!*

—¡Chisst! ¡Hombre, Agustín, deja eso para el bar!

Catalino se ríe a carcajadas.

—Por mí no se corten, estoy hecho a todo. ¿Es que se conocen desde hace mucho?

—Somos amigos de mi infancia, que él es un pureta carroza.

—Menos lobos, Agustín. Que seré más viejo pero tengo más pelo que tú.

—Eso sí, en pelo me ganas, ¡capullo!

—Vamos para arriba que seguro encontramos un Rueda con el que celebrar el hallazgo. ¿Le hace, padre?

—Los domingos hay que santificar las fiestas. El vino es una bebida muy cristiana, tomado en las dosis adecuadas, claro. Pero yo prefiero los de Toro, si no es mucho pedir.

Tres

Catalino acude puntualmente los sábados a mediodía al monasterio desde hace tres años. Todos los fines de semana y, por supuesto, las fiestas importantes para la Comunidad. Aunque vive a más de cincuenta kilómetros, pues lleva también el servicio en distintas parroquias de la comarca, tiene una dedicación muy especial a sus —como él mismo dice— hermanas mayores.

No es un hombre atractivo. Menudo, con una forma de andar un tanto vacilante, tiene un gesto muy continuado de dejar ligeramente la punta de la lengua entre los labios, junto con un —casi imperceptible— amaneramiento que no es del todo extraño en algunos sacerdotes. Además su miopía es más que evidente por sus gruesas gafas pues nunca ha querido operarse ni llevar lentillas. Tiene también la costumbre de frotarse las manos, cosa que en invierno pasa desapercibida como un gesto propio del duro frío castellano, pero que en otros momentos del año resulta algo particular. A sus treinta y siete años ha brillado con luz propia en sus estudios llegando incluso a obtener el título de doctor en Filosofía en la Sapienza de Roma. Podría encajar en lo que vulgarmente se llama un ratón de biblioteca, sin embargo, ha pedido voluntariamente tener una ocupación sin relumbramiento alguno y se siente muy satisfecho con la labor que desarrolla en aquellos lugares remotos de lo que antes era Castilla la Vieja y ahora se llama Castilla y León.

Los tres exploradores de la cripta almuerzan sentados en un buen restaurante a decenas de kilómetros del monasterio a petición expresa de Agustín.

—¿Le puedo tutear, padre? —Pregunta Agustín mientras agita la copa para ver cómo se comporta el vino recién servido.—

—La verdad, estaría más cómodo, sí, si nos tuteáramos. Tenemos la misma edad, ¿no?

—Imagino que sí, yo cumplí ya los cuarenta, por desgracia. He tenido que hacer esfuerzos todo el día con eso, por respeto aquí a mi amigo el capullín de Ramiro. —Señala Agustín.—

—Bueno, casi. Tengo treinta y siete. Lo que me sorprende mucho, es que seáis tan amigos y estéis continuamente tirándoos pullas.

—Hay algo que, corrígeme si lo ves de otra forma Agu, explica el modo en que nos tratamos. Me atrevería a decir que si nos hubiéramos conocido en un ambiente menos hostil es probable que nuestra relación fuera otra, más distante. ¿No crees? —Ramiro intenta explicarse.—

—*Of course, my friend! I couldn't explain it better.* ¡Qué buen vino, hermanos! ¡Brindemos!

—¿Hostil? No entiendo, ¿no son ambos profesores de inglés en la universidad?

—Sí, sí. ¿Ha dado clases en alguna universidad española, Catalino?

—No. La verdad es que cuando me fui a Roma en 2005 no me imaginaba que iba a llevarme siete años más y nunca he estado en la universidad ‘del otro lado’, como profesor, ni aquí ni allí. Siempre he sido estudiante.

—Pues la hostilidad y el cainismo son moneda común en los despachos de la universidad española. Cuando llegué al departamento los problemas de espacio eran acuciantes y me sugirieron instalarme en un campus ‘a tomar por...’ junto a la nueva Facultad de Ciencias de la Actividad Física y Deporte o algo así. Completamente apartado de todos y a más de media hora del centro tomando un bus que pasa cada dos. Y aquí el buen hombre, —Agustín aprieta el hombro de Ramiro con la mano— me ofreció la mitad de su cuchitril. Que ahora es todo un señor cátedro y tiene mando en plaza, como quien dice. Nunca me imaginé yo compartir tantas horas con un *crazy holyman* como este. —Aclara Agustín.—

—Lo nuestro es una historia de lealtad y amor fraterno.—Apunta Ramiro sonriendo.—

—Viejo cursi, solo llevo una copa y ¿ya quieres hacerme llorar? Anda, anda, *fucking boy!*

—Escasean esas relaciones hoy día. Yo estoy dedicado a mis parroquianos y hermanas mayores y, por desgracia, no estoy muy acostumbrado a verlas. Benditos sois por conservarla. Cambiando de tema si no os importa, han llegado noticias no muy ciertas sobre el motivo que te ha traído aquí. ¿Estás traduciendo un libro de un teólogo protestante como me han dicho?

—¡Las etiquetas, madre mía, las etiquetas! —Dice Ramiro.— Estoy traduciendo un libro de mi mentor Ralph Szbuchinsky, profesor de...

- Sí. Lo conozco. Es neozelandés, discípulo de un afamado teólogo secular.
- Pues eso. Tú lo has dicho.
- Suena interesante. Lo último que he leído de él es bastante...no sé...¿cómo decirlo? ¿Obtuso?
- Ralph es difícil de leer. Muy técnico, muy para la galería académica de su cuerda. Pero esto que estoy traduciendo es otra cosa muy diferente. Algo más personal. Quizá te interese.
- Claro, seguro. ¿Y dónde vas a publicarlo?
- En Nunc Dimittis.
- ¡Ya está! Ahora lo entiendo. —Piensa Catalino en voz alta.—
- ¿El qué, me dejas en ascuas? —Interviene Agustín.—
- No os quiero envenenar desvelando quién me hizo el comentario de que es un teólogo protestante porque no viene al caso. Además si algo es ese señor es protestante, desde luego. Lo que no me habían dicho es el nombre de la editorial, pero claro, a Alberto se le tienen jurada.
- ¿Conoces tú a Alberto?
- Estudió conmigo en la Sapienza. Este mundo al que nos dedicamos tú y yo, aunque por razones bien distintas, es un pañuelo. ¿No? Cuando Alberto volvió de Roma, dos años antes que yo, me escribió comentándome su proyecto de montar una editorial de temas cristianos pero con una perspectiva muy abierta y enfocada sobre todo en la mística. ¡No sabes la de zancadillas que ha tenido que aguantar el hombre! Pero como tiene detrás un buen capital que procede de su familia, ahí está, perdiendo dinero con cada publicación. Como él dice: ‘mi hermano se gasta en daiquiris en República Dominicana mucha más pasta que yo en libros de mística. ¿A quién hago daño?’
- ¡Vaya! Pues no sabía yo eso del bueno de Alberto. Ahora entiendo cosas yo también.
- Pues volveremos a brindar por el libro, esta vez soy yo quien levanta la copa. —Dice Catalino.—
- ¿Sabrías de alguien interesado en escribir un *paper* sobre el tema de la lápida? —Pregunta Catalino.— Vamos, quiero decir, que es una historia que si se documenta y se adorna un poco, poniéndola en contexto con la historia de Inglaterra y España puede dar muy bien para un artículo.
- Hazlo tú, Catalino, ¿no te interesa? —Responde Agustín,—
- Queda completamente ajeno a mi campo académico, ¡que va! Además yo ya estoy muy desconectado del mundo de las publicaciones. Lo único que he escrito después de la tesis ha sido en Italia y a petición de mi director. Cuando me vine a España, como quien dice, me corté la coleta. Pero vosotros o un alumno vuestro, quizás pueda sacarle partido académico.
- Yo ya no tengo interés en esas cosas, quizás tú, Agustín.
- Un alumno tuyo mejor. ¿Cómo se llamaba esa chica tan mona que está haciendo el TFC contigo? ¿No es de historia? Esa que estaba tomando café contigo en la facu el día antes de que te enclaustras.
- Es del campus de Fuentegüesa, de Educación y Turismo. Se llama Laura López, ¿te parece mona?
- Bueno, no está mal.
- A ti cualquier mujer de menos de treinta te parece mona, Agustín.
- No. De menos de treinta no, más bien de menos de cuarenta. —Agustín y Catalino se ríen a carcajadas.—
- Pues haz tú el informe completo con toda la información, las fotos y demás y yo te la presento por correo. Lo mismo le caes bien.
- Oye, que no iba en serio, *man*.
- Ya, ¿cuándo vas a ir tú en serio? De todas formas no creo que a esa chica le interese el tema. No se la ve dispuesta a la investigación precisamente. Está haciendo el TFC en traducción de guías turís-

ticas, ya verás. Me gustaría cambiar de tema, si os parece, como sabrás, el señor obispo viene a final de mes...

Catalino, que está bebiendo en este momento, se atraganta:

—¿Al monasterio?

—Sí, sí. ¿No te han dicho nada?—Afirma Ramiro.—

—¡Uy, uy,uy...! ¡El jefe viene a hacer revisión! —Bromea Agustín.—

Ramiro le informa, sin dar demasiados detalles, cómo ha conocido él la noticia. Catalino además de sorprendido, parece un poco molesto.

—Siento mucho que te hayas enterado así. Pensé que sor María te había puesto al corriente. Quizá he sido un bocazas.

—No pensaba volver a pararme en el monasterio, pero ahora que me has dicho esto, me gustaría hablar con sor María antes de volver a casa. —Responde el cura.— Más que nada por preparar bien su acogida y saber cuándo viene.

—Extraoficialmente te adelanto que viene el 30. El viernes que viene, vamos. Creo que se trata más de un gesto relacionado con mi persona y la publicación del libro.

—El libro, el libro, ¿pero qué pasa con el libro ese? ¡Por Dios, Ramiro! Pero si además de difícil de entender es lo más santurrón que he leído...—Dice Agustín.—

—Tu forma de ver las cosas es muy lejana respecto a este mundo. Tu sensibilidad es otra. —Le responde Ramiro.—

—No se trata tanto de lo que se dice, ni del contenido. Si me apuras, incluso las formas, siempre que no sean insultantes, tienen poca importancia. Es más bien un tema de control, de la necesidad que tienen las estructuras de controlar y mantener la iniciativa. Pero el obispo es un hombre abierto y culto. Lo va a entender todo, espero.

—No quisiera que este asunto de la traducción supusiera un disgusto para nadie, la verdad.

Como Catalino ha decidido volver al monasterio, los dos amigos se despiden a la puerta del restaurante. Aunque es media tarde, ya la luz se va yendo y Agustín tiene algo de prisa.

—*See you soon, man.* —Le dice Agustín al oído.— Hasta luego, ha sido un placer. —Dirigiéndose a Catalino.

—El placer ha sido mio. Espero que nos volvamos a ver.

—Adiós, criatura. Sé bueno. —Ramiro hace el gesto de disparar una pistola y soplar el humo hacia Agustín que se mete en su coche.—

En el coche de Catalino, con la calefacción al máximo, las curvas de la carretera se hacen entretenidas. Resulta agradable ver el inhóspito y frío paisaje castellano desde la comodidad del auto.

—¿Cuál fue el tema de tu tesis?

—¡Uf! Básicamente sobre la metafísica italiana del siglo XX. El título era muy largo. ¡Ya sabes lo rimbombantes que son en el mundo académico! Sobre la *Scuola di anagogia* y el pensamiento de neoescolástico italiano...

—Quizá te interese entonces el libro de Ralph, aunque sea para criticarlo desde un punto de vista más doctrinal. Porque yo ahí no voy a entrar, claro.

—¿Qué tono tiene la obra? Me dijiste que era algo bastante personal.

—Espera, que con esto del Dropbox te puedo leer algunos párrafos desde aquí. —Dice abriendo el móvil.— Espero no marearme.

—Está comentando el episodio en el que Jesús sana a un leproso, ya sabes que se basa en el evangelio de Marcos:

En este último pasaje del primer capítulo nos encontramos con el papel de la fe, por un lado, y el de la taumaturgia de Jesús, por otro. Ambos extremos son aspectos de un mismo fenómeno que ya hemos comentado anteriormente.

Aquí además se liga este hecho al tema de la fama. Hay tanta necesidad de «sentirse salvado» que los seres excepcionales con su continua y fluida experiencia de lo Absoluto tienen una capacidad de magnetizar o atraer a aquellos con suficiente mérito como para reconocerlo.

Así, desde una perspectiva budista no dual podemos entender la fe como una muestra del buen karma o mérito del que la posee. En ocasiones, en nuestra propia vida, hemos experimentado el arrepentimiento por no haber sacado partido situaciones o personas que, tras el tiempo y la experiencia, reconocemos que eran muy valiosas y no supimos aprovecharlas en su momento. Esta idea, creemos, puede relacionar bien los conceptos de buen karma y fe. En aquel momento no estábamos preparados, no teníamos la disposición, karma, mérito, como queremos llamar, para aprovechar la sabiduría, bendiciones, capacidad de esa persona o esa situación.

Cuando se da la apertura al espacio luminoso no dual, inexpresable, dinámico, siempre presente y siempre cambiante, que está más allá de etiquetas y denominaciones al cual Jesús con su continua y fluida experiencia tiene acceso, todo es posible. Curar enfermos y traer a alguien de más allá de la muerte, pues esa apertura (la fe) comparte lo inexpresable y lo que no está atado por conceptos ni fijaciones.

Jesús rehuye la fama porque sabe que es un obstáculo para la genuina transmisión, la que se da de corazón a corazón. Jesús conoce bien las tergiversaciones de la fama y rehuye deliberadamente el camino del poder mundano, su reino no es de este mundo.

Cuando termina de leer llegan a la cancela del monasterio. Ramiro se baja y con la llavecilla de Catalino abre la cancela. El coche pasa y aparca junto a la hospedería mientras Ramiro va cerrando. Casto se asoma a la puerta.

—¡Ah! Es usted, padre, no lo hacía aquí de nuevo.

—Pues ya ve, he olvidado algo.

Mira la hora y se da cuenta de que es algo más tarde de lo que esperaba. Ramiro acude a su lado. Los tres entran en la hospedería pues hace bastante frío fuera.

—Yo, si no me necesitas, me despido. —Hace ademán de dar la mano. Catalino, algo confuso la estrecha mientras murmura;—

—Cúidate, Ramiro, nos vemos pronto.

Cuando llega a su cuarto se da cuenta de que en las escasas diez horas que han pasado desde el amanecer, en la tranquila y concentrada vida que pretendía llevar en el monasterio, no ha tenido oportunidad siquiera de progresar en una sola página de su trabajo.

—De mañana no pasa. Le voy a meter caña a esto y me dejo de historias. —Se dice a sí mismo.—

Tras las vísperas, Catalino espera en la salita delante del despacho de sor María. La relación entre ambos es de estrecha colaboración. Catalino admira a la abadesa y esta le muestra el respeto debido a su papel y ordenación. Aunque hay aspectos de su persona que le disgustan y no le permiten sentir afinidad ni simpatía, esos reparos se quedan en su interior.

—¡Buenas tardes, de nuevo! Me acaba de avisar Casto de que me estaba esperando aquí. Pase, pase, por favor, que aquí hace frío. ¿A qué se debe la prolongación de su visita?

—Pues de formal casual me he enterado de la visita del señor obispo el próximo viernes y, no puedo negar que me siento extrañado y, ¿por qué no decirlo?, algo molesto por la falta de información, sor María.

—Lo siento. Profundamente. Comprendo que se moleste, claro. ¿Cómo podía yo pensar que no sabía usted nada? Ni se me pasó por la cabeza decírselo y ha sido un error imperdonable. ¿No le avisaron entonces de la diócesis?

—No.

—Pues ha sido error mío. Insisto en pedirle disculpas.

—Están dadas, madre. No se preocupe. ¿Quisiera usted que preparara algo para su venida? ¿Necesitará el señor obispo que le recoja o vendrá por sus medios?

—No le puedo decir, la verdad. Eso tendrá usted que hablarlo con su secretario. Imagino que será él el que dé misa el domingo. No sé si querrá concelebrar...Tendrán que hablarlo ustedes. Por nuestra parte, padre, sabe usted que estamos muy satisfechas con su labor y así se lo haremos saber al señor obispo. No le quepa la menor duda. Este error mío nada tiene que ver con algo intencionado, créame.

El obispo

Uno

Cuando el obispo abre la puerta de su coche la tarde del viernes 30 llueve copiosamente. Ramiro que, casualmente vuelve de un pequeño paseo paraguas en mano, al advertir la llegada del sedán negro se acerca a la puerta, la abre y lo protege con su paraguas sin dar tiempo al conductor a hacer lo propio.

—Muchas gracias. ¡Qué manera de llover!

—Buenas tardes, monseñor.

El secretario, que ha hecho de chófer, acude tras ellos con el equipaje. Cuando llegan a la hospedería, la sorpresa de sor María es notoria. Nunca hubiera imaginado semejante entrada. Catalino, que se dirigía a su vez con su paraguas, se topa en el zaguán con el obispo y Ramiro.

—¡Hombre, Catalino! ¡Qué alegría verle! —Saluda el obispo.—

—Su Excelencia, encantado de tenerlo aquí.

—Reverenda Madre sor María, ¿no podría haber dispuesto usted de mejor tiempo para nuestra llegada? —Bromea el obispo.—

—No llegan mis poderes hasta ese extremo, Excelencia. Pero veo que la divina providencia le ha recibido con el paraguas de D. Ramiro.

—¡Qué alegría, ¿verdad?! Bueno, quisiera saludar al resto antes de pasar a clausura.

Casto y sor Claudina esperan junto con varios huéspedes llegados esa mañana tras la madre abadesa y el sacerdote. El secretario se dirige a las habitaciones junto con sor Claudina. Tras breves saludos y viendo que la lluvia arrecia aún, sor María y Catalino acompañan al recién llegado y se dirigen al pasillo que lleva directamente al patio exterior. Uno de los laterales está cubierto por una galería que

termina en una puerta que conecta con la clausura. Es una puerta que se usa en pocas ocasiones y que comunica directamente con el patio interior, lleno de plantas, que da al despacho de la abadesa. Tras el obispo entra la abadesa que le señala una de las puertas del ventanal que está cerrada sin llave.

—Por aquí, Excelencia. —Indica.— Catalino, por favor, ¿podría usted empujar esta puerta? Es corredera y se atasca un poco.

Catalino tira de la puerta con ganas y la descorre bastante fácilmente.

—¡Juventud, divino tesoro!— Señala el obispo y aprovecha para decirle:— ¡Quédese en la hospedería, ya le llamaremos más adelante!

—Claro, Su Excelencia. ¿Cierro la puerta, sor María?

—Sí, por favor, que se escapa el calor. —Responde el obispo.—

Sor María se extraña de la exclusión del sacerdote. Señala la gran mesa auxiliar en donde ha dispuesto de una silla algo más grande y lujosa para la visita.

—¿Quiere usted un café, un té, una infusión?

—No, gracias, madre. Me gustaría entrar en materia si no le importa. Pero siéntese, por favor. —Dice desde la gran silla en la que ya está sentado.— ¿Cómo marchan las cosas por aquí? ¿Mucho trasiego de huéspedes?

—Hoy ha podido ver usted que apenas una decena de personas se alojan. No, no hay en esta época nada que suponga ni siquiera un trasiego. La única novedad importante ha sido la reparación del jardín que nos supone una factura considerable para nuestras cuentas.

—Ya, tuve noticias, sí. Bueno, eso seguro que saben ustedes cómo resolverlo, ¿no? Cosas más difíciles les han ocurrido. Es curioso lo de la lápida, ¿no?

—Esa ha sido la exigua recompensa, y salvar el nogal centenario y la tapia, claro.—Responde la abadesa.—

—Y todo a costa de una relación, digamos, excesiva con un extraño profesor de tendencias filoprotestantes, si no completamente ajeno a nuestra Iglesia. Eso me preocupa. Es usted la cabeza de esta comunidad, reverenda madre.

—Le he dado cuenta pormenorizadamente de todos los pasos dados en relación con la reparación del jardín como usted sabe. El huésped al que se refiere, que ha aportado sus amistades e incluso recursos para este asunto, ha sido invitado por usted mismo. Todo esto ya lo sabemos ambos, no entiendo bien, con todo el debido respeto y admiración que le tengo, Excelencia, sus admoniciones. El propio D. Ramiro se ha ofrecido voluntariamente a abandonar su estancia para no causar problemas a la Comunidad.

—Y ha sido usted la que le ha pedido que se quede. —Afirma el obispo.—

—No exactamente así. Le he dicho que ya que no he sido yo ni esta Comunidad la que lo invitó, ¿por qué soy yo, en caridad cristiana, la que, sin encontrar nada reprochable en su conducta, le deba pedir que se marche?

—Veo algo de soberbia en su actitud, Reverenda Madre, como pastor del rebaño que soy, me veo en la obligación de señalárselo.

—Y yo le agradezco su indicación y la guardaré en mi interior para evitar en el futuro el error.

—Entonces está todo arreglado. Le dice usted a D. Ramiro que se marche en cuanto pueda y volvemos a la normalidad.

—Creo, excelencia, que no he sido capaz de explicarme adecuadamente. No puedo retirarle la venia que usted le dio. Sería un insulto a la alta dignidad y persona de su propia Excelencia que fue quien lo invitó. Creo que quizá sea más oportuno, si me permite una sugerencia, que su secretario

le comunique su decisión. Yo en este asunto soy una humilde testigo que ha intentado favorecer las intenciones de la Iglesia dadas a través de su excelente persona.

—¡No me venga con remilgos, sor María! Lo dicho, dicho queda. Se lo comunica usted y punto. Estoy hablándole con una actitud fraterna y constructiva.

—Lamento mucho no ser capaz de entender la fraternidad de su actitud. Igual que no comprendo la importancia de lo que este señor D. Ramiro está escribiendo.

—Pero sí que le molesta que desaparezcan sus visitas a este despacho en donde le lee contenidos erróneos. —Señala el obispo.—

Sor María siente dolor ante un comentario tan ruin. Conoce al obispo desde que llegó al cargo y nunca hubiera imaginado que cayera tan bajo. Con rapidez empieza a pensar quién ha podido envenenar al obispo con murmuraciones. Confía más en sor Claudina que en sí misma y sabe que Catalino no es persona afín al obispo ni dada a habladurías.

—Imagino que Casto le informa puntualmente de todo. Eso me alegra, excelencia, así no tendré que tenerle al tanto yo personalmente.

—No sé de qué me habla. Pero, bien, vamos a saludar a las hermanas. ¿Le parece?

—Como su excelencia desee. —Responde la abadesa.—

—Le pido por favor que deje de usar el trato formal de su excelencia. Es algo cansado de llevar. —Dice mientras se levanta.— Y ahora, vamos.

El obispo se dirige hacia la puerta corredera por la que entró y observa que Catalino ha permanecido todo el tiempo en la entrada al patio helándose de frío, alejado del despacho a una distancia prudente, pero dispuesto a acudir si se le llama. El obispo le hace señas para que le abra la cristalera. Sor María, que desde dentro del despacho no es capaz de verlo, señala al obispo:

—Monseñor, para ir a reunirnos con la Comunidad es mejor por aquí. —E indica la puerta que da acceso a la entrada principal.

—¡Ah! Recuerdo cuando estuve aquí de joven... sería a principios del 74. Antes, por supuesto, de la espléndida obra que se hizo a principios de siglo. ¿Existía esta puerta?

—La del patio no, pero esta que da a la antigua sacristía sí existía.

Catalino, que a la llamada del obispo ha descornado ya la cristalera, interviene:

—¿Me ha llamado? ¿Quiere que acuda con ustedes?

—No, no. Ha sido una confusión. No se preocupe, vuelva a cerrar y vaya a sus ocupaciones. —Le responde el obispo.—

Por un instante, las miradas de sor María y del cura se cruzan y ella siente una pena profunda por la situación y la ofensa que, sabe, está recibiendo un pobre hombre que, aunque no es santo de su devoción, se engrandece a sus ojos por el cómo está llevando estoicamente el desaire.

La iglesia está en esos momentos vacía. En la sacristía Catalino organiza todo para los diferentes actos religiosos que se van a suceder durante la estancia del obispo. Le acompaña el secretario. Ambos son sacerdotes de casi la misma edad y se conocen desde hace unos años.

—Creo que está ya todo. ¿Ves algo que pueda faltar? —Pregunta Catalino —

—No. Todo en orden. —Responde con un fuerte acento suramericano.—

—Pues entonces me voy a mi cuarto, si no te importa, estoy algo cansado y quizás me haya resfriado un poco.

—No te preocupes, claro.

Al salir de la iglesia en dirección a la hospedería encuentra a Ramiro en el patio interior. Se saludan cortésmente y cuando Catalino pasa por su lado, le dice a Ramiro en voz baja:

—*You're out, my friend.*

Ramiro sonrío y responde:

—¿Podrías llevarme al pueblo? Me he dejado la gorra en el bar.

—Claro, como no. Le mando un mensaje al secretario. Es que le he dicho que voy a mi cuarto, no vaya a ser que me reclamen y piense que lo evito.

Ya en el bar, los parroquianos de siempre hablan a gritos viendo un partido de fútbol en la televisión.

—¡Uff! Mucho ruido, ¿no? —Señala Ramiro.—

—Si quieres que nuestra conversación pase desapercibida es lo mejor. —Responde mientras se sienta y pide un café.—

—¿Un café a estas horas?

—He cogido frío, a ver si me caliento un poco.

—¿Por qué dices que estoy fuera? ¿Has hablado con el obispo?

—No, ¡que va! No me ha dejado entrar. —Dice Catalino un tanto cabizbajo.—

—¡Vaya, lo siento! Si llego a saber que se iba a formar este pitoste...no habría venido. Creo que el lunes cojo mis bártulos y me despido. Si no lo hago hoy mismo es por no dar demasiada notoriedad al asunto. Parecería un desplante y no quiero eso tampoco. Además la traducción está casi terminada por lo que debo irme ya. ¡Qué pena! Lo siento por ti, de veras.

—No hay nada que sentir. Todo terminará volviendo a su cauce. ¿Sabes? A veces pienso que actualmente en occidente la Iglesia está como Constantinopla poco antes de ser tomada por los turcos. O como el Egipto de los faraones con el imperio romano a las puertas. Es una exageración, lo sé, pero ¿cuánto tiempo puede resistir el mensaje en un mundo como este? La mayoría de la población es completamente ajena a los verdaderos valores cristianos. ¿Los ancianos?, algunos sí. Claro que tengo confianza en la fuerza de la Fe. Soy sacerdote, y me gusta lo que hago. Lo hago con confianza y dedicación, pero...

—Quizá siempre ha sido así. Quizá incluso en los momentos más ‘católicos’ de nuestra historia ha sido así. Salvo que entiendas como ‘valores cristianos’ lo que se hacía en América del Sur con los pobres aborígenes, o quemar a la gente por herejía, o el modo como se acabó con el pensamiento protestante en España, con sangre y hierro. Yo tengo una cosa bien clara, Catalino, una cosa es la religión y otra el Espíritu.

Un barullo tremendo se levanta entre los parroquianos:

—¡Gooooool!!¡Gooooool!

Ambos se ríen.

—Me has marcado un gol. —Dice Catalino levantando la voz.—

—Nada de eso, hombre. Mira, por edad casi podría ser tu padre, pero seguro que tú tienes las cosas más claras que yo. Y así debe ser. Un sacerdote debe ofrecer sobre todo seguridad y claridad en su discurso. Y es bueno que sea así, una seguridad y claridad no exenta de ternura y comprensión.

—¿Y tú, no te sientes interpelado por el Espíritu, como tú le llamas? —Pregunta Catalino.—

—A cada instante. Es una bendición y una tortura.

—Me viene a la mente Unamuno.

—No en el sentido que da Unamuno a la ‘aparente’ contradicción entre razón y fe. Unamuno, por lo poco que sé de él, estaba un tanto obsesionado con la idea de Dios. A mí me parece que la cuestión no está en la idea sino en la experiencia.

—Explícame eso. A ver si finalmente me vas a salir tú también neoescolástico. Vamos, que ese enfoque me recuerda a algunos de los autores que leí para mi tesis.

—Si me permites quisiera ponerte una metáfora.—Responde Ramiro.—

—Claro, claro, sigue.

—Pongamos que hablamos de nutrición, ¿no? Puede haber alguien que conozca al detalle todas las propiedades nutricionales de la naranja...

—Ya sé por dónde vas. Pero no se ha comido nunca una naranja y no es capaz de reconocer el sabor.

—Sí, sí, pero, déjame, voy a ir más allá. Aparte de eso que dices. Este buen hombre va a Groenlandia y, además de no haber probado una naranja en su vida, les cuenta a los inuik que comer foca es nutricionalmente inadecuado, que tiene mucha grasa animal y poca vitamina C. Que lo mejor es la fruta y si es una naranja, mejor. Y, claro, trae naranjas de España y les sienta muy bien a los inuik, pero los hace dependientes de algo ajeno y les hace minusvalorar lo propio que les ha alimentado desde siempre.

—Vale. Esa es tu metáfora. Es respetable aunque no la comparto. Además, tu haces meditación budista, ¿no es así?

—Sí, sí. ¡Ahora vas y me la devuelves! —Ríe Ramiro.—

—No, hombre, no. No es eso.

—Ya sé,

—Lo que te quiero decir es que esa metáfora es un tanto débil.

—Quizá no sea acertada como metáfora. Pero puede ser útil como instrumento de reflexión. Si hago meditación budista es porque me convence la experiencia y esa experiencia explica quién soy de verdad. Esa experiencia da lugar a la confianza en lo trascendente y no al revés. Es un poco como en matemáticas. A mí me gustaban mucho las matemáticas y cuando estuve en Nueva Zelanda me apunté en un curso extracurricular (en el que estábamos cuatro gatos) que se llamaba algo así como «Introducción a los sistemas formales en filosofía y lingüística». Era una pasada. Bueno, a lo que iba. ¿Empiezas por los axiomas? ¿Das algo por supuesto y de ahí vas elaborando la teoría? Esa es la forma estándar de presentar las matemáticas pero, y esto es lo importante, esa no es la forma en que surgen y se desarrollan. Ningún matemático va y se levanta una mañana diciendo: ‘el conjunto de axiomas que propongo es exactamente este’.

—Y lo que quieres decir es que con la espiritualidad pasa lo mismo. —Señala Catalino.—

—Sí. La religión es como la matemática establecida. Te permite crecer, claro. Pero no tiene el sabor de la creatividad que sí tiene la espiritualidad bien entendida.

—Interesante. Deberías escribir sobre eso. He leído tomos de metafísica bastante obtusos. Muchas de esas ideas que señalas resuenan en algunos de ellos. ¿Sabes? La academia es bastante tediosa. Esa necesidad de citarse y ponerse en diálogo con unos y otros es inevitable si quieres hacer un trabajo serio pero, salvo en casos excepcionales de mujeres y hombres geniales, oscurece la finalidad del discurso propiamente dicho. Aparte de eso, hay otra dimensión en todo este asunto que pasas por alto, no sé si queriendo, que es la cuestión social, la comunidad de creyentes, de practicantes, como quieras llamar. Porque es muy importante y no dices nada de eso.

—Ahí tienes toda la razón. Es completamente cierto. Tenemos tema para rato, pero se hace tarde, debemos volver. Ha sido un placer compartir este rato contigo. Nos volveremos a ver aunque sea en mi casa, ¿te parece?—Responde Ramiro.—

—¡Muy bien! Estaré encantado de visitarte. Pero mañana nos veremos, ¿no?

—Mañana tienes mucho trabajo y otras dedicaciones. Pero, sí, claro, nos veremos.

Dos

Mientras se desviste para dormir, Ramiro hace un repaso del día. Es una costumbre que adquirió en la juventud y que potenció y profundizó en Nueva Zelanda. Su contacto con Ralph y el grupo de

personas que seguían su guía le ayudó a profundizar en esa técnica. Los matices que añadió a la costumbre ya adquirida a temprana edad han hecho de esa sencilla práctica una poderosa herramienta para su crecimiento personal. Primero: recordar cómo fue el despertar, cuáles fueron las primeras sensaciones del día, qué estado de ánimo había y así repasar toda la jornada hasta el momento presente. Segundo: No emitir juicios sobre los hechos, ni propios ni ajenos, recordarlos con detalle pero sin juzgar. Tercero: Detenerse un instante en el momento presente sin argumentar, dejando los contenidos mentales en suspenso. Cuarto: Agradecer y alegrarse de la maravillosa oportunidad de ser autoconsciente. Quinto: Aspirar y desear que cualquier ser con el que se conecte ya sea humano o no, ya sea con una relación positiva o no, llegue a experimentar la autoconsciencia lúcida.

Durante años al realizar este ejercicio necesitaba sentarse y llevarlo a cabo deliberadamente. Ahora lo hace de forma más automática. A veces mientras se mira al espejo y se lava los dientes. A veces momentos antes de dejarse llevar por el sueño, como ahora. Tras el quinto paso va notando como el cuerpo pesa algo más, los músculos se relajan y entra lenta y suavemente en una nebulosa de frases incomprensibles que le lleva al sueño profundo.

Está en el interior de un gran templo. Está completamente desnudo. Cuando se da cuenta se siente algo incómodo pero enseguida comprende que ir desnudo es lo más natural en ese hermoso lugar. Coloca las palmas de las manos abiertas ante sí. Se ríe cuando recuerda aquello que le decían de niño: las líneas de las manos forman una M y la de los pies una S, para recordarte siempre que la Muerte es Segura. Recuerda aquel día que le dijo al cura, ¿y los que no hablan español tienen otras líneas? y como por ese comentario se llevó un cogotazo.

Es un templo extraño. No tiene ni un solo banco, ni púlpito, ni confesionarios. Como si hubiera retrocedido en el tiempo. El altar es de piedra y mira hacia el retablo como décadas atrás. Sobre el altar hay una mujer hermosa que también está desnuda. Está sentada con un niño pequeño en brazos que duerme. Hierática, casi como si fuera una estatua, tiene su mano derecha con el dedo índice alzado y pegado a los labios, en el gesto congelado de pedir silencio.

Ramiro se acerca. No es una estatua. La viveza de la mirada y una sutil pero apreciable sonrisa le hace ver que está viva. El niño, durmiendo, suspira y cambia algo de postura.

Ramiro se da cuenta de que está soñando. Bien, —se dice— es una buena oportunidad de conocerse a uno mismo. Frente al altar hay una gran tarima de madera con una esterilla y un cojín como los que usa cuando hace retiros de meditación. Ramiro va a sentarse cuando oye la voz de la mujer:

—No te sientes, ipóstrate!

Ramiro vuelve a recordarse a sí mismo que es un sueño. Por un momento se queda paralizado. Déjate llevar, —se dice a sí mismo.— Y, al modo, que ha visto muchas veces, de los budistas tibetanos comienza a hacer tres postraciones. Antes de acabar la tercera, oye de nuevo la voz de la mujer:

—No te levantes, quédate así y espera.

La postura no es muy cómoda, aunque la tarima no transmite frío a su cuerpo, estar boca abajo con los brazos por encima de la cabeza y las palmas juntas es un gesto que si dura un instante no resulta difícil pero que no es tan cómodo cuando se mantiene. La frente toca la tarima y el aire que respira empieza a tener un olor, en este caso, a madera barnizada.

—Relájate, Ramiro. Abandónate.

Por un instante ha perdido la noción de que está soñando. Por un instante la mente que se adhiere a las sensaciones desagradables y que protesta y busca alivio ha surgido. Pero enseguida vuelve a recordarse que es un sueño y se relaja. En esa postura no puede ver lo que pasa. Escucha una risa infantil y la voz de la mujer que dice en voz baja:

—Vé, vé con él, ¡anda!

Nota como el niño pequeño se sube a su espalda. En ese momento desaparece la luz, desaparece el tiempo y el espacio y simplemente un experiencia sin conceptos indescriptible se apodera de todo. Lo único que se da es la certeza de lo Innombrable.

Con un estruendo como el de la explosión del principio del tiempo y el espacio, giran las galaxias, se levantan las oscuras esquinas del tiempo y se enredan en formas multidimensionales autocontenidas, las sensaciones de estirarse indefinidamente más allá incluso de los confines del tiempo y el espacio junto con las de encogerse y reducirse a lo más pequeño del interior de la partícula más infinitesimal son asumidas con total serenidad. Viajar a la vez en todas las direcciones del espacio, por dimensiones que se enrollan sobre sí mismas un número incontable de veces y que conforman una espuma de lugares, tiempos e información. Universos, galaxias, espacios, trayectorias, sensaciones, emociones, consciencia. Conversiones entre conceptos, multiplicaciones de geometrías imposibles, transformaciones que se hacen objetos, objetos que son transformaciones. Mentes que se piensan a sí mismas, autosurgidas de un instante anterior. El lenguaje que aparece balbuceante, el lenguaje que codifica una información ininteligible para sí misma. Una información que no se autoobserva. El lenguaje como requisito y estorbo de la consciencia. Lo que ata y lo que libera.

La luz de las galaxias ilumina el rostro del niño pequeño:

—¡Déjate llevar! ¡Mira!

Asiste al nacimiento del este universo, al pulso de la expansión global que lo define, de las interminables contracciones locales que lo pueblan, al casi eterno juego de gas en contracción que forma estrellas que explotan y llenan de polvo el cosmos, —la primera generación— a nuevos procesos de contracción que forman mundos, mundos que giran alrededor de mundos, a nuevas explosiones y generaciones, la agregación de mundos llenos de complejidad, al surgir de los paisajes, de los relieves, a la erosión y el levantamiento de formas y tierras. Asiste a los primeros balbuceos de la materia no inerte, a las charcas barridas por la luz y el rayo, al devenir de las grandes moléculas, a la auto-poesis, el surgimiento de la duplicación, de la copia, la megaexponencial copia de sí-mismo. Asiste al surgimiento de la diversidad, de las distintas estrategias de supervivencia, de las distintas estrategias de conservación, de reproducción, de copia. Asiste al surgimiento de la consciencia, el propio cosmos mirándose a sí mismo, extrañado de sí, asombrado de sí, no autoreconocido. Asiste al inicio de la ignorancia, del conflicto, de la avidez esencial, del deseo, del miedo básico que no se reconoce como tal. Surge el yo y el otro. Asiste al devenir de la vida, al aumento de la diversidad, a las caídas y ascensos de las especies, al devenir de océanos y bosques, de pequeñas lagunas tranquilas llenas de vida, de inmensas llanuras por donde galopan millones de animales asustados por la tormenta, de glaciares, los ríos de hielo que avanzan y retroceden, de selvas interminables que cubren la tierra, de cumbres nevadas jamás tocadas por vida alguna, de fosas abisales donde el tiempo se demora y la vida hace milagros. Es la bacteria en la trompa del mosquito, es el mosquito que pica al simio, es el simio que enferma, es el fruto que come, es el buitro que espera que la enfermedad haga su papel, es el ciclo de vida y muerte que, a una velocidad indescriptible, hace surgir el sentido del tiempo sideral. Es el mito que surge de la boca de la narradora, sentada junto al fuego con gemelos mamando a la vez de sus dos grandes y cálidos pechos. Es el anciano que escupe sobre su mano el pigmento rojo dejando su silueta en la roca. Es el inicio del ‘nosotros’ que une y separa. Asiste a la diferencia y separación, al nacimiento del poder, del abuso y la esclavitud, a la abundancia y la escasez, al control y el dominio. Asiste a los cambios, las idas y venidas, la fundación de la inmensa complejidad humana que no vuelve nunca atrás.

—¿Ves? ¿Ves como no puedes abarcarlo todo?

Ramiro abre los ojos en mitad de la noche. Un hilillo de luz lunar deja una línea azul que recorre el escritorio y, delimitándolo, termina allá arriba, en el encuentro entre la pared y el techo.

—¡Uff! ¡Vaya sueño! —Se dice.—

Ramiro nunca ha sido propenso a valorar demasiado los contenidos oníricos, pero en esta ocasión no puede dejar de asombrarse. Mira la hora en el móvil. Las cuatro y media. En un cuarto de hora sonará la campanada de maitines. Decide dejarlo estar por hoy. Pone la alarma para ir a laudes y vuelve a dormir.

Ramiro está extrañado de no ver al obispo. Las quince ancianas que forman la comunidad está ya todas sentadas. Normalmente el oficio comienza exactamente a las siete o en cuanto la última de las hermanas logra tomar asiento. Son las siete y cinco. Catalino está sentado en la zona de huéspedes junto con el resto.

*Dios mío, ven en mi auxilio.
Señor, date prisa en socorrerme.*

Como ocurre a diario, esas palabras pronunciadas en canto llano por la madre abadesa que rompen el silencio en la aún noche castellana le conmueven.

*Bello es el rostro de la luz, abierto
sobre el silencio de la tierra; bello
hasta cansar mi corazón, Dios mío.*

*Un pájaro remueve la espesura
y luego, lento, en el azul se eleva,
y el canto le sostiene y pacifica...*

—¿De quién será este himno? —Se pregunta Ramiro.— Recuerda algo a S. Juan de la Cruz pero no es tan sublime y el lenguaje quizás menos arcaico. Tendré que preguntárselo a Catalino, quizás él lo sepa.

A la salida se dirige a su cuarto y sigue trabajando en la traducción de la que ya queda poco.

La taumaturgia forma parte de cualquier relato religioso. La mirada contemporánea, que deliberadamente se cierra a cualquier explicación no racional de los fenómenos, califica estos hechos como míticos, como relatos bien intencionados para personas creyentes. Esta mirada opone el estatus de «creyente» al estatus de «racional» sin ningún tipo de consideración ulterior acerca de la apertura de la experiencia no condicionada y liberadora.

En este párrafo, leído desde la perspectiva que anima estos comentarios, podemos encontrar dos claves; por un lado el «poder» de la experiencia liberadora sobre el mundo, sobre el exterior, por otro lado, el «autocontrol» de dicho poder.

Jesús, gracias a su inseparable y extraordinaria experiencia de lo Absoluto, se relaciona con lo externo lleno de «poder», porque su mirada del mundo surge tanto de su compasión como de su sabiduría. Compasión y sabiduría no son dos. Como conceptos son distintos, pero los conceptos están en el ámbito de las mentes humanas. Cuando la sabiduría/compasión se muestra al mundo, ambos polos coemergen en una misma expresión luminosa. Dentro de dicha expresión luminosa cualquier cosa es posible y ese núcleo de posibilidades acerca del mundo puede ser visto como «poder» a los ojos de los seres humanos.

Pero el texto también dice: «...pero no los dejaba hablar porque sabían quién era él», y aquí aparece lo que arriba referimos como «autocontrol». Porque (en este caso pido disculpas por mi torpe y sesgada visión como practicante de meditación) siempre nos encontramos con la pregunta ¿si es todopoderoso porqué permite el mal? Si es el Hijo del Creador ¿porqué no acaba de una vez por todas con el sufrimiento y el dolor? En este sencillo párrafo encuentro una clave de respuesta. No deja hablar a los demonios. Acalla la pretensión de dominación y control sobre una realidad siempre cambiante, sobre unos fenómenos cuyo dinamismo propio YA es luminoso. Señala caminos por recorrer y su sabiduría/compasión se expresa de forma dinámica y facilitadora. Pero no pretende imponer sobre los fenómenos externos un tipo de estructura de dominación basada en polaridades bueno/malo, correcto/incorrecto. La sabiduría/compasión coemergente del sabio no

está atada por la mirada dualista del mundo y permite lo que, para los conceptos de los humanos sería el error.

—¡Uau! Está quedando bien, creo. Habrá que revisarlo pero me imagino que Alberto estará contento con mi trabajo. —Se dice.— Que pena no poder compartir esto con sor María, seguro que le interesa, aunque sea para poner los puntos sobre las íes. Bueno, ya se lo haré llegar.

Y tras ese diálogo interior Ramiro descubre una ternura no exenta de admiración por el papel de la abadesa, sosteniendo esa comunidad que se derrumba sin recambio por el paso del tiempo. Su memoria vuelve a la infancia. Aquellos años en los que en una de las playas andaluzas a las que acudía con sus padres, jugaban a hacer castillos en la arena que luchaban durante minutos, horas, contra la inexorable subida de la marea que una y otra vez los destruía.

Suenan unos nudillos en la puerta. Ramiro abre:

—El señor obispo quiere verle. —Dice sor Claudina con una voz algo más apesadumbrada de lo normal.

—¿A mí, dónde?

—Le espera en el despacho de sor María.

—Voy para allá.

—No es necesario que dé la vuelta, la puerta al patinillo de las plantas está abierta.

Ramiro nunca ha atravesado esa puerta que, por lo general, permanece cerrada. Catalino está en el patio exterior, junto a ella.

—¡Hola! ¿te han puesto de cancerbero? —Saluda Ramiro.—

—Algo así. Ya hablaremos.

Las plantas, a pesar de que el patinillo está convenientemente protegido, se ven algo apagadas con el frío. Al fin y al cabo es el uno de diciembre en la helada meseta castellana. Ramiro piensa que quizá el cambio climático permita este tipo de cosas impensables años atrás. Cuando se acerca a la cristalera el obispo está sentado de espaldas, tomando café en la mesa. Sor María, que lo ve llegar, le indica que abra la puerta corredera.

—Buenos días. Sor Claudina me ha comunicado su deseo de verme.

—Así es, así es. ¡Pase, pase! —Dice el obispo mientras, con un giro de la cabeza mira en su dirección sin levantarse.

Sor María mira con intensidad a Ramiro y le hace un gesto con los ojos que el obispo no puede ver.

—¡Bueno, Don Ramiro! ¿Está usted más tranquilo?

—No sé qué quiere decir, monseñor, pero aquí si algo hay es, en efecto, tranquilidad.

—¿Le han comunicado la decisión de la Comunidad?

Ramiro encaja todas las piezas de puzzle como puede. Por unos breves instantes calcula la respuesta.

—No ha sido necesario, monseñor. Ya tenía prevista mi partida mañana temprano. Incluso he encargado el taxi a las nueve y media.

—¡Ah! Eso está muy bien. La madre abadesa le va a comunicar entonces, aquí en mi presencia, la decisión.

—Perdóneme, señor, pero no voy a tomar parte en la humillación que nos tiene reservada a ambos. No le voy a dar ese gusto.—Y descorriendo la puerta Ramiro vuelve a salir al patio.—

Tres

Una mañana gris de lunes. El obispo y Catalino se marcharon la tarde anterior. La hospedería, como suele ocurrir los domingos a primera hora de la tarde, se vació. Aunque no llueve hay una espesa nie-

bla. Ramiro no asiste a los oficios, se levanta temprano para dejar la habitación limpia y arreglada. Recoge todas sus cosas que lleva al recibidor de la hospedería. Después del desayuno sor Claudina se despide de Ramiro.

—No crea usted que no estoy al tanto. A una no le gusta hablar de lo que no le corresponde, pero lamento mucho que su estancia haya sido tan controvertida. Yo misma necesito reposar los acontecimientos de estos días. Espero que todo lo vaya bien en sus asuntos y que algún día vuelva a visitarnos. Vaya con Dios.

—No se intranquile, hermana y muchísimas gracias por sus cuidados que, sinceramente, no los merezco. Si hubiera siquiera imaginado...bueno, usted ya sabe. Despídame de sor Brígida y de la madre abadesa.

Casto se acerca al comedor de la hospedería.

—Don Ramiro, el taxi le espera.

—Si no le importa, dígame que como quedé con él a las nueve y media, a esa hora estaré disponible.

—Ya, pero el hombre me dice que tiene algo de prisa. —Insiste Casto.—

—Seguro que puede esperar.

Ramiro va al pasillo de la hospedería que da al patio exterior y entra en la iglesia por la zona de los huéspedes. Se sienta y permanece en silencio. Desde donde está sentado puede verse el lugar que normalmente ocupa la abadesa en los oficios. El claustro está vacío. Tras unos minutos de silencio, al volver al patio se topa con sor María:

—¿Se iba sin despedirse?

—Discúlpeme, no quería complicar más las cosas. No soy tan importante, pensé que conque me despediera de sor Claudina era suficiente. Me prometí a mí mismo enviarle un correo y... una copia del libro que tantos quebraderos de cabeza nos ha dado.

—Venga al despacho, hay algo que quisiera decirle y no es este el lugar.

—Tengo el taxi en la puerta, madre. Quizá...

—No se preocupe, es un momento.

En el despacho un café solitario y humeante está sobre el escritorio.

—Oí llegar al taxi hace unos minutos y he salido a su encuentro. ¿Un café?

—No, de verdad, no quiero hacer esperar al taxista. Quedé con él a y media.

—¡Pero si aún no son las nueve! No se preocupe, esperará. Ha sido usted un interesante acicate para nosotras. Aunque solo haya podido conocer a sor Claudina, sor Brígida y a mi misma, debo decirle que toda la Comunidad le está agradecida.

—No he hecho nada que lo merezca, sor María.

—Bueno, han resuelto usted y su amigo el tema del nogal, que a mí la lápida...

Ramiro ríe.

—Ya sé que no es muy amante de la epigrafía.

—Y luego está el mensaje que recibí el viernes. El padre Catalino se hace cargo desde hace unos meses del correo del monasterio y me comentó su generoso gesto. No imaginé que fuera usted a hacerse cargo de los dos mil euros de la factura del jardín. Les estamos muy agradecidas.

Ramiro, algo molesto, responde:

—No estaba previsto que le enviaran el recibo con la factura pagada tan pronto. ¡Mira que les dije que esperaran a mitad de semana! No ha sido nada, es lo menos que puedo hacer en contrapartida por su acogida.

—¡Pero si usted ya ingresó por los gastos de la hospedería!

—No tiene importancia.

—Hay algo más que quisiera... si tiene a bien recibir un pequeño obsequio de mi parte...

Sor María tiene un sobre blanco de mediano tamaño en sus manos. Está cerrado. Cuando Ramiro lo coge en sus manos nota unas espirales en su interior.

—No lo abra ahora, por favor.—Le pide la abadesa.— Es algo que lleva conmigo unos años y que creo que le ha llegado de la hora de despedirse de mí. Haga usted con eso lo que quiera. Considérelo como si fuera suyo. Y ahora, sí, van a dar las nueve y media.

Ramiro se levanta. Sor María abre la puerta corredera y da paso a Ramiro que le extiende la mano. Sor María abre sus brazos y le abraza con cariño.

—Nos volveremos a ver, ¿verdad? —Dice sor María.—

—Por mí no va a quedar.

—Vaya con Dios.

—Quede con Él.

El taxista está algo molesto por la espera y durante los veinte minutos que separan el monasterio de la parada de bus más cercana no para de explicarse. Ramiro no le echa cuenta. Muy escuetamente le recuerda que él no ha llegado tarde a la cita.

—Es que yo sé que el desayuno acaba a las nueve, ¿sabe usted? Me dijo Casto que si estaba aquí a menos cuarto podríamos salir enseguida, y claro, me ha tenido usted esperando cuarenta y cinco minutos para un viaje de veinte, ¿cómo le cobro yo eso?

—Cóbreselo a Casto. Yo quedé con usted por teléfono a las nueve y media. ¿Quién le manda hablar con Casto?

—¡Pues está uno para fiarse otra vez del monasterio!

Mientras el taxista farfulla un montón de quejas, Ramiro abre el sobre. Son cuatro cuadernos de pasta azul tamaño folio escritos a mano con una letra muy apretada, difícil del leer. En la portada del primero se lee: Cuaderno 1 (1984-1985), en los siguientes de manera algo más desmañada, solo aparecen las fechas, dos años en cada; 1986-87, 88-89 y el último solo tiene 1990. Detrás un escudito en blanco con: Bloco de anotaçao. Papelaria Rodrigues. Manaus.

Al abrir el primer cuaderno encuentra una nota escrita a mano.

Estimado Ramiro,

Siento que le debo una disculpa en mi nombre y en el de otros que no se van a disculpar nunca. Por lo poco que le conozco sé que no se merece lo que ha ocurrido. En fin, algo que finalmente será una anécdota sin trascendencia. En las pocas ocasiones en las que hemos hablado he notado una inquietud en usted que es poco común en los tiempos que corren. El libro que traduce, aún no entendiéndolo del todo, se muestra interesante. He sido brusca con usted en algunos momentos y espero que no me lo tenga a mal. Este regalo del corazón es a la vez un alivio. Nunca me atreví a destruir esas notas que tomé durante mis años en la misión. Si cree que les pueden servir, haga uso de ellas sin desvelar el origen, por favor. Si cuando las lea piensa que no son útiles, le pido que las destruya en mi nombre. A usted le será más fácil.

Que Dios le acompañe y guíe sus pasos

Sor María de la Huerta

Cuaderno 1 (1984-1985)

El viaje de Manaus a São Gabriel da Cachoeira son casi novecientos kilómetros. Vamos dando saltitos en avionetas cada vez más pequeñas con cada vez menos pasajeros y con miedo, frío. ¡sí, frío! y sonrisas nerviosas congeladas. Menos mal que no voy sola, me acompaña el padre Felipe que lleva ya casi cuarenta años por estas tierras de Dios. Me cuenta que cuando él llegó el lugar se llamaba Uaupés y que según quién hable se le llama de una forma o de otra. La pena por dejar a la familia, a las amigas, queda atrás. No han pasado aún diez días desde que salí de casa y ahora estoy deseando ponerme ya a trabajar con los enfermos. Llevo mal el calor y sobre todo la humedad pero me dicen aquí que una termina por acostumbrarse. Dejo para mí esa desagradable sensación que se tiene de estar siempre empapada y sucia del sudor. Las miradas masculinas aquí son aún más pesadas que las de España. Mira que voy tapada como si fuera una monja,

pero es que, :uf: :Vaya tela:

Añoro poder hablar con alguien aparte del bueno del P. Felipe que, el pobre, hace lo posible por hacerme cómodo el viaje. Mañana dicen que llegaremos a São Gabriel en donde voy a pasar unos meses para aclimatarme e incorporarme al grupo de sanitarios que está a cargo de las distintas misiones de aquí. El portugués no lo llevo muy mal, de todas formas me han dicho que en esta zona hay mucha gente que habla español y que en cuanto llegue a las misiones propiamente dichas no me va a hacer falta ni una lengua ni otra.

La escritura apretada de la que aún no era sor María, a veces se hace difícil de leer. No llega al extremo de decir que es letra de médico pero apunta maneras. El taxi llega a la parada. Ramiro guarda los cuadernos en el sobre, coge sus cosas y paga al taxista algo más de lo acordado.

—Pero esto no es bastante. —Se queja.—

—Pues lo lamento pero no le puedo pagar más. Necesito suelto para el bus. Ayer le dije veinte euros y usted estuvo de acuerdo. Le he dado veinticinco. Es lo que hay.

Molesto y enfadado se monta en el taxi y se marcha. La parada está en el encuentro entre una carretera local y una comarcal. Hay un pequeño entrante y una señora de mediana edad espera en un banco protegido por una mampara de plástico. Ramiro saluda y pregunta:

—¿Pasa uno para la ciudad a las diez y media, no?

—Eso espero, sí, quizás un poco antes.

Aunque no llueve el tiempo es húmedo y desapacible. El viento es incómodo y Ramiro decide no seguir con la lectura de los cuadernos. La mampara protege poco pues la parada mira hacia un descampado desierto orientado al norte. A lo lejos se oyen algunos cencerros. La señora, con auriculares puestos, lleva un enorme bolso negro sobre sus piernas. Poco después Ramiro no aguanta más estar sentado. La carretera, es tan poco transitada que el asfalto aún conserva estiércol de los animales que pasaron por ella.

—Ya está aquí. —Comenta Ramiro en voz alta.—

En el bus apenas media docena de viajeras pues ningún hombre excepto el conductor se encuentra dentro. El viaje a la ciudad que en coche particular dura alrededor de hora y media, se convierte en casi tres horas pues en cada pueblo, en cada aldea va parando y dejando a gente, casi siempre mujeres, algunas con hijos, otras mayores, lentas y torpes. El conductor está tan acostumbrado que ni siquiera muestra la más mínima prisa. Ramiro que ve cómo se le va yendo el día se exaspera.

São Gabriel da Cachoeira es una ciudad pequeña o un pueblo grande, como se quiera ver. Nació al amparo de las misiones, primero jesuitas, después de otras órdenes religiosas. También hay otras creencias que poco a poco se van asentando por aquí, evangelistas sobre todo, la Asamblea de Dios del Amazonas que tiene mucho éxito entre estas gentes.

[...]

Lo que más atiendo son fracturas, golpes y, ¿quién me lo iba a decir?, heridas de bala. Más de un año especializándome en medicina tropical y los seis meses que estuve haciendo una estancia en cirugía me han servido más que todo ese tiempo dedicada al paludismo, el chagas y los miles de parásitos habidos y por haber. Aquí la violencia se ejerce en todas direcciones, en vertical, claro, ¿cómo no? Pero en horizontal también. Es una cultura violenta en un mundo que los europeos hemos hecho aún más hostil.

[...]

Me sorprende ver a estas mujeres y hombres tan creyentes. Hace unos días, hablando con João, surgió el tema. Él, que es un descreído, según sus palabras, asocia la religiosidad de estas gentes con su falta de formación. Pero el padre Felipe es un hombre formado, ¿no? Y yo soy una mujer formada, ¿no? ¿Qué dices de eso? Vosotros sois la excepción que confirma la regla, me dijo entre risas a la vez que cogía mi mano y me miraba tiernamente a los ojos. Estás casado, João, deja de hacer tonterías. ¿Qué tiene de malo lo que hago? Además mi mujer está en Brasilia a miles de kilómetros de aquí. Pero yo estoy aquí y te digo que te dejes de tonterías.

[...]

João es un buen hombre y un aún mejor profesional de la medicina. Pero esta gente de aquí es muy fogosa y, la verdad, tampoco hay muchas otras alegrías con que divertirse. Los niños se pasan todo el día jugando en el río y los adultos tras sus dedicaciones, bebiendo y ...

Cuando entra en la estación de autobuses de la ciudad, sucia, como solo puede estarlo una estación de autobuses con más de cuarenta años en una ciudad mediana de Castilla, ve con sorpresa que su hermana Matilda le está esperando en el andén. Le saluda con la mano y sonríe.

—¡Qué alegría! No me podía imaginar que fueras a recogerme. ¿Qué haces aquí?

—¿No sabes que hoy es fiesta en la ciudad? Estamos a 3 de diciembre, hombre. Cuando me enteré de tu llegada, como no tengo clases...

—Mira que eres. No era necesario. Gracias.

—¿Te vienes a comer a casa? Estoy más sola que la una.

Ramiro aprovecha su almuerzo con Matilda para ponerla al día de todo lo acontecido en el monasterio. Su hermana, que le encanta perderse en los vericuetos y detalles de cualquier historia lo escucha con interés.

—Pues a mí me parece por lo que cuentas que el capullo ese del Casto tiene algo que ver con el obispo.

—¿Algo que ver? No te entiendo.

—Vamos, está claro que son sus oídos y ojos en el monasterio. Pero hay un no sé qué de sórdido en lo que me cuentas que me pone un poco los pelos de punta, ¿no?

—Exageras, Mati. Es un anciano aburrido que lleva mucho tiempo sirviendo a las monjas y, claro, ha terminado teniendo sus manías.

—Vale, vale. ¿Y tu trabajo, acabó?

—La traducción está prácticamente completa. Ahora hay que pulirla y todo lo demás. ¿Y tú? ¿Cómo van tus clases?

Las clases, los hijos, la política local, toda esa barahúnda de información e intereses que constituyen la normalidad de la vida de Matilda va llenando de palabras la habitación donde comen mientras que el pensamiento de Ramiro se aleja. Hace esfuerzos conscientes por permanecer allí, a su lado, interesado en las cosas de su hermana. Toca con su mano izquierda el filo de la mesa buscando un apoyo sensible en el presente, en ese lugar. Matilda es una mujer obsesiva. Esa forma suya de ser que la lleva a obsesionarse con los más nimios detalles de la existencia, que busca hasta el final las causas de la menor incomodidad, del menor atisbo de disgusto en las personas que le rodean la convierten en la perfecta inspectora de calidad de su propia vida. Una capacidad abrumadoramente hábil y eficiente si no fuera porque le impide disfrutar de las imperfecciones, preciosas imperfecciones, de simplemente ser. Matilda es dicharachera, habladora y simpática. Eso le lleva a tener muchas amistades y una vida social llena de actividades de las que continuamente se está quejando. Ramiro interviene en su discurso.

—Pues para pasártelo tan mal como cuentas, vas una y otra vez al coro ese.

—A ver, Ramiro, que no es que me lo pase mal, es que hay gente que me pone de los nervios. ¿Es que no puede una quejarse a gusto con su hermano?

—Claro, mujer, quéjate. Si lo disfrutas...sigue, sigue.

—Tú también me sacas de quicio a veces, la verdad, hijo. ¡Menudo eres!

Cuando al final de la tarde Matilda deja a Ramiro a las puertas de su casa, mientras el coche de atrás toca el claxon, se despiden:

—¡Ah, Ramiro, se me había olvidado! Que Javier viene el día 20 a tu casa.

—¿Tu niño?

—No, hombre, el padre, ¡coño! ¿Será capullo el tío de atrás? ¡Ya voy, hombre, deja de tocar el pito! ¿No te acuerdas, Ramiro? Me dijiste que podía quedarse en tu casa por Navidad.

—Si, sí, claro. Vale, ya hablaremos, quedan días, mujer. Adiós, adiós.

Al llegar a casa y soltar los bártulos Ramiro se deja caer sobre su sillón preferido que, instantáneamente, se convierte en su mejor amigo, su aliado, su refugio, su paz, así en minúsculas pero no por ello menos deseable.

En la ciudad

Uno

Todo lo que Ramiro ha dejado aparcado desde principios de octubre se le viene encima en estas semanas antes de las vacaciones de Navidad. Tutorías, seminarios, artículos por leer, artículos por escribir, terminar el estudio crítico del libro, leer las novedades a las que hay que atender, responder correos atrasados..., en fin, el cúmulo de tareas a las que normalmente se ve enfrentado en dosis diarias que han ido creciendo en su ausencia. Por otra parte, el tiempo, aunque pueda parecer paradójico, se estira. El ritmo de las horas y las largas sesiones de meditación han desaparecido y la concentración en el trabajo que queda por hacer es mucho mayor. Las ventanas del despacho que, después de tantos años, ha tenido el privilegio de conseguir que dé al exterior, dejan ver la silueta del centro medieval de la ciudad castellana. Los distintos tonos de dorado que se suceden con su sombras y luces sobre las piedras de los edificios cercanos van señalando el paso de las horas. Ramiro, cansado, levanta de vez en cuando la vista del ordenador y busca la inspiración en la lejanía de las nubes sobre los tejados.

Dios mío, ven en mi auxilio.

Señor, date prisa en socorrerme.

El canto llano resuena en su memoria.

Como coincidiendo extrañamente con su pensamiento, tras una ligera llamada con los nudillos en la puerta, Agustín entra como un torrente en el despacho:

—¡Mira que eres capullo! ¿No pensabas decirme nada de tu llegada? Me he enterado por la secretaria nueva, *fuck!*

—¿Ves? Te acabas de enterar y ya estás *disturbing my fucking silence, man*. Si te lo hubiera dicho antes no habría podido disfrutar de estos dos días *big time*, con toooodo el tiempo para mi y mis cosas. ¿Te vienes a comer?

—¿A dónde? No me gusta nada la cafetería de aquí. *A noisy place, lad*. ¿Qué te parece si vamos a la taberna esa de la calle Sancho Garcés?

—Ok. Son las dos, déjame media hora que acabe con esto, ¿vale?

—¿Pero piensas volver después? Porque yo me voy a casa, ¿eh?

—No, no, por eso necesito esta media hora, lárgate, anda, pesado. Espérame abajo o si quieres allí mismo.

—Un riberita en la taberna es un buen sitio donde esperarte. No tardes, loco.

Tras la salida de Agustín, Ramiro se levanta y cierra con llave la puerta. En un rincón del despacho hay un minúsculo espacio en donde se sienta a meditar en el suelo. Respira y se relaja dejando caer la mirada sobre la pared. A los veinte minutos se levanta algo entumecido. Recoge su portátil y con el maletín a cuestas va a la taberna a un salto de allí.

No encuentra a Agustín. Pregunta al camarero que los conoce:

—Por aquí no ha estado.

—Ponnos dos riberas, por favor. Le espero.

Ramiro no se extraña de estas cosas de Agustín. Suele ser él el que espera y le hecha paciencia a las idas y venidas de su amigo. Es muy normal que lleve en su maletín algún libro. Está empezando a leer un libro de un colega que dejó en suspenso antes de su marcha y que ha retomado con gusto. Cuando Agustín se acerca está tan enfrascado que ni se da cuenta de su pregunta:

—Te has puesto en una mesa para dos, ¿nos cambiamos para que haya sitio para Lara?

Tras levantar la mirada, Ramiro responde mientras se levanta:

—¡Ah! Perdona, no sabía que... *Hi!*

—Ramiro, esta es Lara Ralding, está como *visiting staff* en el departamento, como llevas tanto tiempo sin venir, no os conocéis.

—*Nice to meet you*, Lara.

—Prefiero hablar en español, si no te importa. Aprovecho la estadía aquí mejor así. No muy bueno mi lengua pero practico un poco entonces, ¿no?

Lara es una mujer joven, no llega a los cuarenta, de un rubio insultante, ojos azules y muy menudita. Su tono de voz no se corresponde con su aspecto en absoluto. Ramiro piensa enseguida que debe ser bebedora y fumadora pero lo cierto es que se equivoca.

—Disculpa, *man*, he llegado tarde porque me la he encontrado y hemos tomado algo ahí al lado. Cuando le he dicho que si se venía a comer...

—Tenía ganas de verte, al famoso amigo de Agustín, el de la lápida. —Se ríe Lara.—

—¿También te han contado la historia de la lápida?

—Es un historia interesante, ¿no? Para una británica como yo es historia muy especial. Increíble lo del libro de *Sculpture. Amazing!* Por cierto, ¿qué lees?

Ramiro, que por un momento ha tenido la tentación de guardar el libro que está sobre la mesa, no tiene más remedio que dejárselo.

—¡Thomas Merton! Claro, como tú estabas en el, ¿como se dice?, *monastery*...

—Monasterio.

—Eso. ¿Te gusta Merton?

—Me interesa la mística. Y él es la 'gran bisagra', ¿no? Es un maestro de referencia para muchos. Agustín prueba su vino que ya estaba servido. El camarero les trae la carta.

—¿De beber que va a querer la señorita?

—Coca-cola, gracias. —Agustín resopla molesto mientras Lara sigue preguntando:— ¿Bisagra? *What means 'bisagra'*?

—Disculpa, *hinge*, bisagra es *hinge*. Quería decir que es como un personaje que ha tenido su papel tanto para las místicas de oriente como las de occidente.

—No me habléis de cosas serias que me va a sentar mal la comida. Y tú, ¿no te tengo dicho que aquí no se pide cocacola, coño?

Lara se ríe a carcajadas.

—*Crazy boy!* ¿Cómo puedes tener un amigo tan *silly sod*? —Dice Lara a Ramiro.—

—¡Vaya! Veo que esta te ha cogido la medida, tío.

—No lo sabes tú bien.

Mientras Ramiro guarda el libro, Agustín y Lara comentan los platos de la carta. Ramiro, que ha ido muchas veces a ese lugar se dirige a su amigo:

—Tú ya sabes lo que quiero, ¿no? —Vengo enseguida.—

Mientras Ramiro va al baño, Agustín y Lara se enfrascan en traducciones imposibles de términos culinarios. Cuando vuelve le preguntan:

—¿Cómo traducirías tú 'ternasco'?

—¡Uf! Un ternasco es un cordero lechal... '*suckling lamb*', ¿no?

—¿Lo ves? —Dice Agustín.— ¿Ves como este cabrón no se calla ni debajo del agua?

—*You're really funny lads!*

—No te creas, Lara, él es divertido. Yo solo le sigo la corriente. ¿Vais a pedir ternasco?

—Eso es jodidamente *british*, ¿no, Lara?

—Algo antiguo ya, pero sí, claro. Yo soy del norte, de Durham, ahora casi todo el mundo gusta ser vegetariano o así. Mucha gente piensa que comer cordero no es bueno o eso. Pero es comida que hace mucho gustaba a los ricos y otras personas querían, claro. En USA no gusta nada ese tipo de comida, la gente tiene pena del animal pero si es vaca la pena se va. —Lara se ríe y los dos amigos le acompañan por cortesía.—

Tras terminar el buen almuerzo con un postre abundante, Lara saca veinte euros y se despide.

—No, no, Lara. Eso será muy británico pero dos *gentlemen* castellanos no lo podemos permitir, ¿verdad Agustín?

Ramiro le da el billete a Lara que lo recoge sorprendida. Agustín no sabe qué decir.

—Pero como colegas, ¿no?—Responde Lara.—

—¿No te tomas un café? —Pregunta Agustín.—

—No. Tengo clase a las cinco y quiero cepillarme los dientes y demás cosas de mujeres, ¿me entendéis? Os debo una en mi casa.

—Vale, muy bien. —Dice Agustín.

—A los dos, ¿eh? —Añade Lara moviendo el dedo mientras abarca a ambos con el gesto.—

—Sí, sí. —Responden a coro.—

Cuando se ha marchado, pregunta Ramiro:

—¿Le estás tirando los tejos?

—Es bastante estirada la moza. Pero, sí, estoy viendo a ver si se ablanda.

—Pues no es tu tipo. Te estás haciendo viejo, man.

—¿Cuál es mi tipo?

—Más *curvys*.

—Estás fatal. A ti te ha sentado mal el convento. Y por cierto, ¿qué tal fue la visita del obispo?

Ramiro hace una versión rápida y abreviada del tema que empieza a resultarle lejano y cansino. Y termina diciendo:

—Mira, el libro de Ralph me lo quito de encima antes de Navidades. Al final mucho más pronto de lo que pensaba. Ahora, después de esta temporada tengo la mente fresca y me cunde mucho el trabajo. Cuando mi amiga Camila lo revise, ¿porque tú no tendrías las ganas y los arrestos de revisarlo, verdad?

—No, no.

—Pues eso, le daré un último repaso y lo doy por acabado.

—¿Sabes, Ramiro? Hablando de otra cosa, a mí lo que no me casa es lo que me contaste de sor Brígida. Vamos, no sé, yo no soy médico pero a mí eso no me suena a Alzheimer, ¿qué quieres que te diga?

—Opino igual pero, no es asunto mío. Me parece más un trastorno de personalidad o algo de eso. No sé. Es que cuando hila el discurso es muy coherente, la verdad. Pero, ¡no veas los gritos que pega por las noches! Al principio se me ponían los pelos de punta. Oye, ¿qué vas a hacer estas navidades? Le he ofrecido quedarse en casa al ex de Matilda, ya sabes, siempre anda corto de *money*. Viene a estar con mis sobrinos en las fiestas y Matilda, claro, no lo quiere en casa.

—Y vas tú y le resuelves la vida. También eres...

—Que no te estoy pidiendo que te hagas cargo, joder, que te lo digo porque siempre te quejas de que en navidades no tienes plan, que todo el mundo se va con su familia... ¿Qué hiciste el año pasado, a ver?

—Estuve con vosotros y Camila, tu amiga, la que vive aquí al lado. Claro que me acuerdo, que no soy un viejo como tú.

—Pues por eso te lo digo, hombre.

—¿Qué sabes de ella?

—¿De Matilda? Bien, todo bien.

—No, de Camila.

—Pues tengo una deuda con ella. ¡Joder! Debería haberla llamado. Espera, ahora mismo lo hago. Ramiro coge el móvil.

—¿Camila? ¡Hola, ¿qué tal? ¿Tienes tiempo ahora de hablar? Sí. Estoy aquí con Agustín que acabamos de terminar de comer. Sí, en Sancho Garcés. Eso, sí. Pues empezamos a repasar a la gente y a hacer planes y... ¡Vale, vale! ¿Diez minutos? ¿Un café? Eso está hecho. No, no, no creo que cierren, espera, no cuelgues. —Dirigiéndose al camarero que está en la barra, pregunta,— ¿cerráis ahora?

—No. ¡Ojalá! Cerramos de noche. —Responde con una sonrisa.—

—No, no cierran, vente.

Camila es algo mayor que Ramiro. Tiene una cara alegre y juvenil a pesar de haber pasado de los sesenta y tantos. Un rostro fino de mujer un tanto despistada que mantiene un equilibrio perfecto entre ir desaliñada y arreglada sin caer en ninguno de los dos extremos. Ramiro conoció a su marido en un dojo zen y después hizo amistad además con ella e hizo viajes con los dos durante décadas siempre en relación con la meditación. Cuando quedó viuda años atrás mantuvo la amistad. Los primeros años de viudedad fueron difíciles para ella, su gran casona antigua en el centro turístico se le puso cuesta arriba. No tiene hijos y aunque se tienen mucho cariño a ninguno de los dos se les ha pasado por la cabeza formar pareja. A veces, Matilda, que le gusta arreglarle la vida a la gente, le ha dejado caer a su hermano el tema.

—Somos ya muy mayores para esas cosas, Mati. ¡Mira que eres metomentodo! —Le responde.—

Con unos andares un tanto peculiares se acerca a donde Agustín y Ramiro aún hacen la sobremesa. Ambos se levantan a saludarla.

—¡Qué alegría veros! Pero, sobre todo a ti, Ramiro. ¿Qué queréis que os diga? A ti no es que te tenga muy visto, Agu, pero a este hombre hace mucho que no le veo el pelo.

—¿Sabes que ha estado engatusando monjas los dos últimos meses?

—¡No me digas! ¡Cuenta, cuenta!

Ramiro, que no quiere aburrir a Agustín, hace un resumen relámpago de su estancia. Y añade:

—¡Ah, por cierto! Tú que eres médica...

—Ginecóloga jubilada.

—Bueno, ya, que no es que vayas a pasar consulta. Es que Agu y yo hemos conocido a una monja...

—Yo no la llegué a ver. Lo que sé de ella es lo que me has contado. —Dice Agustín.—

—¡Ah! Es verdad. Bueno, pues te cuento mis dudas.

Tras darle los detalles de lo vivido con sor Brígida, a Camila le cambia la cara.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí. Discúlpame, ¿no habrá por allí un tal Casto Fresneda, no?

—¿De qué lo conoces? —Pregunta Agustín asombrado.—

—¡Joder, Camila! ¿Conoces tú a ese hombre?

—Me vendría bien un *gin tonic*. —Dice Agustín.—

—Que sean dos. —Añade Ramiro.— Anda, Camila, desembucha.

—Es una historia extraña que no debería contar. Es desagradable, pasó hace mucho y a nadie le importa ya, salvo quizás a un cierto sentido de la justicia que algunos tienen. Si me hubieras preguntado por el monasterio a elegir para tu estancia te habría sacado de la cabeza que fueras allí sin decirte nada.

—Pero, ¿que pasó? Dime.

—En otoño del 74 yo estaba en mi primer año de residencia. Estaba todo el día en el hospital, aquí, en la ciudad. En aquella época el paternalismo entre los colegas del hospital era directamente proporcional a su machismo. Vamos, era la versión light de su machismo. Las guardias nocturnas nunca se las dejaban a una mujer sola y eso que yo era la única ginecóloga en prácticas. Eran años con muchos nacimientos y siempre teníamos las noches moviditas. Pero, antes de seguir, ¿qué consulta querías hacerme?

—Pues si crees que lo que tiene sor Brígida es Alzheimer.

—No. Yo diría que no por lo que me cuentas. Otra cosa es que lo haya fingido o que el geriatra que la haya visto no considerara hacer más pruebas sabiendo que, de hecho, está protegida y cuidada en el monasterio. Pero también te digo que soy ginecóloga no neuróloga, lo mismo me equivoco. ¿Qué medicamento toma?

—No tengo ni idea.

—Pues sin saberlo y sin verla yo no te puedo decir más.

—Pues sigue, por favor, que me tienes en ascuas. —Interrumpe Agustín.—

—Una noche de esa época llegó ese tal Casto con una preñada que estaba a término. Una chiquilla extraordinariamente joven que no tendría ni los dieciocho. En aquella época lo de los papeles era más estricto y menos estricto que ahora, no sé si me explico.

—Yo no me entero. —Dice Agustín.—

—Claro, tú no habías nacido. Mira, que una pareja fuera al hospital a tener un hijo sin estar casados no era lo ideal. Vamos, que era cosa de gente muy pobre y así. Así que los papeles se pedían aunque no fuera estrictamente necesario a la hora de hacer el ingreso. Por otro lado, si el que venía tenía la mano larga y sabía engatusar aquí y allí, el niño se registraba de cualquier forma, como ya sabéis por

todo lo que habéis escuchado de robo de niños y demás. Así que cuando pidieron los papeles de la madre y del padre ese tal Casto empezó a soltar billetes entre la gente de admisión y celadores.

—¿Tú estabas al tanto?

—Yo era una pipiolina de veintisiete años, ¿cómo iba a estarlo? De eso me enteré más tarde, ya te diré. El caso es que la niña, porque era una niña, se presentó de nalgas. La madre estaba en los huesos, canija, primeriza, con la pelvis aún sin desarrollar como la de una mujer. El viaje del monasterio a la ciudad, en aquella época tomaba tres horas largas por carreteras de muerte. Cuando el jefe la vio llegar en ese estado se encaró con el supuesto marido, un hombre ya de unos treinta.

—¿Cómo se le ocurre traerla así? —Le gritó.—

—Hizo una cesárea pero era tarde. La niña salió muerta. La intentaron reanimar sin éxito. La madre había perdido mucha sangre y estaba desnutrida. Hoy se habría salvado, pero la medicina en el 74 no era tan eficaz y se nos fue. Me harté de llorar. Fue mi primer muerto. Miento, se me murió un abuelillo en quinto, pero no fue lo mismo. Cuando salí del quirófano vi a gente extraña en la sala de espera. Varios sacerdotes, una monja y un matrimonio de edad avanzada. Como había dos parturientas más en paritorio no le di muchas vueltas. Tenía un compañero algo mayor que yo, con el que más tarde terminé la residencia en Barcelona, que unas semanas después del desenlace me contó lo que realmente había pasado.

—No lo vayas a contar porque lo van a negar todo y te puedes meter en problemas. —Me dijo,— ¡No veas el cabreo que tenía el jefe cuando se le murieron las dos! ¡Se ha llevado estas semanas que no había quien rechistara! Resulta que la embarazada era una novicia. —Camila, mirando a Ramiro, añade.— De tu monasterio, como puedes imaginar. Ese Casto era una tapadera, por lo visto el padre biológico era un ‘padre’ joven que había estado allí de ‘visita’. Según me dijo mi compañero, Casto era familiar lejano del cura joven e hijo del vigilante del monasterio. Le quisieron endilgar el marrón y como el jefe de Obstetricia, que así se llamaba en aquella época, dio parte de la llegada en tal mal estado de la parturienta, la Iglesia se metió por medio y este Casto ‘desapareció’ unos años. Aquí paz y después gloria. El cadáver de la novicia volvió al convento y ‘murió’ de unas fiebres repentinas de cara a sus padres.

—¿Te acuerdas del nombre de la novicia?

—No hijo, no. No da mi coco para tanto. Pero era un nombre muy común, no sé; María, Carmen, Antonia, Francisca, algo sencillo ¿Sabes? En aquella época no se ponían nombres raros como ahora.

—Bueno, tú te llamas Camila, que no es muy común.

—Ya. Es por mi abuelo Camilo, yo era su única nieta.

Dos

Ramiro quiere recuperar su costumbre de asistir al dojo zen tres veces por semana. Ahora que tiene más encarrilado el libro y que ha podido arreglar, a base de horas delante del ordenador, todas las correcciones atrasadas de trabajos de alumnos y tareas pendientes, no le importa dedicar un tiempo a una de las fuentes de su serenidad. Antes, cuando disponía de vehículo, iba de un lado a otro con su vieja tartana. Ahora es más selectivo en sus desplazamientos y decide con cuidado a dónde y cómo ir. Cuando el dojo estaba en el centro de la ciudad le venía muy a mano, pero los alquileres se han ido poniendo por las nubes y se ha desplazado a una zona más moderna y alejada de su trabajo y de su casa. Se levanta bien temprano para asistir a la sesión de las siete de la mañana. La nieve cubre la ciudad con una capa limpia a esa hora. Bien abrigado, cruza el río con cuidado de no pisar el hielo. A las siete menos cinco llega a la puerta del bajo donde se encuentra el dojo. Tiene un interior clásico

con un zócalo de madera cubriendo las paredes. Saluda a sus amigos casi sin palabras. El sonido seco y agudo del mazo sobre la tabla de madera da inicio a la sesión. Una vez en semana va acompañado de la recitación pausada, salmódica del sutra Hanna Shingyo. Hoy, tras cuarenta y cinco minutos de zazen, los cinco asistentes vestidos con un *rakusu* oscuro se levantan casi coreografiados, salen en fila india al revés de como entraron.

Tras salir del zendo propiamente dicho, en el pequeño espacio que separa la puerta de la calle del propio templo y que tiene un acceso a los servicios, los asistentes se saludan:

—¡Cuanto tiempo, Ramiro!

El que saluda es Juan, de unos sesenta, uno de los fundadores del dojo y que, aunque no es formalmente *rōshi*, lleva haciéndose cargo desde sus inicios. Los otros tres asistentes, aparte de Ramiro son conocidos por él desde hace años: Rafa, Fede y Camila, su amiga. Todos los le saludan con alegría.

—¡Os invito a desayunar! Y así celebro con vosotros que he vuelto.

En un bar cercano los cinco sentados a la mesa toman café y tostadas y charlan sobre las últimas noticias.

—¿Vais a venir a la *sesshin* de diciembre? Este año la haremos en una aldea cerca de Fuentegüesa.

—¿Qué días son?

—Del 26 al 30, como siempre.

—Ya veré. —Contesta mientras una ligera sombra pasa por su rostro.—

Camila conoce bien a su amigo. Han viajado mucho juntos. Aunque siempre lo hizo cuando vivía su marido y, al principio con cierta reticencia, poco a poco Ramiro fue formando parte del paisaje de su vida. Ella que no había querido tener hijos, aún así mantenía un cierto espíritu de maternidad protectora que ejercía fundamentalmente con su marido. Desde que se quedó viuda, extiende sus preocupaciones maternas a sus amigas y a su muy buen amigo Ramiro. Mira a Ramiro con cierta preocupación. Le parece ver en su rostro una profunda tristeza no exenta de cansancio. Cuando salen al frío intenso de la mañana castellana, mientras cada uno va en dirección a sus obligaciones cotidianas, le pregunta a Ramiro:

—¿Vas al despacho? —Y sin darle tiempo a responder, añade:— te acompaño.

Ya la nieve no tiene ese aspecto prístino de las primeras horas. Las nueve suenan en algún reloj lejano mientras cruzan de vuelta el río. Camila no quiere que Ramiro sienta una intromisión y con cautela le deja caer:

—Te veo cansado, no sé, algo triste.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Pues eso no lo sé, por eso te pregunto, ¿te preocupa algo?

—Conscientemente no. Bueno, viene la Navidad y ya sabes que no es una época que me guste precisamente.

—Lo entiendo, pero han pasado tantos años que no pensaba que aún...

—No me conocías en aquella época, Camila. Yo era otro hombre. Cualquier cosa que me haga volver a esa época me muestra con crudeza todo lo que perdí, lo que pude ser y no soy. Y luego está la culpa que, por mucho esfuerzo que haga, me acompañará siempre.

—Lo siento, Ramiro. Creía que después de tantos años lo tenías superado.

—Está integrado en mi vida pero superado... eso no se supera nunca. Pero no creo que lo que me notas tenga que ver con eso. Oye, hace un frío de perros, ¿por qué no subes al despacho? Allí tengo hervidora y podemos tomar un té o un café de puchero si quieres.

—¿Sí? ¡Qué ilusión! ¡Mira que nos conocemos desde hace años, nunca me habías invitado a tu despacho! —Responde Camila sorprendida.—

—Es que soy un descastado, es verdad. ¿Café o té?

—¿Tienes infusión?

—Sí, claro. Una yerbita. ¿Sabes? —Dice mientras prepara el agua.— Estoy pensando en que este va a ser mi último curso académico.

—¿Tú también jubileta? Pues es una pena perder este despacho, hijo. ¡Qué bonito!

—La diferencia entre lo que hago aquí y lo que hago en casa, aparte del sueldo, claro, es que en casa no tengo que rendir cuentas a nadie, ni competir con nadie ni soportar a alumnos ignorantes e indolentes.

—Siempre han sido así las cosas. A los profesores les parecen sus alumnos vagos y torpes. Tú mismo me has dicho eso más de una vez.

—Sí. Lo he dicho. Por eso, será que como me estoy haciendo viejo ya ni yo mismo soy capaz de aguantar tanta tontería. Para una persona que encuentras con verdadero interés hay treinta que no saben ni por qué están estudiando lo que estudian. Les pides que lean a Shakespeare y, ¿sabes lo que me dijo un alumno de literatura inglesa? ¡Que si valía una traducción! ¡Será gili!

—Es que tú también, mira lo que les pides.—Le pincha Camila.

—Bueno, lo que te decía. Ese cansancio o tristeza que me notas y que hasta el momento en el que me lo has dicho no había procesado, que es que tienes buen ojo, mujer, me conoces mejor que yo mismo... Pues eso, que no creo que se trate tanto del aniversario del accidente, que está al llegar y que siempre me afecta, pero hay algo más. Algo que tiene que ver con lo vivido en el monasterio y que ha terminado de cuajar con lo que nos contaste la semana pasada.

—Me sorprende que seas tan sensible a esas historias del pasado. Las hay a miles, Ramiro y mucho más graves. Porque al fin y al cabo, imagínate lo que vivieron nuestros mayores en la guerra y la represión en la posguerra. ¡Ahí es nada! Y eso solo si nos restringimos a nuestro país. Acuérdate de la guerra en los Balcanes, que ya éramos adultos y de los otros muchos conflictos.

—Sí. Tu voz es la de la sensatez. Tú hablas con la cabeza y mi cabeza también me dice eso. Pero cuando has conocido el lugar, imaginas la situación, has tenido a Casto, anciano, pero aún Casto, siguiéndote los pasos y demás. No sé, se me cae un poco el alma a los pies.

Suenan unos nudillos en el despacho y se abre una rendija por donde aparece la nariz de Agustín:

—¿Estás visible, *lad*? ¿Oigo voz de señora o estoy flipando?

—Pasa, pasa. Participa de la orgía.—Dice Ramiro.— Hay ron para todos.

—¡Qué tonto eres, tío! —Agustín entra y saluda a Camila con un beso.—

—¿Has entrado alguna vez en la web de la diócesis? —Pregunta a Ramiro.—

—Pues la verdad es que no.

—Hazme el favor.—Le anima Agustín.—

—Ya estoy dentro. ¿Qué pasa? —Dice Ramiro desde su mesa.—

—Ve al menú, haz clic donde pone ‘obispo’.

—Vale, ¿y?

—Ve a ‘biografía’. ¿Qué lees?

—Que nació en... ¡Carajo!

—¿Qué pasa, Ramiro? —Pregunta Camila.

—Pues que su madre se llamaba Hilaria Sánchez Fresneda. ¿Entiendes? Fresneda. Blanco y en botella.

—Todo entonces queda confirmado. El que ocultaba los desmanes del ‘cura joven’ padre de la criatura fallecida, era el pariente, Casto, al que largaron un tiempo del lugar para tapar el caso. —Dice Camila.— ¿Piensas hacer algo?

—¿Yo? Esto se queda entre nosotros. Os lo pido por favor, ¿a quién beneficia darle vueltas ahora a esta historia? Este asunto es probable que ni siquiera sor María lo conozca. Esto pasó en el 74 y ella llegó allí veinticuatro años después. Debe estar ajena a todo esto. Prefiero que siga siendo así, por favor. Tú has tenido esta historia olvidada en tu memoria todos estos años, Camila, y a tí, Agustín, ¿qué más te da?

—Por mi parte, ya ves. No sé de qué me hablas.—Dice Camila llevando un tazón de Mickey Mouse con infusión de melisa a los labios.—

—Por mí como si te la machacas entre dos piedras, *man*. —Dice Agustín.— Que ha sido casualidad lo de verlo, no andaba yo buscando guerra. Pero como el obispete te la ha jugado, y había escuchado la historia que contó Camila, pues me dije: lo mismo quiere saberlo.

—Es de agradecer. Pero estoy cansado de misterios. Mañana nos vemos en casa de Lara, ¿no? Yo llevaré un postre, ¿vale?

—¿Lo compramos entre los dos, Ramiro? —Pregunta Camila.—

—Claro. Una tarta de queso de esas de ‘Las Leonesas’, ¿vale?

—A mí no me bajáis del vino. Llevaré tres botellas.

Lara tiene alquilado un apartamento pequeño y caro desde el que la portada de la catedral puede disfrutarse casi en su totalidad. Puede verla con tal claridad y tal lujo de detalles que incluso a ella misma le parece obsceno, en el buen sentido.

—¡Uau! ¿Cuánto pagas por esto? —Dice Agustín dejando las botellas de vino sobre la mesa.—

—No seas grosero, Agu. Se dice buenas noches al entrar. —Le reconviene Ramiro.—

—Pasad, pasad y sentar...¿se? o se dice ¿sentaros? —Lara les ayuda con los abrigos.—

Ramiro, que no puede evitar hacer su papel de docente, responde:

—Sentarse o sentaros es lo común pero es más correcto decir ‘sentaos’. Últimamente el infinitivo se está colando en nuestra lengua a costa del imperativo, en este caso.

—¡Qué coñazo de tío eres! —Dice Agustín.— Lara, quisiera presentarte a Camila, una amiga.

—Hola. Me equivoqué, creía que eres amiga de Ramiro. —Dice Lara en su balbuciente español.—

—De los dos. —Responde cortésmente.— No estás equivocada, a Ramiro lo conocí mucho antes.

—Antes de que naciera el gordito imberbe este. —Se ríe Ramiro.— ¡Chiquitín! —Le dice cogiéndole de la barbilla.—

—No te pases.

—Están siempre haciendo chistes, ison geniales!

—A veces cansan un poco. ¿Te puedo ayudar en algo?

Una cena con amigos y esas vistas nocturnas cuando se van acercando los días navideños es como un pequeño remanso en la vorágine del día a día. La ciudad es tranquila si se compara con las grandes capitales, pero el bullicio formado por la mezcla entre la gente que empieza a preparar sus compras navideñas, los turistas y los estudiantes a primeras horas de la noche es más que notable. Desde aquel inmenso escaparate del apartamento, las piedras de la Catedral parece que hablaran y nada del bullicio a pie de calle traspasa los modernos cristales.

—¿Saben? Un amigo de Durham va a venir estas navidades. Va a aprovechar este lugar los días que yo vuelvo a casa. ¡Y encima he hecho negocio! Estoy muy contenta.

—¿Negocio? ¿La has realquilado? —Pregunta Agustín.—

—*Yeah!* Pago mil doscientos al mes con calefacción, luz y agua incluidos. Y se lo he alquilado por mil quinientos del veinte de diciembre al cinco de enero. *Great!*

—No lo digas muy alto que eso aquí no es legal. —Dice Ramiro.—

—Ya, allí tampoco, pero lo hace todo el mundo.

La conversación, animada, termina derivando en el episodio de la lápida que Camila no conoce.

—Mira que me gusta la Historia sobre todo si está novelada, —comenta— pero nunca podré comprender a esas personas que trabajan todo el día en un museo restaurando piedras y cosas así. A mí siempre me ha llamado la vida y eso es un poco como estar siempre rodeado de muerte.

—¡Bueno, bueno! ¡Habemus tema! ¡Qué atrevida eres, Camila! ¡Mira que decir eso desde ahí! Solo tienes que levantar la cabeza y casi novecientos años te contemplan!

—¿Novecientos años tienen esas piedras? —Pregunta Lara.—

—Bueno, quizás las más altas, las que se ven desde aquí tengan quinientos o así, pero se empezó a construir en el siglo XII. —Contesta Ramiro.—

—¡Uau! A mí me pasa lo mismo. Camila. Me gusta más lo vivo que lo muerto, ¿se dice así? Pero la historia de la lápida es interesante, ¿no? Tiene algo de detectives...Y estas vistas, no dirás que no merecen la pena.

—Hay muchas cosas en ese monasterio que tienen algo de detectivesco. —Dice Agustín.—

—Cambiamos de tema, ¿vale? —Interviene Camila.— Me ha gustado mucho tu traducción, Ramiro. Espero con ganas que acabes el estudio.

—¿Se la has dejado a Camila?

—Sé que para ti es pesado. Camila, ahí donde la ves, ha leído mucho sobre el tema. Lo que pasa es que es prudente y no hace alarde de nada. Es una gran lectora y tiene todo lo que se ha traducido de algunos autores americanos expertos en el tema.

—¿Qué tema? ¿De qué va tu traducción?

—Digamos que tiene que ver con la mística. Te puedo pasar el original, si quieres.

Cuando llega a casa son casi las doce. Tiene un whatsapp de Matilda: «Te recuerdo que Javier viene el viernes. Que no te coja de sorpresa, ¿vas tú a buscarlo?».

—Menuda cara tiene el tío. Encima le habrá dicho que vaya a buscarlo.—Se dice y escribe:— «Que se coja un taxi, joder. Dile que me diga a qué hora viene y ya veremos.»

Está con el móvil en las manos cuando recibe una llamada. Es tan inesperada que se sorprende y se le cae de las manos. El móvil sigue en el suelo sonando y vibrando donde puede leerse claramente 'sor María'.

—¿Qué le habrá pasado? ¡A estas horas! Tiene que ser algo muy gordo para que no haya podido esperar.—Ramiro coge el teléfono— Sí, dígame. Soy yo, claro... Ummm, eso es... No se preocupe, dígame... Sí. Sí. Póngamela... Buenas noches sor Brígida... No hay nada que sea de vida o muerte y se pueda tratar por teléfono... No, no puedo confesarla por teléfono, hermana... Ya veo, ya, pero debe usted calmarse... No,...No..., No puede usted obligar a todas sus hermanas a vivir ese tormento de gritos y angustias.... Eso no está bien. Y usted lo sabe... ¡Cálmese, por favor! ¡Venga..., eso es! Sí, sí... Mire, verá,... Espere, espere, vamos a hacer una cosa... Usted se calma, se va a su celda con sor Claudina, se acuesta y se duerme tranquila. Yo le prometo que mañana antes del almuerzo estoy allí y la confieso. ¿De acuerdo? Bueno, póngame con sor María... Eso, eso, a descansar... Claro que sí, a descansar. Muy bien... Hasta mañana.

—Antes de que se haga más tarde tengo que hablar con Catalino. —Piensa Ramiro mientras busca el contacto.— ¿Sí? ¿Catalino? Lo primero de todo quiero pedirte disculpas por la hora. Ya. Es que no es para hablarlo por whatsapp. Perdóname...Sí... Me acaba de llamar sor María. No, no te apures,... pero estaría bien que estuvieras allí tú mañana. Es que sor Brígida está empeñada en confesarse conmigo. Ya sabes, no hay quien le saque de la cabeza que...pues eso. ¿Puedes? Le he dicho que yo

estaré allí antes del almuerzo... ¿En dónde? ¡Ah! ¿Y a qué hora acabas allí? Vale... Pues si quieres paso por allí a esa hora y para ahorrar coche vamos juntos y aprovechamos para hablar. Eso... Ya, yo sé que tú vas el sábado pero ino sabes cómo se ha puesto a gritar! ¡Como si se estuviera muriendo, la pobre! Vale, bueno, hasta mañana, adiós, adiós.

Tres

A menos de treinta kilómetros del monasterio, al lado de una preciosa iglesia medieval, Ramiro aparca un coche de alquiler. Se acerca a la puerta de la iglesia. En el interior se encuentran no más de media docena de mujeres mayores. Tras la misa, que ya ha acabado, Catalino está hablando con una mujer algo más joven. Al verlo entrar, mueve la cabeza y le sonrío. Termina la conversación y se despide en voz baja.

—A este pueblo vengo una vez en semana. Hay un cura muy mayor que lleva la eucaristía los domingos. Entre él y yo nos repartimos la tarea. Me sabe mal irme tan pronto, normalmente tenemos un grupo de oración y me voy después del almuerzo, pero les he dicho que esta tarde, cuando venga de vuelta, retomamos el grupo.

—¿Un grupo de oración? ¿Qué modernidades son esas?

—No son modernidades, son maneras de llamar a lo que siempre se ha hecho. En un pueblo con poco menos de cien habitantes no puedes mantener un párroco perenne. Así que de novenas, triduos y demás actividades religiosas tradicionales ni se puede hablar. Los domingos, en misa, aquí puedes ver con suerte diez o quince personas. Pero hay media docena de mujeres que son serias y entregadas a su fe. Nada de beatería, ¿eh? Son gente realmente interesada que hace mucho por su pueblo. Que no es que no haya también su poquito de superstición, que la hay, como en todas las religiones. Pero encuentras más superchería en algunos locales *new age* de la capital que en estas iglesias. Son gente muy trabajada, con los pies en la tierra. ¿Cogemos tu coche?

—Sí, lo he alquilado para venir. Yo no tengo coche.

—¡Vaya, Ramiro! ¡Qué carro!

—Es que no tenían el que alquilé anoche por internet, que era un Ibiza, y me han dado esto por el mismo precio.

Mientras Ramiro conduce el gran sedán de lujo por esas carreteras le pone al tanto con más detalle de la llamada de sor María. Evita mencionar el tema recién descubierto sobre Casto y la desdichada novicia pues se ha prometido a sí mismo olvidarse del asunto.

—¿Sabes Catalino? He estado consultando con algunas personas, en concreto con una buena amiga mía médico y también con mi hermana que es bióloga. Ambas me dicen, después de haberle contado mis conversaciones con sor Brígida, que no creen que sea Alzheimer. Me hablan de que quizás sea un trastorno de personalidad o algún tipo de demencia senil.

—No soy médico, pero algunas veces la he visto demasiado orientada yo también.

—¿Quién la diagnosticó?

—No lo sé. Sor Claudina me dijo que habían ido al médico y como sor María también lo es, no dije nada.

—Hablando de otro tema, ¿es canónicamente correcto que yo esté presente en la confesión siendo tú el confesor?

—No. No lo es. Tú ni siquiera eres diácono. Podrías estar presente como intérprete si el penitente, en este caso sor Brígida, hablara en un idioma que yo no entienda. Pero no es el caso.

—¿Qué propones? ¿Intentamos convencerla de que el cura eres tú y yo me retiro?

En una recta del camino se encuentran con un rebaño de ovejas que lo va atravesando. Ramiro va frenando y lo que en un principio parecía un rebaño normal, se convierte en una masa de ovejas que incluso rodean el coche. El pastor, algo molesto por el comportamiento inesperado de los animales no para de gritar.

—¡Qué bucólico!—Dice Ramiro.— Tú y yo hablando de confesión y nos topamos con el pastor y las ovejas.

—¿Tu crees que sor Brígida habla inglés? —Dice Catalino.—

—Pues no sé, en su época el inglés no estaba muy bien visto, no creo que sepa. ¿Por qué?—En el momento que Ramiro formula la pregunta tiene la contestación en la cabeza.—¡Ah, claro!

—Si sor Brígida supiera inglés y se empeñara, por su trastorno, en hablar en ese idioma, tú podrías hacer de intérprete y yo de confesor y ella quedaría en paz y canónicamente confesada.

—Demasiadas casualidades, ¿no? —Se ríe Ramiro mientras ve como el rebaño se marcha por la izquierda.—

—Hombre, lo que no quiero es que sor María se vea en la tesitura de participar en una farsa con un sacramento. Eso no es lo correcto y claro, tampoco hay tiempo, ni ganas para pedir una dispensa al obispo.

—¿Tan poca libertad de acción tiene una abadesa ante su comunidad?

—En el derecho canónico que yo he estudiado, sobre el papel, sí tiene capacidad jurídica para tomar esas decisiones. Pero una cosa es eso y otra la costumbre. Salvo casos de urgencia, peligro de muerte o fuerza mayor, lo usual es pedir dispensa para todo lo que se salga mínimamente de lo ordinario.

Catalino se baja a abrir la cancela con su llave. En el recibidor de la hospedería sor Claudina les saluda.

—La madre abadesa les espera en su despacho.—Tiene el rostro serio, casi compungido.—

—¿Cómo está sor Brígida?—Pregunta el sacerdote.—

—Ella les dirá.

En el despacho sor María, que ha sentido la llegada del coche, les espera de pie.

—¡Benditos seáis! ¡Sentaos, por favor!—Les señala la mesa.—Disculpe padre que no le llamara a usted anoche. Sor Brígida se puso tan violenta que cometí la debilidad de llamar a Ramiro y después, al ver la hora, dudé si era apropiado llamarlo. Esta situación ha podido con mi aplomo, lo siento.

—No hay nada que sentir. Como usted ve, Ramiro es un hombre cabal que ha hecho lo que tenía que hacer. Entre todos vamos a abordar este asunto. ¿Cómo está la hermana?

—Me gustaría contaros algunas cosas sobre sor Brígida. Hasta ahora no ha sido necesario aclararlo. Sor Brígida no padece Alzheimer. Esa es la versión, y me gustaría que siga siéndolo, cara a la Comunidad. No he querido decir otra cosa porque así no se inquieta a las hermanas, que ya son suficientemente mayores. Tiene una demencia senil que acusa un trastorno límite de personalidad que ya existía en la edad adulta, que se agrava con la edad. No sé si les dije que cuando llegué aquí había una priora provisional y que ella podría haber sido candidata ‘natural’ a ser abadesa por su formación y cultura.

—Sí, lo recuerdo. Pero no era muy querida por la comunidad, me dijo. —Interviene Ramiro.—

—Por sus desplantes, sus ataques de ira y arrepentimiento. Todas sabían que no era una mujer estable. Estas cosas se han ido agravando con la edad y ahora...nos hace muy difícil la vida a todas.

—Pero según me comentó, madre, Ramiro tiene un efecto, ¿sedante?, en sor Brígida. —Señala el sacerdote.—

—Pues por ese motivo y no otro lo llamé ayer noche. Nada más lejos de mi intención dejarle de lado.

—Hay algunos obstáculos que tenemos que salvar, sor María. Como usted sabe mejor que yo no es posible la confesión que ella pide con Ramiro.

—Pero si usted está presente y la absuelve...

—Eso necesitaría de una dispensa. Se nos ha ocurrido otra solución sin alterar el ordinario de la confesión, pues si la hermana le diera por hablar exclusivamente en inglés, entonces Ramiro actuaría de intérprete. Ante la hermana no habría problema alguno.

—¿Cómo saben que la madre de Sor Brígida era irlandesa? —Pregunta la abadesa.—

Los dos hombres se miran asombrados entre sí.

—Creo que hoy voy a empezar a creer en la Divina Providencia. —Dice Ramiro.—Pero, discúlpame Catalino la pregunta, ¿en estos tres años no has confesado nunca a sor Brígida?

—No. —Responde el sacerdote.—

—La hemos considerado una enferma mental incapaz de obrar con juicio y, por lo tanto, sin necesidad de confesión y como ella nunca la ha pedido...Ayer fue la primera vez desde hace...¿cuatro o cinco años quizás? —Contesta sor María y sigue:—Tenéis mi dispensa para ir a la capilla. No es necesario que hagamos la confesión en la iglesia. Les pediré a las hermanas que os dejen a sor Brígida en su silla de ruedas junto al confesionario.

El confesionario en la capilla de clausura es un sillón grande con un reclinatorio a un lado y una silla pequeña al otro. Unas mamparas con celosía separan los tres asientos. Cuando entran en la capilla sor Brígida está en su silla de ruedas frente al sillón. Catalino se sienta en él, mientras que Ramiro lo hace en la silla pequeña. Sin darle tiempo a hablar Ramiro se dirige a sor Brígida en inglés, después le traduce al sacerdote:

—*Buenos días, hermana, vamos a hacer la confesión en su idioma materno, el que hablaba su madre. Después de que usted hable se lo traduzco a D. Catalino. Lo vamos a hacer así o si no no habrá confesión. ¿A que le parece a usted bien?*

Sor Brígida abre los ojos de forma exagerada y responde. Ramiro traduce:

—*Está completamente de acuerdo.* —Tiene un acento espléndido, piensa Ramiro.—

Tras las fórmulas usuales del sacramento sor Brígida comienza a hablar y Ramiro traduce como intérprete al oído del sacerdote a través de la celosía.

—*He hecho mal en ocultar esto que le quiero contar toda mi vida. Nunca lo he confesado y la culpa por este pecado terrible me pesa tanto que me está volviendo loca, si es que no lo estoy ya.*

—Siga, hermana, no se preocupe que la misericordia de Nuestro Señor todo lo puede.

—*Durante mis primeros años en esta abadía era una mujer orgullosa. Por venir de donde vengo, de una familia con posibles y muy bien conectada con la Iglesia, tenía yo para mí que mi vida monacal iba a ser un jardín de rosas. Pero nada más lejos de la realidad. Muchas de las hermanas que estaban aquí ingresaron por obligación, por hambre, por miedo a los hombres o por qué sé yo qué motivos, que nada tenían que ver con una verdadera vocación. Así ocurrió con la pobre de Carmen García. Y no la supe proteger. Yo tenía que haberla protegido pero no fui capaz. La madre abadesa estaba en sus cosas, no estaba en donde tenía que estar y la hermana que estaba al cargo de la novicias, bueno. ¿Qué voy a decir? ¡Que Dios la tenga en su Gloria! Aunque para mí que no se lo merece pero ¿quién soy yo para juzgar? ¿No? Usted me entiende padre Ramiro, ¿verdad?*

—Aquí el padre es D. Catalino, pero dígame, sor Brígida, ¿cuál fue su pecado? Es necesario saber la ofensa para encontrar el modo de repararla.

—*Yo estaba muy volcada en el estudio. Cumplía, por supuesto con mis obligaciones, pero siempre que tenía posibilidad leía, estudiaba, aprendía. No todas las hermanas eran ignorantes. Había algunas bien versadas en idiomas e incluso alguna intercambió conmigo horas de latín y griego con*

horas de inglés. Por eso no me di cuenta de lo que pasaba algunos fines de semana. Oía guitarras, cosa que no comprendía en una abadía como la nuestra. Ahora dicen monasterio, cuando no convento, que a veces lo he escuchado, pero yo siempre le he dicho abadía, que es lo que es.

—¿Oía guitarras? ¿Dónde?

—A veces en la hospedería, en la antigua ¿sabe? La hospedería antigua se hizo con retazos de otras partes del edificio, de cuando había caballerizas y eso. Era una zona un tanto laberíntica con su capilla y todo. En aquella época había signos de apertura en la Iglesia. Una apertura que algunos no comprendieron bien y que a otros simplemente les permitió hacer lo que llevaban mucho tiempo queriendo hacer. ¿Pero en una abadía? ¿Es que no hay otros sitios? El caso es que yo miraba para otro lado y la pobre de Carmen, tan joven, se perdió.

—Sor Brígida, sigo sin comprender dónde está la culpa que le atormenta tanto. Usted sabe, que para que haya culpa tiene que haber dolo y no lo encuentro, por lo que me cuenta. —Ramiro traduce al inglés lo que Catalino le sugiere al oído.— ¿Se trata según usted de un pecado de omisión? ¿La culpa consiste en que usted debería haber puesto en conocimiento de la abadesa lo que veía?

—Cuando Carmencita, la pobre, se quedó embarazada no dijo nada a nadie. Yo se lo noté cuando estaba ya de cinco meses y después que yo la madre abadesa y otras hermanas. Hasta ahí no considero que mi omisión fuera muy grave pero cuando la encerraron y la dejaron a pan y agua hasta el día que se puso de parto, no hice nada, padre. —La anciana se echa a llorar.— ¡No hice nada! ¡Las matamos entre todas! ¡A ella y a su criatura! ¡Y mentimos a sus padres, los pobres! ¡Y del sinvergüenza que la preñó nadie dijo nada!

—¿Conocía usted la identidad del pecador?

—No, nunca supe quién era.

—¿Qué edad tenía usted cuando ocurrieron los hechos?

—Cuarenta.

—¿Quedan hermanas en el Claustro que estuvieran presentes en esa época?

—La hermana Jacinta que la pobre tiene noventa y está ciega y sorda en cama.

—¿Y sor Claudina?

—No. Sor Claudina llegó algo después de muerto Franco y esto pasó antes.

—Bueno, hermana, antes de darle la absolución quisiera preguntarle: ¿tiene algo más que le atormenta?

—No. Eso es todo.

—La veo más tranquila. —Catalino le susurra al oído a Ramiro.— ¿En algún momento se alegró de lo que le pasaba a Carmen?

—¿Pero cómo me voy a alegrar, padre Ramiro? ¡Qué cosas tiene!

—Sepa usted, hermana, que si no hay satisfacción por el mal causado no se ha producido propiamente dicho el dolo. Y si no hay dolo no hay culpa. Usted ha pecado de torpeza, de ser pusilánime, de buscar su seguridad y de no arriesgarse a ponerse en evidencia pero su pecado no es el de hacerle daño a la pobre novicia. Ese lo tendrán sobre su alma las mayores de la abadía de ese momento y seguro que Nuestro Señor ya se ha hecho cargo de eso en su Misericordia. Ahora le pido que lleve a cabo la siguiente penitencia: quiero que de su boca solo salgan alabanzas al señor. Salvo lo estrictamente necesario para la vida diaria, se abstendrá de cualquier palabra que no sea una oración. ¿Me entiende sor Brígida?

—Sí, le entiendo. ¿Hasta cuándo? ¿Una semana, un mes?

—De por vida, hermana, de por vida. Cada vez que vaya a hablar o gritar de algo que no sea una oración o alabanza recuerde a la novicia Carmen, sonría, sí, sonría y sepa que ella está alegre en los

cielos al lado de Nuestra Señora. Dedíqueme a su memoria la oración que le parezca mejor. Le sugiero Cántico del hermano Sol de S. Francisco de Asís, ¿lo ha memorizado? Lo tengo aquí escrito.

—Sí, creo recordarlo, empieza con:

*Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición.
A ti sólo, Altísimo corresponden
y ningún hombre es digno de mencionarte.
Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente messer hermano Sol,
el cual es día, y nos iluminas por él.
Y es bello y radiante con gran esplendor:
de ti, Altísimo, lleva significación. ...*

—Esa es. —Dice Ramiro.—

Catalino interviene en castellano:

—Hermana, ahora le voy a dar la absolución. Me gustaría que pensara en mí como sacerdote que soy, sabe usted bien la potestad que el sacerdocio me ha otorgado de ejercer el ministerio de la penitencia en esta abadía. Don Ramiro, que ha sido su intérprete y amigo, no es sacerdote. Por favor, sor Brígida, ahora que va usted a recibir la absolución, reconózcame como sacerdote, para que el sacramento sea verdaderamente válido.

Sor Brígida se queda callada, una lágrima cae de su rostro. Catalino le pregunta:

—¿Está usted llorando, hermana?

—Sí. No sé por qué me imaginaba que iba a ser usted más blando conmigo. ¡De por vida! ¡No hablar de por vida! ¡Es mucha penitencia!

—No se preocupe, siempre le quedará la opción de hablar con uno de nosotros. Con nosotros podrá hablar de todo lo que quiera. Yo estaré con usted todas las semanas y Ramiro podrá venir si se lo pide sor María.

Catalino haciendo la señal de la cruz recita:

«Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Aléjate de los poderosos

Uno

—¡Mano de santo! Pero vamos, Ramiro, que hacen ustedes un tándem maravilloso.—Dice sor María por teléfono.— Yo sabía que iba a mejorar, pero vamos, que lleva la hermana unos días que de su boca solo salen alabanzas al Señor y oraciones. Que a veces nos apetece pedirle que pare un poco, pero claro, no lo hacemos, usted comprenderá.

—Me alegro mucho sor María. ¿Y el padre Catalino, habla con ella?

—¡Uy, sí! ¿Sabe usted? Antes sor Brígida no paraba de gritar y quejarse pero nunca quería hablar con el padre. Ahora pasan largos ratos en la capilla. Se ha hecho muy asidua de la confesión. ¡Que cambios, gracias a Dios!

—¿Y usted, madre, cómo se encuentra? —Se interesa Ramiro.—

—Bien. Yo estoy bien, gracias. Algo ajetreada con las fiestas que son a la vez la inspiración y el alimento del espíritu y el trabajo del cuerpo.

—He terminado de leer sus cuadernos. Me parecen preciosos e interesantes, dignos de ser publicados.

—Ya le dije que podía hacer lo que quisiera sin que mi nombre aparezca pero sinceramente no creo que puedan tener interés. Al menos tal y como están, son bastante anodinos.

—¿Me da su permiso para digitalizarlos, quitarle cualquier referencia que pueda identificarla y pasárselo a Alberto, el editor de Nunc Dimittis?

—No me voy a desdecir ahora, Ramiro. Haga lo que crea que puede beneficiar más. ¿Cuándo le veremos por aquí?

—En cuanto pasen estas fiestas, les haré una visita.

—Aquí le esperamos, que Dios le bendiga.

—Adiós, sor María, cuídese.

Son las cuatro de la tarde. Su excuñado Javier está a punto de llegar. Cuando se enteró de que el bus que lo trae desde el País Vasco llega a las tres y media, le envió por whatsapp toda la información necesaria para llegar en bus urbano, andando o en taxi a su casa. Una broma, pues tanto él como Javier saben de sobra cómo ir desde la estación a su casa. Y añadió: «Estoy en casa».

Javier es algo más joven que Ramiro y Matilda. Mucho más alto, huesudo, tiene unos brazos largos que le valieron en su juventud como jugador de baloncesto de primera división. Su prominente nariz ganchuda hacen de su rostro algo inolvidable. Anda desgarbado con una forma algo adolescente de dirigirse por la vida que encaja bien con su carácter despistado. Llega con una mochila a la espalda y una mirada algo tímida que saluda con cierta ingenuidad a Ramiro.

—¡Qué frío hace en esta tierra, Ramiro! —Es su saludo.—

—Pasa, hombre, pasa. ¡Me alegro de verte, Javier! —Miente Ramiro.—

Su largo cuerpo no encuentra fácil acomodo en el sillón que elige para sentarse. Suelta la mochila, algo húmeda y manchada sobre el sofá. Ramiro suspira, la coge, diciendo:

—La llevo a tu cuarto, ¿vale? Anda, dame tu abrigo. —Y sigue:— ¿Has comido? —Mientras piensa en su interior, ¡ojalá que sí!—

—Tomé un bocata en el bus.—Responde sin comprometer mucho la situación.—

—Bueno, en un rato vamos a casa de Matilda y merendamos allí. ¿Te parece?

—Prefiero ir yo solo, si no te importa.

Ramiro empieza a incomodarse y respira profundamente. —Ya me está tocando los huevos.— Pien-
sa.

—¡Ah! Vale, como quieras. Ella nos esperaba dentro de un rato, pero sabes de sobra cómo ir a tu antigua casa. Toma, —Ramiro coge un llavero entre dos dedos y se lo acerca— estas son las llaves de mi casa. Yo entonces me voy.

—¿Te vas? ¡Si acabo de llegar!

—Ya, pero como vas a ir solo a ver a tus hijos, aprovecho para ir al cine antes de que sea más tarde. Ya nos vemos. Adiós.

Ramiro cruza los dedos al salir de casa. Con lo poco cuidadoso y despistado que es su excuñado se espera cualquier barbaridad a su vuelta, pero no tiene ganas de quedarse con él después del desplante. Deambula por la ciudad que con las luces navideñas está engalanada y llena de esa alegría facilona y estúpida del consumo. Con las manos metidas dentro del chaquetón se dirige en dirección al río, al otro lado, a la ciudad moderna. Entra en una gran cafetería de la avenida prolongación natural del puente. Pide un café y escribe a su hermana un mensaje: «Javier ha llegado y quiere ir a tu casa él solo. Le he dejado las llaves y estoy tomando café con un colega. Si queréis contar conmigo para la cena, avísame antes.» Y termina con un emoticón de un beso.

Aún no ha acabado con el café cuando recibe una llamada de Alberto, el editor.

—¡Hombre, Alberto! ¿Cómo estás? Estaba pensando en llamarte. Sí, claro estoy aquí. No, no me voy a ninguna parte. ¿Y tú, en Madrid? ¡Anda! Pues podemos vernos si quieres. ¿Pero qué haces en la oficina un 20 de diciembre a las seis de la tarde? Bueno, casi. Podría estar allí en media hora. Venga, voy para allá.

La oficina de Alberto es un local a pie de calle en un barrio bastante alejado del centro. Está protegido de la vista por un enorme cristal con un zócalo esmerilado que permite el paso de la luz. La puerta de acceso, también de cristal, se abre empotrándose en el muro. Una vez dentro se advierte la verda-

dera, minúscula, dimensión del local que termina en una escalera metálica que da a una entreplanta sin luz. Alberto está de espaldas a la cristalera y le saluda afectuoso.

—¡No veas las noticias que me han llegado! ¡Vaya revuelo que has formado en el monasterio!

—Todo mentira. Por cierto, ¿quién es el informante? —Dice estrechándole la mano.—

—Eso es secreto profesional. Me acojo al fuero eclesiástico. —Bromea.—

—Estamos en 2018, ya podrías dejarte de rollos medievales. Además, ¿qué tienes tú de eclesiástico con lo hereje que eres?

—Bueno, pero no vayas con historias a nadie.

—Soy una tumba.

—El secretario del obispo es muy buen amigo de Rubén. ¿Te acuerdas de Rubén?

—¿El del estudio sobre Miguel de Molinos?

—Ese. —Y sigue Alberto.— Pues le ha contado que has armado un revuelo en el monasterio leyéndole tu traducción a las monjas.

—¡Madre mía! ¡Cómo se deforman las cosas! ¡Qué barbaridad! Mira, Alberto, no me voy a tomar la molestia de desdecirlo siquiera. Que diga lo que quiera. —Ramiro hace una pausa.— ¿Leíste mi correo?

—Ya está todo encarrilado. Muy buen trabajo, Ramiro. Estoy deseoso de que salga a la luz.

—Si me dices eso es que no has leído mi correo de esta mañana.

—No. Espera, es que tengo lo menos treinta sin leer. —Dice mientras mira la pantalla del portátil,— ¡Ah! Aquí está. Pues no, no lo había leído. ¡Mira tú que...! Esto tiene buena pinta.

—A ti no te puedo engañar, pero ese material está cedido con la condición de que no se sepa la procedencia. Ya te imaginas...

—Bueno, eso es fácil. Tengo que leerlo, pero si es como dices, lo que hay que hacer para que no se tire del hilo es que tampoco aparezcas tú por ningún lado. Se saca como autora anónima y se firma un contratito contigo como receptor de los derechos, que ojalá los hubiera y ya está.

—Los derechos irán a una ONG, ya hablaré con la autora para que ella decida.

—Perfecto, como veáis.

—¿Le puedo echar un vistazo? ¿Tienes tiempo? Cógete algo para ojear mientras. Ahí enfrente tienes todos nuestros títulos por orden de aparición.

La estantería que señala ocupa el vano inferior de la escalera rellenando el hueco con baldas de madera. Los títulos que han ocupado un importante papel en la literatura cristiana heterodoxa en sus primeros momentos, se han ido decantando por obras relacionadas con la mística en su sentido más general. Alberto, un hombre culto y con buenos contactos, ha conseguido publicar obras raras y descatalogadas o bien obras que por su carácter han sido fruto de la censura y nunca han podido ser publicadas en España. Para cuando la libertad de prensa lo permitía, el interés del público era tan escaso que no era rentable comercialmente su publicación. También hay colecciones de obras de otras creencias y ramas del cristianismo. Una pequeña colección de obras procedentes de la mística ortodoxa llama la atención de Ramiro. Elige un libro pequeño de una autora canadiense de la que leyó algo en Nueva Zelanda y lo abre al azar:

«Cuando sustituimos el abandono en Sus brazos por una intención depresiva de negación, estamos confundiendo el niégate a ti mismo con destrúyete a ti mismo. La verdadera negación del yo está más relacionada con rendirse que con luchar, más con dejarse llevar que con oponerse. No-ser no es incompatible con ser, es incompatible con querer-ser con desear-ser.»

—¿Te gusta? —Dice Alberto mientras no levanta la vista del portátil.—

—Tiene buena pinta, sí.

—Pues llévatelo. —Y sigue,— oye, lo que tiene buena pinta es esto que me has mandado. Está escrito de forma muy cercana. Te mete en los problemas de la gente, en sus creencias y dudas de una manera muy...moderna, diría. Sin emitir juicios. No es común esta forma de escribir en una misionera, tan serena y a la vez descriptiva. Hay algunos párrafos que leo que son muy etnográficos. Creo que puede estar bien, hay detalles de estilo y repeticiones que hay que pulir.

—Ese es tu trabajo. Púlelo según tu criterio, pero cuida el material con cariño, no le metas demasiado la mano.

Alberto hojea el material.

—¿Lo has leído entero?

—Sí, claro. ¿Crees que lo escribió en formato digital en la selva amazónica a finales de los ochenta?

—Oye, pásame el manuscrito mejor. —Le pide el editor.—

—No, Lo siento. Yo ya le he hecho una *light editing*. He anonimizado el texto, por así decirlo, y también he corregido las incongruencias propias de escribir de corrido sin revisar. En los cuatro cuadernos no hay ni una sola tachadura. Hay manchas, el tercero tiene un desgarró en el centro, pero ni una sola tachadura.

—Eso quiere decir dos cosas: o que está copiado de un original o que nunca lo ha revisado y tiene un carácter como escritora muy especial. Me inclino por lo primero.—Dice Alberto.—

—Pues a mi me extrañaría que fuera una copia. Más bien pienso que está escrito robándole minutos al día y en un estado tal de cansancio que no tuvo tiempo ni ganas de corregirse a sí misma. Ya te digo, lo que lees ya tiene correcciones, pero hechas por mí.

—Este párrafo es precioso, mira:

«Marinha no sabe que lo que tiene es un tesoro que ya quisieran para sí muchos grandes teólogos y pensadores. Lo que esta chiquilla baniwa tiene, la certeza con la que habla de lo que nosotros llamamos Dios es la misma con la que habla de su madre. Ayer, cuando fui a curarle la herida, estaba jugando con la muñeca que le traje, una de esas que tenemos para los niños. Su madre había salido un momento, pues normalmente no se separan de sus hijos pequeños. Marinha tiene unos ocho años, con su vocecilla me dijo: 'Es una pena, esta muñeca es una cosa y no puede hablar con Nhiãperikuli'. Así es como llaman ellos a Dios, literalmente 'están dentro de los huesos'. Le dije: '¿Y tú puedes hablar con Nhiãperikuli? Marinha me dijo: 'En la aldea no todos pueden hablar con Él, pero yo sí. Para mí hablar con Nhiãperikuli es como hablarle a mis huesos.' ¿Y qué le dices? Le pregunté. 'Le pido que me cure pronto, que mi madre esté bien.' ¿Puedes pedirle algo para mí? Le dije. '¿Qué cosa? Porque hay cosas que no le gusta que le pidan.' 'Ah, ¿sí? ¿Como qué? 'No le gusta hacer daño. No le gusta ayudar en la caza ni en la pesca. No le gusta mentir ni enredar. Le gusta la alegría, el canto y la danza. Le gustan los pájaros y los árboles. ¿Qué le quieres pedir?'. Poder hablar con Él como tú, como si yo le hablara a mis huesos. Marinha se quedó callada un rato. Soltó la muñeca en su regazo. Yo pensaba que iba a entrar en una especie de recogimiento o de trance, en algo trascendente o serio, pero empezó a hablar en su lengua baniwa. Menos mal que ya llevo cuatro años aquí y medio los entiendo. No me habría perdonado perder el sentido de sus palabras. Lo que he sido capaz de guardar en mi mente desde esta mañana a ahora, intento escribirlo literalmente: 'Mira, Nhiãperikuli, esta extranjera de aquí me ayuda. Cura mis heridas que ya sabes que me caí del árbol y me hice daño. Ella quiere hablar contigo, que también estás en sus huesos. Esta extranjera parece buena. No hace daño. No miente. No viene buscando oro ni echa abajo árboles ni se lleva animales. ¿Qué dices Nhiãperikuli?' Tras un momento de silencio me dice: 'Nhiãperikuli dice que si no tienes bastante con lo que ya eres'. Me quedé asombrada, pero le respondí: No. Parece ser que no, porque siento necesidad de Él, como añoranza, ¿entiendes la palabra Marinha? Como lo que tu sientes cuando tu mamá se despide por unos días y no la ves. 'Ah: Sí, ahora lo entiendo'. Ella habla conmigo en portugués, vamos, en el portugués que se habla aquí, pero con su Nhiãperikuli lo hace en baniwa. Tradujo mis palabras con una gracia. Esto es curioso, la traducción de su traducción sonaría algo así: 'Mira, Nhiãperikuli, esta extranjera de aquí te echa de menos. No sabe por qué, está perdida y piensa que tú eres su madre que la has dejado. Ella solo quiere hablar contigo. Es tonta y piensas que te has ido. ¿Qué dices Nhiãperikuli?' Después de su respuesta y de algunos acontecimientos en el dispensario que no quiero poner por escrito decidí irme con la hermana Patricia a Venezuela.»

—Sí. es quizá la clave de todo lo escrito por ella. Y somos afortunados de haber recibido ese legado. Es una mujer extraordinaria. —Dice Ramiro.—

—Esto se va a publicar, ¡claro que sí! No me importa si tiene o no éxito, pero haré por que lo tenga.—
Contesta Alberto.—

Ramiro recibe una llamada.

—Disculpa, es mi hermana.—Se levanta y se acerca a la puerta de cristal que se abre con su presencia. Frente a la luz de la farola de la calle, sin llegar a salir al frío de diciembre, habla con ella.— Sí, claro, que voy encantado, mujer. ¡Que no, que no! ¡Pero qué enredador es este hombre, madre mía! Creo que él y yo hablamos idiomas distintos...¿Cuándo empezáis a cenar? Vale, a las nueve y media estoy allí.

—Bueno Alberto, gracias por el librito, nos vemos. —Se despide Ramiro.—

—Gracias a ti, que me has dejado dos perlas como dos castillos.

—Mi perla es del baratillo, Alberto. Vamos, me refiero a la traducción, que Ralph dice cosas interesantes. Pero los cuadernos de nuestra autora desconocida creo que son diamantes más que perlas.

—No te vayas, espera. ¿No habría que ponerle un seudónimo? Porque eso de ‘autora anónima’ queda raro. Se me ocurre ponerle un nombre portugués. ¿Qué te parece? Como le has quitado las referencias en el texto, podría pasar.

—Vale, ¿te gusta Irmã Teresa da Selva?

—Espera que lo busco en Google, no vayamos a pifiarla. Hay de todo con Irmã Teresa, claro, pero con ‘da Selva’ detrás no parece. ¿Lo consultas con nuestra autora anónima?

—Eso hago y te digo. Dame un abrazo, ¡hombre!

Ambos amigos se despiden y Ramiro se adentra en la fría tarde castellana.

Dos

—¿Sabes lo que te pasa, Ramiro? Pretender la perfección está bien, pero si fuerzas demasiado tu comportamiento y lo llevas al lugar que no te corresponde, esa intención termina por volverse en tu contra. Yo sé que no tengo tu edad ni estoy a tu altura en muchas cosas, pero desde fuera se ve bastante claro.

Catalino pasea con Ramiro bajo el tímido sol de finales de diciembre por los alrededores del monasterio. Se han encontrado allí aprovechando que uno tenía deberes eclesiásticos y el otro quería ver a sor Brígida. Días antes una llamada de sor María le advertía de que había caído enferma con un fuerte resfriado.

—Venga después de las nonas, si le parece. Ella está lúcida y quiere hablar con usted. —Le dijo la abadesa.—

—Pero es que mi cuñado me saca de quicio. La única respuesta constructiva que encuentro en mi interior es quitarme de en medio.

—Todo eso está bien. Discúlpame si me meto en lo que no me llaman...

—Sí te llaman, Catalino, te he abordado yo para hablar de esto. Dime lo que tengas que decirme.

—Pues eso, que lo que haces está bien. Lo que no está bien es que te tortures después con lo que has sentido. Si te saca de quicio, te saca de quicio y ya está. Lo que tú hagas con eso es importante pero lo que sientas en relación con él no es asunto tuyo. No sé si me explico.

—Creo que te entiendo. Me asusta la rabia que puedo sentir a veces hacia alguien.

—Te asusta porque te quedas pegado a ella. Como si formara parte de ti. Te asustas por el mismo mecanismo psicológico por el que un niño pequeño se fascina con su caca. No la reconoce como

propia, como lo que es, lo que sale de uno. Y se queda alucinado jugando y amasándola como algo 'maravilloso y fascinante' que 'he creado yo'. ¿Te resuena esto que te digo?

—Sí. Hay algo de verdad en eso. ¿Dónde coño has estudiado tú psicología?

Catalino se ríe.

—Te voy a contar una historia. Me pongo en una situación vulnerable con esto que te cuento. Pero tengo confianza en ti.

Ramiro guarda silencio.

—Cuando terminé el doctorado, todo mi mundo, incluidos mis padres estaban esperando mi ordenación. Había hecho el seminario, pedí permiso para posponer la ordenación hasta acabar la carrera, luego el doctorado...Pero hubo algo que se me cruzó. Me enamoré de un compañero de facultad. Y claro, con eso a cuestas, no me podía permitir tirar para delante con mis planes. Hablé con mi superior en Roma, un anciano afable y comprensivo que me aconsejó tomarme unos meses, viajar, en fin, alejarme un poco de todo. El buen hombre no me habló de oración ni de deberes religiosos. Me dijo que buscara mi camino, que fuera sincero conmigo mismo. Y le hice caso: dejé la relación, dejé la universidad, les expliqué como pude a mis padres, intentando no hacer daño, la necesidad de un poco de distancia y viajé sin rumbo. Esto fue hace seis años.

—¿Sin rumbo?

—Bueno, no es del todo cierto. Hay un grupo de personas, jóvenes cristianos en su mayoría, pero variopinto en general, que le gusta hacer andando el recorrido desde Roma a Asís, en Perugia. Son varios días con paradas en sitios que están bien y son baratos. Si estás muy en forma tardas cuatro días, si te lo tomas con calma...lo que quieras alargarlo. Yo tardé una semana. Era septiembre y no fue duro, la verdad. En Asís sí que te encuentras todo tipo de gente. Aquello es una especie de supermercado espiritual, en el buen sentido. Estuve diez días. Hice amistad con unos polacos. Una gente encantadora que quería seguir andando hasta un pueblito al que, si no fuera por ellos, no hubiera ido en mi vida: Arcidosso, en Grosseto. Iban a encontrarse con un lama tibetano, Namkhai Norbu. Un hombre especial. Me sonaba, la verdad, pero nunca me había tomado la molestia de saber nada de él. Puedes buscarlo en internet. Hay mucha información sobre él y su comunidad. Por desgracia falleció hace muy poco, en septiembre de este año.

—Cuando lo conocí ya estaba enfermo pero aún era radiante e increíble su presencia.

—¿Llegaste a conocerlo?

—Sí. Casi podría decir que soy cura gracias a él. Estuve en Arcidosso varios meses. Por no ofender a nadie de mi entorno, ya sabes, cristianos viejos, he comentado este periplo con muy pocas personas. ¡No sabes lo que me ayudan las enseñanzas que recibí de él! Él hablaba un perfecto italiano. Fue profesor de la universidad de Nápoles, discípulo —desde el punto de vista de la academia occidental— de Guiseppe Tucci el orientalista. Dio clases de tibetano, mongol y culturas orientales desde los sesenta hasta finales del siglo pasado. Era reconocido no solo por los tibetanos, sino por los eruditos occidentales. En una de las —pocas— ocasiones que tuve de entrevistarme personalmente con él me dijo:

—El problema no es el deseo. El problema no es la atracción sea del tipo que sea. El meollo de la cuestión está en lo que haces con eso. Soy un hombre casado, he tenido hijos. El deseo forma parte de la vida de los hombres. Ver el deseo como negativo nos posiciona en un mundo dual. Ver el deseo como positivo también nos posiciona en un mundo dual. La verdadera naturaleza del deseo es vacía, carece de esencia, depende de causas y condiciones, no está sujeta a nada fijo y concreto, es pura energía, es luminosidad-claridad. ¿Qué quieres hacer con eso? ¡Piénsalo!

Y Catalino añadió:

—No son sus palabras exactas, es lo que recuerdo mezclado con lo que he leído.

—¡Pues ya te puedes considerar afortunado! ¿Y qué hiciste después?—Pregunta Ramiro.—

—Ya te digo, estuve allí unos meses. Encontré acomodo cerca de su residencia. Arcidosso es un pueblo pequeño. No llega a cinco mil habitantes. Hubo un momento en que vi la necesidad de tomar una decisión pero no fui yo el que la tomó, la decisión vino sola. Yo daba vueltas alrededor de la residencia de Namkhai. Literalmente. Algunos de sus discípulos me habían dicho que es una costumbre tibetana y me pareció que podía dar mis paseos siguiendo esa costumbre. Allí, en el pueblo muy cercano a la casa resultaba raro pero yo lo hacía andando por los alrededores, desde lejos, dejando la casa siempre a mi derecha como es la tradición. Su casa además no estaba en el mismísimo centro, por lo que no se notaban demasiado mis circunvalaciones. En una de esas tardes me lo topé de frente. Él siempre iba acompañado por algún discípulo o familiar. Pero ese día no. Iba solo. Normalmente vestía a la occidental, sin hábitos. Al fin y al cabo él no era monje. Llevaba un chaquetón de color burdeos y se apoyaba en sus muletas con cuidado. Lo saludé extrañado de verlo solo. Cuando le pregunté si quería que le acompañara. Me contestó señalando con una de las muletas: —Vamos a sentarnos ahí.— Y señaló un grupo de grandes piedras en el margen del camino que me habían pasado desapercibidas.

Yo quise aprovechar el encuentro para entablar un diálogo, pero él, sonriente, me dijo:

—Calla. No digas nada.

El anciano que momentos antes necesitaba de muletas para andar con dificultad, en cuanto se sentó adquirió un porte majestuoso.

—¡Sígueme! —Me dijo levantando la mirada al cielo.—

No sabía que hacer y me limité a imitarlo. Lo que ocurrió no es para ser contado. Lo que puedo decirte es que surgió la certeza en mi mente con una claridad absoluta. Bastante tiempo después, me dijo: —Ayúdame a llegar a casa. No cuentes nada de lo que has vivido. Haz lo que tengas que hacer. Mientras menos elabores tu experiencia, mejor.

—Namkhai, he decidido hacerme sacerdote. ¡Qué extraño, ¿no?! Usted que es budista me ha ayudado a tomar esa decisión.

—Parole, parole, parole...

—Fue su única respuesta.

Ramiro le pregunta:

—¿Y lo de abandonar la carrera académica y venirte a este páramo perdido? ¿También lo decidiste allí?

—El destino concreto, no. Dejar la universidad y la ‘carrera’ como tú dices, sí. Unos días después de aquello pedí poder despedirme de él. Era una persona muy sencilla, siempre disponible, rodeado de buena gente que lo protegía en lo posible. Me recibió en su cocina. Una cocina de una casa normal de pueblo, sin nada especial. Le conté que me marchaba a España y que quería despedirme y darle las gracias y pedirle algún otro consejo sobre cómo arreglar mi situación respecto a la universidad y demás.

—Aléjate de todo lo que traiga éxito o beneficio. Aléjate de los poderosos y de las grandes ciudades. Aléjate de lo que traiga riquezas o reconocimiento. Todo lo demás vendrá solo. No llames a la puerta de los grandes. Quédate con la gente corriente. Y recuerda que el irse y el venir son solo palabras.

—Me contestó.—

—¿Entonces la psicología te la enseñó Namkhai Norbu?

—No. Él ha escrito mucho y he leído bastante de lo que escribió. También de otros autores como él, algunos tibetanos y otros occidentales. A veces me escapo y hago algún curso, evitando que se sepa,

claro. No quiero problemas con mis superiores. Y luego está lo que uno va viendo como sacerdote. Ser sacerdote en una comarca como esta, imagino que en cualquier sitio, si tienes los ojos bien abiertos, es un observatorio privilegiado de lo mejor y lo peor de los seres humanos. Si estás atento se aprende mucho. Si buscas tu beneficio, estás perdido, claro. Pero si lo que quieres es estar disponible...Ahí tienes todo el tiempo y las posibilidades. —Dice Catalino.—

—¿Vamos a ver a sor Brígida?

—Sí. Vamos.

En esas fiestas las hospedería siempre tiene visitantes. Han dejado a sor Brígida en su silla de ruedas en el despacho de la abadesa. Aquí están ustedes más tranquilos, les dice sor María mientras sale en dirección a la antigua sacristía. Ramiro la sigue y antes de que vuelva a clausura le pregunta:

—¿Sigue estando bien?

—Ahora algo más postrada por el resfriado. No ha tenido fiebre pero sí está la pobre muy congestionada y con esa edad lo pasa mal. Pero nada de gritos, nada de espantos. Eso, Dios me oiga, se acabó.

—Le responde en voz baja.—

Al volver Catalino está hablando con la anciana que tose y con dificultad se lleva el pañuelo a la boca:

—Verá como se le pasa. Tiene usted a sor María que la cuida.

Con una voz muy cogida, casi inaudible contesta:

—Aquí las hermanas son muy buenas conmigo. Eso es verdad.

—Buenas tardes, hermana, ya veo que está pachuchica, ¿no?

—Ya me ve, hijo. ¿Cómo es que está usted por aquí? Al padre Catalino lo tengo muy presente siempre y viene a verme a menudo, pero ¿ha venido usted desde tan lejos para ver a esta vieja monja cascarrias?

Sor Brígida aprovecha estas visitas para hablar con otras personas lo que no se permite desde la confesión.

—He venido desde la capital, sí, para verla a usted y a mi amigo Catalino.

—¿Llegó usted a encontrar el aparato de los microfilms? Aquel que le comenté cuando me leyó mi obrita.

—La verdad es que no, hermana. No he querido molestar más en la abadía, como a usted le gusta llamar.

—Una de las obras que microfilmaron para mí en aquella época me gustaría releerla, pero claro, ni la obra ni mi vista están a mi alcance ahora, ya ve.

—¿De qué libro se trata? Si recuerda el título o el autor, quizá podría traérsela en papel.

—Me permití el gusto de pedirla por si, casualmente, se consiguiera. Hice una lista larga y me trajeron más o menos la mitad. La única que pedí ajena a la Historia de España era una edición antigua de las obras completas de Gregorio de Elvira que estaba en latín. ¿Lo habrá traducido alguien al castellano?

—¿Se refiere al obispo de Granada del siglo IV? — Pregunta extrañado el sacerdote.—

—¡Sí, ese! —La sonrisa de sor Brígida al ser comprendida le ilumina la cara.—

—Eso está hecho, hermana. Yo le busco...espere un momento que lo miro...

—¿Dónde lo va a mirar Ramiro?

Ramiro saca el móvil.

—No hay cobertura, voy a la cancela y vuelvo en un momento.

La hermana, que no entiende nada, pregunta:

—¿A dónde ha ido, padre? ¿Es que he dicho algo malo?

—No, hermana, ahora volverá, es que ha ido a llamar por teléfono.

Unos minutos después vuelve Ramiro jadeando.

—Hay una edición en castellano de finales de los noventa. Sor Brígida, se la voy a buscar y se la traigo el próximo día. Son varios tomos, ¿quiere usted algo en especial?

—Quizá sea un poco atrevida mi petición, había un comentario del Cantar de los Cantares...

—Nada de atrevida, hermana. Es el tomo tercero. La semana que viene lo traigo y empezamos a leerlo.

—Yo estaré encantado de leerlo junto con Ramiro, por supuesto, hermana. —Confirma Catalino.—

—¿Y mientras tanto tengo que seguir callada? —Sor Brígida hace lo posible por ablandar al sacerdote.—

—Vamos a ver, hermana. ¿Está usted mejor ahora que solo abre la boca para rezar?

—Sí, es verdad.

—¿Piensa que las hermanas están más contentas con usted?

—¡Uf! Mucho más, dónde va a parar.

—¿Y su mente está más o menos agitada?

—Menos, tiene usted razón.

—Cuando tiene ganas de gritar o hablar, ¿de quién se acuerda?

—De la novicia Carmen que estará en el cielo, dice usted. Porque yo digo que tampoco es que fuera una santa, que víctima si fue, de la lujuria y el error de los hombres que son unos aprovechados y de mirar para otro lado de una servidora y las demás. Pero de ahí a que esté en el cielo, padre, la verdad, no sé. Que usted me lo dijo y no le dije nada en ese momento porque estaba a punto de darme la absolución pero, hombre, digo yo que algo habría pecado, ¿no?

Catalino, que teme volver a levantar sus pensamientos obsesivos, le explica:

—Bueno hermana, sus pecados están perdonados así que no hay que darle más vueltas. Lo que le digo es que usted está mejor a ojos vista. Las hermanas y la madre abadesa no paran de decírmelo y de alegrarse de su recuperación. Vamos a dejarlo ahí. Si tiene ganas de gritar o hablar, piense en el tiempo que queda para que volvamos. Recuerde la oración de San Francisco o rece una letanía. Mantenga su mente felizmente ocupada. ¿Vale?

—Eso haré padre. Vamos, para resumir, que de hablar, nada.

—Eso es, hermana, de hablar, nada.

Sor María y sor Claudina entran en el despacho. Sor Brígida agacha la cabeza fingiendo estar compungida.

—¿Pero bueno, hermana? ¿Y ese ceño fruncido?

Sor Brígida recita en voz alta con la nariz constipada y algo de genio:

*Alabado seas, mi Señor, por hermana Luna y las Estrellas:
en el cielo las has formado claras, preciosas y bellas.*

*Alabado seas, mi Señor por hermano Viento,
y por Aire y Nublo y Sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.*

*Alabado seas, mi Señor, por hermana Agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta...*

—Alabado sea, hermana. —La acompañan ambas monjas mientras empujan el carrito y se despiden con la mirada de los visitantes.—

Tres

—La publicación del libro de Ralph es el mayor éxito comercial de Nunc Dimittis. Vender doscientos ejemplares en quince días de este tipo de libros es un éxito rotundo, aunque en otros ámbitos sea una cantidad ridícula.

El que habla es Alberto. Ramiro y él están siendo entrevistados para una revista digital de muy reciente aparición de temas relacionados con la mística.

—¿Y qué opina el traductor de la acogida de la publicación?

—Creo que Alberto hace bien su trabajo. Es el papel del editor hacer llegar la obra a quienes pueden valorarla de verdad y eso él sabe hacerlo muy bien. El inglés de la obra no es excesivamente difícil y la mitad del estudio previo está extraída de datos que el propio autor me ha proporcionado. Conozco al autor desde que él era aún el Rev. Ralph Szbuchinsky. Estudié con él, es mi mentor y amigo. Quizá eso no me permita ser demasiado crítico con su obra que, incluso a mí me ha sorprendido.

—¿Qué le ha sorprendido?

—Ralph hace un giro radical en todo lo que ha escrito hasta ahora con este libro. Abandona el terreno de la disquisición filosófica, abandona el terreno de la academia y habla con una voz distinta, más personal desde la experiencia de la meditación.

—¿Por qué piensa que no revela sus fuentes? Técnicas y métodos de meditación hay muchos. Los lenguajes y cosmovisiones que dan lugar a estas técnicas también pero Ralph en su libro no dedica ni unas pocas palabras a ello. Usted en su estudio crítico cita a algunos autores de fuera de la tradición cristiana que han podido influirle, pero no lo da por cierto. ¿A qué se debe ese silencio de las fuentes?

—Ya le digo. La forma de expresarse de Ralph en este libro no es académica. En otro caso eso no destacaría, pero justamente conociendo como conozco al autor y habiendo hablado con él, si él mismo no quiere hacerlo, ¿quién soy yo para tomar esa decisión?

—Si no le importa, ya he pedido permiso al editor... —La jovencísima entrevistadora se ríe.— Voy a leerle un pasaje del libro que comenta un párrafo del primer capítulo que, recordamos es del evangelio de San Marcos. Así podré pasar a la siguiente pregunta.

Leer este pasaje y reconocer y recordar el camino del bodhisattva es todo uno. Quizá el texto más destacado que presenta el camino del bodhisattva es el Bodhisattvacharyaavatara de Shantideva. La literatura budista es extensísima en lo que se refiere a la figura del bodhisattva, sus niveles y «tierras».

Hay una frase en boca de Jesús que termina diciendo: «...para esto he venido». Creemos que ahí hay una diferencia esencial entre el Bodhisattva y un ser humano ordinario, incluso si ese ser ordinario aspira a serlo algún día.

En la literatura budista encontramos claramente esa diferencia: el bodhisattva que aspira y el bodhisattva que se involucra. Los bhumis, que podemos traducir por «tierras» o «niveles» nos señalan distintas capacidades de estos seres excepcionales que posponen continuamente su liberación personal, anteponiendo la de los demás. El bodhisattva que aspira aún no tiene la capacidad de beneficiar de forma efectiva, ni siquiera (siguiendo la terminología clásica) ha alcanzado el primer bhumi. El bodhisattva que se involucra no es un ser humano corriente que se dedica a hacer el bien. Esa es una forma demasiado estrecha de ver la figura del bodhisattva. El Bodhisattva que se involucra ya tiene las capacidades, al menos, del primer bhumi y, por lo tanto, sabe para qué ha venido al mundo.

Para nosotros, occidentales impregnados de la filosofía de la sospecha, la descripción pormenorizada de las capacidades y poderes milagrosos de los diferentes niveles del bodhisattva nos puede resultar extraña o incluso infantil. Si alguien lee esas descripciones desde una mirada racionalista estricta posiblemente tenga razón. Nuestro mundo de experiencias humanas es muy plano respecto a este tipo de fenomenología.

Vivimos en un contexto tan mediado por la mirada utilitarista y economicista, tan ajeno a la virtud trascendente que difícilmente podemos comprender de qué se habla, de forma parecida a como un habitante de la selva tropical difícilmente puede comprender las distintas sutilezas y formas del hielo y la nieve.

Cuando Jesús dice: «...para esto he venido» está señalando que conoce su misión y que, como dirá en Juan

18:36, «mi reino no es de este mundo». Un budista mahayana entenderá reino como sinónimo de *bhumi*, tierra, traduciendo bien a su propio contexto y lenguaje lo que quiere decir.

—¿No le parece atrevido el comentario budista por parte de un ex reverendo presbiteriano que es docente en una Universidad protestante de Teología? —Pregunta la joven.—

—Esa es una pregunta del siglo XX para gentes del siglo XX. Si quieres que te conteste pensando en ese público, pues sí. Más que atrevido diría que es inusual. Pero en el siglo XXI rara es la ciudad de occidente que no tiene un dojo zen o un grupo de practicantes del budismo tibetano o seguidores de Sokka Gakai o de Goenka o cien mil cosas más. En cualquier librería puedes encontrar libros de Thích Nhāt Hanh, de el Dalai Lama, de clásicos como Shantideva y de sutras y palabras del Buda. En internet tienes miles de textos de todas las tradiciones que se te ocurran. Eso es lo que le pasa hoy a una buscadora o buscador espiritual. Hoy, en 2019. ¿Tiene ahora sentido tu pregunta?

—Lo que quiere decir entonces es que vamos hacia un sincretismo.

—Muy mal me he tenido que explicar para que lo entiendas así. Quizá es una pregunta que deba contestar el propio autor, pero no está aquí. Lo que he querido es que la búsqueda en nuestros días es mucho más fácil respecto al acceso a las fuentes y mucho más difícil respecto a la cantidad de información y posibilidades disponibles. Lo que hace Ralph es poner en diálogo dos de esas grandes tradiciones y no las pone en diálogo doctrinal (que sería una tarea del siglo XX). Tampoco quiere establecer la verdad de una y la falsedad de la otra (que sería una tarea de los siglos XIX y anteriores). Las pone en diálogo de forma vivencial, experiencial, a través de la experiencia meditativa.

—Una pregunta para el editor: ¿qué novedades están a punto de salir?

—Estamos trabajando en la publicación de un libro también de carácter personal. Por ahora solo puedo decir que la autoría permanecerá anónima por deseo propio. Son algo así como unas memorias de misión. No puede decir más por ahora, pero estará listo antes de que acabe el curso académico.

—Bueno, ya está. —Dice la periodista guardando el móvil que le hace el papel de grabadora.— Creo que tengo suficiente material. Es tarde, ¿no? ¿Queréis tomar algo y hablar «*off the record*»?

Alberto y Ramiro se miran. No se esperaban esa salida de la periodista.

—No sabía que fuera necesario... no hay nada que ocultar... No te entiendo. —Dice Ramiro.—

—Es una forma de hablar, Ramiro. No seas tan literal. —Le responde Alberto.—

—Perdona, tienes razón, es deformación profesional. Quería decir que podemos hablar de forma distendida, sin la presión de la grabación. ¿Ha sonado mal? —Comenta la periodista.—

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para la revista? —Pregunta Ramiro.—

—Unos meses, desde que se creó. En realidad somos tres personas. Estamos empezando, ¿hace una cerveza? Conozco un sitio cerca de aquí.

Alberto mira a Ramiro y dice:

—Por mí bien. Tengo luego que hacer cosas, pero un rato de charla me viene bien.

—Vale, voy, pero tienes que prometerme que la entrevistada ahora vas a ser tú. —Responde Ramiro.—

—¿Yo? ¿Y qué tengo yo que decir que te interese? — La periodista se extraña, aunque se siente halagada.—

Mientras caminan en dirección al bar, Alberto pregunta:

—Discúlpame pero soy muy malo para recordar nombres, ¿cómo dijiste que te llamabas?

—Remei, Remei Balcells.

—¿Catalana? — Pregunta Ramiro.

— Mallorquina de padre y andaluza de madre.

—Buena mezcla, ¿y cómo es que trabajas en ese tipo de revista?

Llegan al bar, unos de esos con pretensiones que llaman bistro y toman asiento en una mesa tranquila. Tras acomodarse, Remei responde:

—La revista la montaron tres amigos. Uno de ellos, un tanto ‘especialito’, era mi pareja en ese momento. A mí este tema me importaba poco, vamos, nada, en realidad. Él, que había hecho no sé qué cursos y que venía de familia muy religiosa, tenía ganas de recopilar testimonios y artículos sobre estos temas. Nos conocimos en el FIB, ya ves qué cosas.

—Mi ignorancia es tremenda, ¿qué es el FIB? —Dice Ramiro.—

—El Festival Internacional de Benicàssim, ¿te suena? —Le apunta Alberto.—

—Ya, ya ahora sí. Un festival de música moderna.

Alberto y Remei se ríen.

—¿De qué os reís?

—‘Moderna’ no es el adjetivo más normal para referirse al FIB. —Dice Remei.—

—Ok. ¿Cool, indie, on, pop, electronic? ¿Os gusta más? —Dice Ramiro un tanto incómodo.—

—Por ahí van los tiros. Nos conocimos allí... Pastis, rollos, baile... en fin, lo normal. No me esperaba yo la movida que se iba a organizar después... Santi es un tío muy ‘especialito’, ya te digo.

—Pero por lo que dices lo ha dejado. —Afirma Ramiro.—

—Sí, lo hemos dejado.

—No, no quise decir eso, me refería a que ha dejado la revista.

—Sí, sí, claro, ¡qué tonta! Duró seis meses en la revista. Él no está hecho para el día a día, ¿sabes? Sus colegas de aventura, que están poniendo trabajo y dinero, son otra cosa. Gente disciplinada, currante... ¡Joder! Estoy aprendiendo mucho con ellos, ¿sabes? Este tipo de revista transcultural y transreligiosa es común en el mundo anglosajón. Pero en castellano prácticamente no hay. Mis jefes/colegas querían una periodista que tuviera una mirada femenina que a ellos les falta. Cuando Santi me propuso andaban un tanto escasos de pasta y me aceptaron más porque trabajaba gratis que por otra cosa, pero ahora: ¡tachaaan! ¡Han empezado a pagarme! Una birra, ¿eh? Pero algo es algo.

—¿Dónde está Santi ahora? —Pregunta Alberto.—

—En algún lugar de Nepal. O a lo mejor no. No sé. Es una historia triste.

—¿Triste? —Pregunta Ramiro.—

—Bueno, sí, para mí la forma en que se despidió, o mejor dicho, en que NO se despidió, es triste. Una mañana noté que se había levantado temprano. Toqué en su lado de la cama y no estaba. Grité: ¡Santi, cariño, ¿haces café?! Después de un rato encontré una nota suya que decía: ‘no te merezco, haz tu vida’. ¿Tú crees que esa es forma de marcharse? No he vuelto a saber nada. Un amigo suyo me dijo que anda por Nepal.

—Pues sí que es triste, yo diría que cruel e innecesaria. —Dice Ramiro.—

Alberto se disculpa:

—Perdonadme pero he quedado y no puedo retrasarlo. Encantado, ¿eh? —Y dirigiéndose a Ramiro, continúa: — Nos vemos, ¿vale?

—¿Cómo no? Seguimos en contacto. —Ramiro permanece sentado mientras Remei y Alberto se despiden.—

—¿Pedimos otra? —Pregunta Remei.—

—Pues ya puestos podemos cenar, ¿no?

—Espera, —Dice Remei mientras consulta el móvil.— es que quedé con una amiga que me iba a acoger en casa y no me responde. Si no doy con ella tengo que buscar un sitio pero ya.

—¿Es que no vives aquí?

—¡Que va! Vivo en Madrid. He venido a haceros la entrevista y mañana me voy.

—Puedes quedarte en casa, si quieres.

—¿De verdad? ¡Joder, qué suerte! —Dice la joven.—

La juventud y despreocupación de Remei es una sorpresa inesperada para Ramiro.

—Me dijeron en la revista que das clases de inglés.

—Eso es. Por poco tiempo.

—¿Te retiras?

—Este es mi último curso.

—¡Qué bien! ¿No?

—Bueno, es lo que toca. Empezaremos a hacer otras cosas. Unos empezáis y otros acabamos para volver a empezar. Llevo toda mi vida laboral en la universidad, espero ser capaz de hacer otras cosas.

—No me imagino yo dedicada a este tipo de trabajo toda mi vida. Me gusta, pero todo es tan...precario, provisional...

—Vuestros años de juventud son muy distintos a los nuestros. ¿Qué te gustaría hacer?

—La verdad es que no tengo nada claro. Por ahora las veo venir, me adapto a lo que me va saliendo. La revista me da la opción de aprender, de ver la vida con otra mirada, de visitar lugares, de conocer gente bastante interesante, de hacerme un huequito. No soy de esas personas que tienen una idea clara de lo que quieren hacer. Me adapto y voy tirando.

—Pero vivir en Madrid debe ser caro para lo poco que dices que te pagan.

—Si no fuera por mi familia desde luego.

—¿Vives aún con ellos? Si me ves muy preguntón, me paras, ¿eh?—Se frena Ramiro.—

Remei sonríe mientras come.

—Ummm, no, ¡qué va! No eres preguntón. Mi padre falleció hace poco más de un año...

—¡Vaya! Lo siento. ¿Sería joven, no?

—Más o menos de tu edad. Se lo llevó un cáncer. Mi madre se quedó con mi hermano pequeño en Mallorca y aunque no somos ricos, estamos desahogados. El viejo lo dejó todo bastante arreglado, el pobre.

—Lo que no entiendo, Remei, es que trabajes en un proyecto tan especial sin tener, como dices, nada claro. Porque tú como periodista puedes tratar las noticias de muchos temas sin involucrarte personalmente pero de estos temas...

—¿Sabes? Quizás por eso les gusta. Yo me tomo el tema de la espiritualidad como si hablara de arte o arquitectura, ¿no? Te sonará demasiado *cool* pero es así. ¿Qué es mejor una mezquita o una catedral? ¿Qué es mejor un *blues* o una canción renacentista? ¿En qué me involucro más personalmente? Tengo mis gustos, eso no te lo voy a negar, pero son eso, gustos. Las certezas en el arte no existen, al menos desde mi punto de vista.

—Muy posmoderno.

—Pues claro, Ramiro, que tengo veinticinco años, ¿cómo quieres que no sea posmoderno?

—¿Y no te duele ir por la vida sin certezas?

—Sí y no. Tengo certezas, ¿te las cuento?

—Claro, mujer.

—Creo en la muerte, creo que nadie sabe de verdad lo que pasa después. No creo que no pase nada pero tampoco que pase algo en concreto. Creo en la capacidad de la mayoría de los seres humanos en construirse a sí mismos hasta cierto punto. Creo en el placer y el dolor porque los he experimentado.

Creo en la bondad y por desgracia he visto la maldad. La mayor y más peligrosa fuente de maldad suele venir del poder y del deseo de dominio. En eso creo.

—¡Bueno! Una buena lista. Ya quisiera yo haber tenido tu lucidez con esa edad.

A la mañana siguiente, cuando Ramiro se levanta, encuentra una nota en la cocina con un número de móvil, debajo puede leerse:

—Muchas gracias por tu acogida. Si vienes a Madrid y no me llamas para charlar un rato, me enfadaré, Remei

La verdad es lo que ayuda

Uno

Ramiro está en su despacho con una montaña de exámenes por corregir. La primavera está en su esplendor. Ha comunicado a los colegas del departamento su decisión de retirarse antes del próximo curso y está terminando los últimos deberes académicos, aunque sabe que los meses de trabajo pendientes van a ser intensos. Agustín llama a la puerta y entra.

—Tengo que contarte algo, *man*. ¿Tienes tiempo?

—¿Me ves cara de tener tiempo? —Al ver el rostro de Agustín, continúa:— Pasa, tío, pasa. Para ti siempre hay tiempo.

—No. No quiero interrumpirte mucho. Es algo largo de contar.

—Agu, te veo serio. Me preocupas. ¿Ha pasado algo?

—¿Qué haces el finde?

—Pensaba ir al monasterio. Vamos, no a la hospedería, que ya no me quedo allí, sino al pueblo. ¿Te vienes? Me vendría de perlas, la verdad.

—¡Coño, tío! Me quieres como taxista con derecho a charla.

—*Never mind the bollocks!* Si te vienes salimos esta tarde, hago una llamada y vamos a la casa rural que ya conoces. Si no me alquilo un coche y me voy mañana, por eso lo digo.

—Por cierto, ¿a qué viene eso de los *Sex's pistols*?

—A que soy más viejo que un nudo. Tú en el 77 ni habías nacido y yo estaba en una España que se desperezaba del sueño gris del franquismo.

—Vale, abuelo. Que sí, que salimos esta tarde. ¿A las seis va bien?

—A las seis estoy en tu casa. ¡Anda, vete, a ver si acabo con esto! —Dice señalando el montón de exámenes—.

Cuando enfilan la carretera hacia el este y ya han dejado atrás los polígonos industriales y esa zona rururbana que rodea a casi todas las ciudades, Ramiro pregunta:

—¿Qué es eso que querías contarme?

—Sí. —Dice Agustín mirándolo mientras conduce.—

Ramiro le interrumpe:

—¡Eh! Si no eres capaz de hablarme y mirar a la carretera lo dejamos, tío. Te pongo música y a volar. Tenemos el fin de semana para charlar.

—No, no. Tranquilo. Yo miro para delante. Te cuento: sabes que Lara termina su estancia a finales de curso, ¿no?

—No sabía cuándo exactamente, pero sí, claro. ¿Seguís viéndoos?

—Daba por hecho que lo sabías.

—No soy nada cotilla con esas cosas.

—Resulta que el lunes, después de un fin de semana espléndido, me dijo que tenía que irse unos días a Durham. Esa es una de las razones por las que estoy aquí contigo y no con ella. Y me preguntó que qué me parecía si ahorra algo de dinero viniéndose a casa los meses que quedan de curso.

—¡Uau! *Quite a British lady!*

—La verdad es que no le faltaba razón. Se gasta una pasta en ese *apartment* y últimamente lo usa poco. Pero, claro, yo me quedé como tú te has quedado ahora. Aunque hay un matiz que no te he contado bien. No dijo «*ahorro* algo de dinero» sino «*ahorramos* algo de dinero». Entonces fue más sorprendente: «¿*ahorramos?*», le dije. «Quiero que te vengas a vivir conmigo a Durham. No me contestes, *baby*, piénsatelo.»

—Te llegó la hora, *man*. Es lógico, ¿no? Algún día tendría que pasar. Lara es brillante y alegre. Te pega.

—Me da pavor el paso. Pero hay más.

—¿Más?

—Sí. Me dijo que no quería dilatar el asunto. Que ella está enamorada pero no colgada. Que vuelve el martes y quiere una respuesta. «Si el apartamento está vacío cuando vuelva, me quedo en tu casa, cancelo el alquiler y cuando acabe el curso nos vamos a Durham. Si no es así, ¿me puedes hacer el favor de recoger todo lo que tengo en tu casa y llevarlo al apartamento?»

—Un poco fría, ¿no?

—*British*.

—Y aún hay más.

—¡Coño, Agu! Esto parece una serie... Cuenta.

—Al marcharse ella fui a su apartamento para regar las plantas y darle un repaso. Además me había dejado allí un par de cosas mías. Tengo que confesar que olisqueé en sus cosas algo más de lo correcto. Había cartas, fotos personales que tenía entre sus libros y cuadernos, cosas de chicas y demás. Ya estaba casi decidido a irme a Durham con ella.

—¿Estabas? ¿Ya no lo estás?

—Pues eso es lo que me corroe. Encontré una carta de una amiga suya. Ya me había hablado de ella. Su amiga Penny.

—¿Una carta? ¿Todavía se mandan cartas la gente joven? Vamos, que Lara no es una niña, pero...¿le viste la fecha?

—Sí. Es de enero y el sobre estaba dirigido a la dirección de aquí. Eso es lo que me perturba porque es una carta de amor en toda regla, y claro, una cosa es irse a Durham *for holidays* y otra es ir *to marrying* y encontrarte con este pastel.

—Te entiendo. Es chocante, desde luego. Tienes que aclararlo antes de dar el paso. Tú has leído la carta de Penny, ¿hay algo ahí que te haga pensar que Lara está nadando y guardando la ropa?

—No. Pero...ya no estoy seguro de nada.

—Tendrás que aclararlo. ¿Qué te jode más, que sea con una chica o que no te lo haya comentado?

—¡Lo segundo, joder! ¡Mira que eres *silly, lad!*

—Lo que me digo es, ¿qué necesidad tenía de ocultarlo si no era nada?

—Agu, tú eres español. Los *british* son más reservados, más fríos, *you know*. Y en el caso que te decidas, ¿qué piensas hacer para trabajar?

—Eso sí lo hemos hablado. Hay posibilidades de conseguir una estancia por un curso como otros colegas han hecho y luego ya vería.

—¡Ah! No sabía que tuviéramos relaciones con esa universidad.

Al día siguiente Ramiro queda con Catalino en el monasterio, sor Brígida, algo más repuesta del resfriado sigue escuchando la lectura de Gregorio de Elvira de la boca del profesor:

«...

5. En mi aposento, esto es, en mi corazón, por las noches, esto es, en la doctrina de una sabiduría mundana, busqué al amado de mi alma, lo busqué y no lo hallé. Como no lo hubiese hallado allí, ni hubiese sido escuchada, al invocarlo, se propuso entonces otra clase de búsqueda: buscarlo en otras Escrituras.

6. Me levantaré, dice, y recorreré la ciudad por el foro y por las plazas, y buscaré al amado de mi alma.

¿Qué significa me levantaré? Como ya hemos dicho antes, yacía aún, entre los gentiles, pegada a la tierra, es decir, saboreaba cosas terrenas y pensaba cosas terrenas en el aposento de su corazón. Pero, como no puedo encontrar allí al Dios verdadero, dice: Recorreré toda la ciudad por el foro y por las plazas.»

—Sor Brígida, ¿está bien? —Pregunta Catalino cuando la ve algo ausente.—

—Sí, padre, es que...

Hay un largo silencio sostenido por la atención de ambos hombres.

—Es que... Toda mi vida... —Balbucea la anciana,— Toda mi vida he buscado desde mi intención, como si fuera yo la que hace el esfuerzo de buscar. Toda mi vida, en los libros, en el rigor de mi comportamiento en la abadía, en la búsqueda de no sé qué perfección externa. Pero no he dejado que sea Él quien me encuentre. No he estado disponible para Él. —Sor Brígida mira a los ojos al sacerdote.— ¿Sabe, padre? Creo que por hoy lo vamos a dejar. No saben ustedes lo agradecida que estoy. ¡Son una bendición!

Catalino, respetando la intensidad del momento que experimenta la anciana, sin añadir palabra, le dice:

—La llevo a clausura.

Unas horas más tarde Ramiro invita al sacerdote:

—¿Te vienes a cenar con nosotros?

—¿Nosotros?

—Sí, Agustín ha venido conmigo. Va a venir a recogerme, hay una aldeita a veinte minutos de aquí con un restaurante recién abierto.

—No sé yo si...es que no quiero llegar tarde a la hospedería. Tu sabes.

—Nuestra casita rural tiene habitaciones de sobra. Mañana estoy contigo aquí en Laudes. ¡Anímate!

—Vale, recojo cuatro cosas y se lo digo a sor Claudina para que no se extrañe.

En la cena, el tema de Lara, inevitablemente, vuelve a salir. Ramiro lo ha evitado porque no sabe bien si Agustín está dispuesto a compartirlo con el sacerdote, pero cierta camaradería se ha creado entre los tres y ha sido él mismo el que lo ha sacado.

Catalino escucha atentamente.

—Lo que me gusta de ella, aparte de los encantos femeninos, es su buena disposición a aprender y cambiar. Tiene una mente flexible y ágil. Siempre curiosa, siempre interesada en todo. Pensaba que es una persona muy positiva y, claro, este asunto de la carta me ha mostrado un aspecto que no conocía de ella.

—Todos tenemos luces y sombras, ¿no? —Señala Catalino.—

—Sí, claro.

—¿Cómo os fue a Alberto y a ti en la presentación del libro? —Agustín intenta derivar la conversación a otros terrenos.

—Fue muy bien. Alberto estaba pletórico. Aunque ni Ralph ni otras personas pudieron venir finalmente de Nueva Zelanda, la presentación fue un éxito para lo que son estas cosas, claro. Incluso vino una chica de una revista digital a hacernos una entrevista.

—¿Le diste un ejemplar a sor María? —Pregunta Catalino.—

—¡Hombre, por supuesto! Alberto se empeñó además en enviar un ejemplar al obispado. En principio me pareció atrevido, pero después me dije: ¿por qué no? Y decidí incluso dedicárselo personalmente.

—¿Ah, sí? ¿Qué le pusiste?

—‘De un torpe traductor a su Excelencia con mis mejores deseos.’ «La verdad es lo que ayuda».

—¿De quién es esa frase? —Pregunta Agustín.—

—Bueno, se le atribuye a Sakyamuni Buda, pero no sé decirte en qué sutra aparece.

—¿Qué quiere decir, y por qué a él? —Dice el sacerdote.—

—Bueno, tampoco es que me lo pensara demasiado, ¿eh? La frase señala que la verdad no es algo a ser defendido como una bandera, sino que es lo que ayuda en una situación. Buda no defendía la verdad desde el punto de vista filosófico estricto, al modo de Aristóteles. Buda no era un intelectual ni un matemático, para Buda si una interpretación o descripción no ayuda a nadie ¿es eso la verdad?

—¿Hay algo que me pierda? No entiendo bien por qué le mandas esa frase concreta al obispo.

Ramiro y Agustín se miran.

—Se me ocurrió, nada más. Al fin y al cabo, Ralph ha hecho un comentario budista.

—Ya. Claro. Tiene sentido. Hablando de otro tema. Me ha emocionado sor Brígida esta tarde. Ha sido un momento de lucidez, de...

—¿Qué pasó? —Pregunta Agustín.

—Ha tenido un *insight*, como una revelación. Y por otro lado, ha sido muy humilde contárnoslo a nosotros. A veces la belleza no tiene nada que ver con lo externo. Ese rato que hemos estado con ella, ha sido uno de los más bellos de los últimos meses. Ahí había Verdad. Ha sido a raíz de la lectura que nos pidió que le hiciéramos. Llevamos algunas semanas viniendo... Sor Brígida lo agradece mucho. —Responde Ramiro.—

—La semana pasada, que no pudiste venir, me dijo que ¿qué había hecho ella para merecer tanto?— Comenta Catalino.—

—¿Qué le contestaste?

—No me acuerdo bien. Le quité importancia.

—Hay muchas interpretaciones del karma en el budismo. Hay una palabra tibetana, relacionada con el karma, aunque no es sinónima que es *tendrel*. Es la traducción al tibetano de originación

dependiente, *pratīyasamutpāda* en sánscrito. Hace referencia a que los fenómenos nunca surgen aislados. Hay un verso del Buda, del *Samyutta Nikaya*, uno de sus sermones, de su propia palabra que dice, refiriéndose a la rueda de causas que nos tienen atados al sufrimiento:

«Cuando esto es, eso es
Del surgir de esto, procede el surgir de eso,
Cuando esto no es, eso no es,
De la cesación de esto, llega la cesación de eso.»

—Aquí el Buda se refiere a que del nacer procede el envejecer y de ahí procede la muerte, etc. Si cesamos uno de los vínculos de la rueda, van cesando los demás. Pero *tendrel* también lo usan los tibetanos para referirse a las conexiones entre personas y fenómenos. Cuando ella dice ¿qué hecho yo para merecer tanto?, me surge el tema del *tendrel*. Al gritar en la noche, se produjo la conexión. Una vez que se da el contacto, este opera de maneras extrañas, imposibles de comprender para una mente ordinaria. Pero el *tendrel* desencadena toda su fuerza inevitable.

—Disculpa mi ignorancia, Ramiro, yo siempre había pensado en el karma como una especie de recompensa moral. —Afirma Catalino.—

—Ya te digo, hay muchas interpretaciones. La más básica es esa que dices. Pero en realidad el karma es un tema muy complejo que se va elaborando y refinando a lo largo de la historia del budismo. El karma es un concepto prebudista que se refina gracias al concepto budista de originación dependiente. En palabras contemporáneas podría explicarse como que una acción, en sentido amplio, basada en la ignorancia de la verdadera naturaleza de los fenómenos deja un surco que produce un efecto y además aumenta la posibilidad de que se repita. Es, por poner un ejemplo, lo que ocurre si tiramos una piedra hacia arriba. La piedra no nos castiga cuando cae y nos da en la cabeza. Es la naturaleza de las cosas ser así. Actuar con ignorancia nos lleva al sufrimiento. Pero también se aplica a las acciones positivas, también son kármicas y también, aunque de una forma distinta nos llevan al sufrimiento. Os pido perdón, me estoy enrollando mucho.

—¡No, qué va! Está bien. ¿Entonces la cuestión está en no actuar, evitar las acciones de cualquier tipo? —Pregunta Agustín.—

—No. Esa no es la conclusión. La cuestión está en acabar con la ignorancia de la verdadera naturaleza de los fenómenos. Todo el camino budista está orientado a eso.

—Ahí es nada.—Dice Catalino.—

—Bueno, eso se articula de muy distintas formas dependiendo de factores como las características del practicante, de tipo histórico, social, etc. Son dos mil quinientos años de desarrollo, ramificación y extensión que no se pueden resumir en dos palabras.

—Namkhai Norbu decía: cada discípulo tiene su maestro y no tiene porqué ser budista, ni siquiera humano. —Dice Catalino.—

—¿Qué es eso de que no tiene que ser humano?—Pregunta Agustín.—

—Hay personas que aprenden de una situación, de una mascota, de infinidad de cosas, lo que es la entrega, el amor, la compasión... A eso se refería.

Dos

Con la marcha de Agustín, Ramiro aún encuentra menos motivos para prolongar su estancia en el departamento. Antes de que el mes de agosto traiga su usual parón en la universidad ha dejado completamente despejado el despacho y se despide de sus colegas para entrar en otra etapa de su vida. Matilda le invita a ir con ella una temporada a una de sus playitas favoritas del sur.

—Van a venir tus sobrinos también, venga hombre, no tienes nada que hacer aquí.

Ramiro acepta pero decide incorporarse por su cuenta más tarde:

—Quiero buscar unos libros en Madrid, me los llevo a Conil y allí nos vemos. —Le dice a su hermana.— Por cierto, ¿admites a una invitada?

—¡Ramiro! ¡No me digas! ¡Claro que sí!

—Va a ser una sorpresa para todos.

—¡Qué ilusión! ¡No me lo puedo creer!

—No es lo que tú piensas, pero si te hace ilusión no te la voy a chafar.

—Me dejas intrigadísima.

Días antes, una llamada de teléfono le recordó aquella nota escrita que era la broma de una amenaza.

—¿Sí? ¿Dime? ¿Quién eres?

—Hola Ramiro, soy Remei, ¿no te acuerdas de mí?

—Claro, mujer, ¿cómo no me iba a acordar? ¿Qué te cuentas?

—Pues que te vi hace unas semanas en un vídeo de la Biblioteca Nacional y me dio mucho coraje.

—¿Coraje?

—Es una expresión de mi madre, que es andaluza. Que me enfadó, vamos.

—¡Vaya, mujer, lo siento! ¿Lo dices por la nota? ¿Porque no te llamé?

—Pues claro.

—Disculpa, es que tenía compromisos que hacer y, seré muy tonto, pero me daba corte asistir a cenas y eso con una chica tan joven como tú.

—¿Qué haces ahora? En el vídeo decías que dejabas la universidad.

—Bueno, por lo pronto disfrutar del verano con la familia.

—¿No pasas por Madrid?

—¿Tú te quedas ahí?

—Sí. Tengo mucho trabajo, pero lo hago desde casa. Estaría bien que vinieras.

—Oye, hacemos una cosa, yo me paso por allí y luego te vienes a Conil con mi familia, ¿qué te parece?

—¿Con tu familia? No sé. Me da palo. ¿Hay wifi? Porque sin wifi no hago nada.

—Si no hay wifi te la pinto. Que sí, que sí, que hay wifi. Tenemos una casa cerca de la playa. Hay sitio para tí, está mi hermana, mi sobrina Ana que le llamamos 'la niña' y mi sobrino Javier. Ana está estudiando medicina en Madrid, ¿sabes? Tiene más o menos tu edad y Javier, que está en París con una estancia en la Sorbona, es algo mayor. ¿Qué te parece?

—Genial. Tendré que decirlo en la revista, pero me parece genial.

Las inmensas playas del sur y en especial las de Conil renuevan el gusto por la vida de Ramiro. No es que esté triste por su decisión pero hay algo en ese paso vital que tiene siempre el sabor amargo de un fin, aunque sea buscado. La habitación que usa Ramiro en la casa que Matilda alquila desde hace años está orientada al este. Ninguno de los jóvenes la quiere pues está tan expuesta al sol que desde muy temprano se cuele y baña la cama. Desde la propia habitación se sale a uno de los porches. Es una pena que no pueda verse la playa, oculta por unas dunas lejanas. Se oye y se huele el mar. Ramiro aprovecha y desde bien temprano se sienta en el suelo de su habitación como siempre. La calma es fácil en ese entorno.

La llegada de Remei a la casa fue todo un acontecimiento para la familia. Ella es una mujer con aspecto de modelo, alta, guapísima, que no inspira ni por asomo el trabajo que tiene. Al bajarse del coche luce un ajustado vestido con una elegancia que nadie diría que lleva más de quinientos kilómetros conduciendo. En poco tiempo, Remei, que en Madrid estuvo muy amable, incluso cariñosa, con Ramiro, se dedica por las tardes a la playa y a hacer amistad con Ana y Javi, con los que se lleva

muy bien. Aprovecha todo lo que puede las mañanas para trabajar en el porche que está protegido del sol y solo se acerca a la playa a partir de media tarde. Ramiro que aunque ya no tiene obligaciones sigue leyendo y escribiendo, disfruta de la compañía de la joven periodista que continuamente le asaetea a preguntas. Algunas tardes, cuando el calor va amainando, Ramiro se acerca a la playa en donde encuentra a Matilda con los tres jóvenes.

—Mira que eres tonto, —le dijo Matilda cuando Remei se estaba acomodando en la casa.— Me tenías que haber dicho con quién venías.

—¿Y aguantarte la brasa de que qué hago yo con una piba así de veinticinco años? —Protesta Ramiro.— Así es mejor. Una sorpresa para los niños y has podido ver con tus ojos que nuestra relación es como...

—La del ‘papito bueno’.

—¡Dale, venga! ¡Dame más caña! La chavala tiene interés en cosas que piensa que yo puedo saber y a mí no me importa contárselas.

—Y es preciosa, joven, llena de encantos. ¿Cómo a la vejez te ha dado por eso?

—No escarbes, anda, que sabes que el tema me jode.

Pero lo cierto es que quien habla más con Remei es Matilda. Su propia hija se lo hace ver. Aprovechando que Remei está dando un paseo con Javier y Ramiro, le dice a su madre:

—¡Mamá, hija! Estás con Remei que no cagas, ¿eh?

—Vaya manera de hablar, niña.

—Jo, es que es verdad. ¡Coño! Que lleva aquí diez días y desde que llegó no me abres la boca.

—¿Estás celosa? Porque si es así, me vas a enternecer. ¡Anda, ven que te dé un beso!

—Mamá, hija, ¡qué tonta eres!

—¿Ves? ¿No será que la que de verdad no quiere hablar conmigo como una adulta eres tú?

—Remei es un poquito espesa. Que me encanta, se enrolla y sale y eso con nosotros, pero ¿no la ves como acaramelada con el tío? Todo el día hablando de libros y de lo que traduce el tío. Que me regaló el otro día un ejemplar y imenudo coñazo! ¿Y el de la selva del Amazonas? Tiene un pase, pero es un rollo muy antiguo, mamá.

—Pues ese te puede interesar más, ¿no? Al fin y al cabo es la historia de una médica en un dispensario en medio de la selva.

—De una monja, mamá. Médica, pero monja.

—Monja es al final, al principio no, Ana, que lo he leído.

—Un rollito de misiones, vamos.

—Cualquiera diría que te coge de sorpresa. ¿No conoces a tu tío?

—Pues ¿qué quieres que te diga? Yo sé que mi tío hace meditación zen desde que nací, como quien dice. Pero el gusto por las monjitas que se trae ahora...

—¡Uf! No es de ahora, si hubieras conocido a tus abuelos... Cuando la abuela murió tú eras muy chica aún.

—Ya sé que me lo has contado muchas veces, pero cuéntamelo otra vez, porfa, ¿qué le pasó al tío? Es que a veces me hago un lío y meto la pata.

—Una tarde de diciembre, fue en el 87, tu tío salía de una fiesta navideña con su mujer Alicia y su niño pequeño Daniel. Él había bebido. Tuvieron un accidente. Murieron los dos: los que hubieran sido tu primo y tu tía. Él estuvo muy grave. La abuela se volcó en Ramiro y, como tenía mucha mano en gobernación, evitó que lo metieran en la cárcel pues ya te digo que iba bebido.

—¿Qué edad tenías tú....? ¿Treinta?

—Sí. Yo todavía no me había casado con tu padre. Estaba de vacaciones de navidad en casa de la abuela. ¡Qué horror! Aquello fue un horror. Cuando salió del hospital estaba curado del cuerpo pero tenía una depresión de caballo. Pasó por muchas manos, psiquiatras, psicólogos...Incluso llegó a estar una temporada en un monasterio, ¿sabes? En ese que te dije cuando me preguntaste en octubre que dónde estaba el tío. Al final, entre unas cosas y otras, se fue a Nueva Zelanda, volvió. Encontró el zen...Ya habrás hablado tú con él de todo eso.

—Y por eso no se ha vuelto a casar. Porque el tío es guapetón, joder.

—¿Te parece guapetón?

—Bueno, mamá, tú eres su hermana. ¿Que quieres que te diga? La Remei está así, un poco, suavona, ¿no lo notas?

—No. Yo pensaba que era más como académico, los libros y demás.

—A mi no me ha dicho nada, ¿eh? Que no voy yo de metomentodo, pero me da a mí que sí, que algo hay.

—Pues el motivo por el que no se ha casado, aunque nunca la haya formulado directamente, está claramente relacionado con el accidente, claro. Porque posibilidades nunca le han faltado, esa es la verdad. Hace unos años, ¿tú conoces a su amiga Camila, no?

—Sí, claro. Es la ginecóloga, mamá, que hasta me ha visto el coño.

—No seas grosera, niña. Pues cuando se murió el marido de Camila se me ocurrió, no inmediatamente como comprenderás. ¡Fíjate tú, la tontería! Se me ocurrió decirle que hacían buena pareja. Es verdad que estuve poco prudente y lo dije delante de ella. ¡Menudo cabreo se cogió! Dejó de hablar-me dos semanas.

Cuando llegan los tres del paseo, Ramiro está muy animado. El sol ya está a punto de entrar por el horizonte marino pero la inmensa playa está aún concurrida. Llena no, porque es tan grande que puede acoger a muchísimas personas. La espectacular puesta de sol deja unos minutos en silencio a los presentes. Poco después Matilda lo rompe:

—¡Vámonos, Ramiro, anda, que tengo frío!

—Os dejamos. ¿Te has traído el coche, no, Remei? ¿Os volvéis juntos? —Pregunta Ramiro.—

—Sí, sí, ¡anda, iros ya! —Les apura Javier.—

—Parece que tu niño está encandilado con la periodista. —Comenta Ramiro en el coche, de vuelta a la casa.—

—¿Sí? ¡No me digas! ¡Si lleva aquí diez días! La verdad es que la chiquilla es un pibón.

—La juventud tiene prisa para esas cosas. Me retrasé un poco en el paseo, porque me llamó Agustín y cuando me uní a ellos Javi estaba hablando de volverse a Madrid, que no tiene claro qué hace él en París.

—No me ha dicho nada todavía, ¿y qué se cuenta Agustín?

—Pues me dice que está un tanto alucinado. Ya sabes que se fue en plan vacaciones, a tantear el terreno, ¿no?

—Sí, algo me dijiste.

—Pues me cuenta el tío algo inesperado. Parece ser que sin quererlo ha dado un braguetazo con su Lara. Y eso le perturba, aunque a nadie la amarga un dulce, puede ser empalagoso para algunos.

—¡No me digas! A ver, cuenta, cuenta que a mí estos cotilleos me dan para mucho.—Dice Matilda mientras conduce encantada.—

—Oye, sé prudente, por favor. Que no salga de aquí, ¿vale?

—Claro, hombre.

—Pues me dice que después de arreglar el tema de la carta de su amiga Penny, ¿te acuerdas?...

—Sí, ¿cómo lo arreglaron?

—La forma de ser británica no es un mito, ¿sabes? Son bastante especiales en lo que a emociones se refiere. Lara le dijo que lo primero que iba a hacer cuando llegaran a Durham es citar a Penny y aclarar el tema con él delante, para que le quedara claro a Agu todo el asunto, que eran los últimos coletazos de una relación adolescente.

—Pues sí que cogió el toro por los cuernos.

—Después de ese acuerdo, Agustín aceptó irse con ella el verano y ver qué pasaba.

—Bueno y, ¿entonces?

—Me cuenta que ya alucinó cuando llegaron a Durham. Es una ciudad que no llega a cincuenta mil habitantes aunque la universidad y la cantidad de estudiantes que tiene la hacen ser bastante bulliciosa, como la nuestra pero más húmeda. Tiene un piso enorme en el centro, cuando le dijo que iban a visitar a sus padre en el campo, él tuvo la ingenuidad de imaginarse un chalecito en una zona residencial a las afueras. A Agustín siempre le han encandilado los coches. Cuando bajó al garaje con ella, le preguntó: ¿cogemos el descapotable? Me contó que empezó a reírse como si fuera coña, pero cuando se le acercó un hombre con un mono azul preguntando por qué coche le saca a la señorita, se le abrió la boca y no se le volvió a cerrar en días.

—¡Joder! —Exclama Camila.—

—No era capaz de comprender que esa era la Lara de la que él se había enamorado. Cuando le dijo de irse a su casa porque así «ahorramos» pensó en que era una chica de clase media, con su sueldito de profesora de universidad. En fin, que habían hablado de la familia y eso, pero sin entrar en detalles económicos.

—Su historia se está poniendo como la de una novela mala romántica, vamos, como las películas estas alemanas que ponen los domingos en la uno, que me dan tanta rabia pero me las trago igual. Es que eso de ser rico tiene su qué.

—No seas tonta, Matilda.

—¿Tonta por qué? ¿A ti no te gustaría tener toda esa pasta?

—No. Tengo suficiente para vivir.

—Bueno, sigue, anda.

—Pues ya te imaginas, cuando vio el Aston Martin descapotable que le trajo el hombre del garaje, se quedó de piedra. Lara le dijo que no se lo dejaba porque conducir por la izquierda no era conveniente con una máquina que alcanzaba sin esfuerzo los 240 km/h. Que se relajara y disfrutara del paisaje. Los Ralding de Durham no son nuevos ricos, pero tampoco aristócratas. Llevan bien posicionados en la zona desde finales del XIX según me ha contado Agustín y tienen una mansión enorme cerca del mar. Y allí que fueron a ver a la *family* en la que, por cierto, ha caído muy bien.

—Pues me alegro mucho por él.

—Pero espera, que ahí no acaba la cosa.

—¿Hay más? Porque necesito cambiarme de ropa.

—Vale, ahora seguimos y mientras haces la cena y ponemos la mesa te voy contando. —Acuerdan entrando en la casa.—

—Pues resulta que Agustín está sorprendido, contento y todo lo demás, pero le asusta la sombra que todo eso proyecta sobre sus vidas. Me dice que no se hace a estar viviendo allí, aunque sea en el apartamento de la ciudad. El padre de Lara está retirado y la madre, que es mucho más joven que él, aunque no lo necesita, trabaja como diseñadora de eventos *freelance*.

—¿De qué?

—De eventos.

—No sabía yo eso de diseñar eventos. ¿Bodas y esas cosas?

—Algo así será, digo yo.

—Así que Agu ha empezado a buscar por aquí y por allá, viendo dónde puede haber plaza para ellos en distintos sitios. Porque Lara no tiene plaza aún en la universidad y está más suelta que Agustín, que no quiere perder su posición. De hecho, me ha llamado por este motivo.

—¿Por qué motivo?

—Por el tema de las estancias en el extranjero y demás. El tío ha encontrado un puesto vacante en la universidad de Otago. Y antes de hacer ninguna *application* me ha pedido que le escriba a Ralph, por enterarse mejor cómo va aquello.

—¿El de Nueva Zelanda?

—Claro, Otago, en Nueva Zelanda.

—¡Ay, hijo, yo qué sé! ¿Y se lo ha dicho a Lara?

—Sí, sí, le parece bien. Para gente así, con recursos y sin moverse de la comodidad del mundo anglosajón, irse a Nueva Zelanda es como cambiar de barrio.

—¡Hola, hola! ¿Ya estáis aquí? —Matilda saluda cuando oye la entrada de los jóvenes.—

—Hola, mamá, inos vamos!—Dice Javier.—

—Pero, ¿no vais a cenar? ¿Así os vais a ir?

—No, mujer, nos cambiamos, picoteamos y nos vamos.

El móvil de Ramiro vibra encima de la mesa.

—Tío, te están llamando.—Dice Ana acercándole el teléfono.—

—¿Quién es? —Pregunta Ramiro.—

—Sor María. Toma.

—¡Qué extraño! ¿Sí? Buenas noches, madre... Dígame... ¡Vaya por Dios!... ¡Cuánto lo siento! —Ramiro se sienta en el sofá.— ¿Cómo ha sido?... ¡Vaya! Una pena, sí... Pero sus últimos días... Han sido... Desde luego, es así... Ya, ya... Lo entiendo... No, no voy a ir hasta allí ahora, tiene razón... Desde aquí me uno a usted y a la comunidad. La tendré presente, claro... Desde luego... Sí. Es triste pero por otro lado... Eso, tiene usted... ¡Ah! ¿Sí? Pues en cuanto vuelva me paso por allí, por supuesto. ¿Está el padre Catalino con ustedes?... Me alegro de que haya podido... Muchas gracias por llamarme, madre... De verdad, sí, es usted muy amable. Quede con usted también. En unos días estaré allí... Adiós, adiós. Matilda, que se ha sentado a su lado, le pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Los tres jóvenes está de pie, en bañador, llenos de arena y pasmados por la llamada.

—No os preocupéis. Ha muerto sor Brígida, una de las monjas mayores. Últimamente iba bastante por el monasterio, por la abadía, a leerle. Íbamos, porque lo hacíamos el cura y yo. Le tenía cariño, era una anciana muy especial.

—¡Vaya, lo siento! —Dice Remei con una cara forzosamente compungida.—

—Vosotros no tenéis de qué preocuparos, son cosas de la vida. Los ancianos se van, los bebés vienen. ‘El irse y el venir son solo palabras’. —Añade en voz baja. Y levantando el tono de voz sigue:— ¡Venga, vestíos que vamos a cenar!

Sorprendidos por la reacción de Ramiro, se retiran. Matilda que sigue a su lado, pregunta:

—¿Te quieres ir?

—No. No hago nada allí. Está Catalino y es la vida de la comunidad. Yo no soy nadie, si en vez de leerle hace unas semanas, le hubiera leído hace dos años ni siquiera me habría llamado.

—¿Cómo ha sido?

—Cuando han entrado en su celda a darle las pastillas de por la noche se la han encontrado muerta con el libro que le regalé entre sus manos.

—¿El que compraste el otro día? ¿Ese azul de Gregorio de Elvira?

—Sí. Ese mismo.

Tres

—Aquí tienen. —Dice sor María mientras entrega un sobre grueso.— Esto lo dejó sor Brígida en su celda. Esto y el libro, claro.

Catalino y Ramiro se miran entre sí. El sacerdote coge el sobre.

—El libro ya le dije que era para la biblioteca del monasterio. —Responde Ramiro.—

—Muchas gracias, lo inscribiremos como una donación suya.

En el frente del sobre está escrito con una letra casi ilegible: ‘Que lo abran el padre Catalino y Don Ramiro y que éste lo lea en presencia de la Madre Abadesa.’

—¿Tiene usted idea...? —Pregunta Ramiro.—

—La verdad es que no. Sor Claudina me dijo que le había pedido escribir una carta hace unos días y que como el pulso era tan malo solo escribió el sobre. Me pidió permiso para hacerlo y no quise interferir.

—Así que sor Claudina conoce el contenido.

Catalino le pasa el sobre a Ramiro.

—Claro, lo ha escrito de su puño y letra a petición de sor Brígida, como le digo. ¡Ábrala, hombre, y léala que me tiene en ascuas!

«Me encomiendo a Dios Padre Todopoderoso, a su Único Hijo y al Espíritu Santo. En estos últimos momentos de mi vida, cuando noto ya que las fuerzas se me escapan, quiero despedirme del reverendo padre Catalino y de Don Ramiro que tanta alegría han traído a mi corazón. ¡Gracias, gracias, gracias! La confesión general la he hecho ya con el padre, no hay nada más que decir. Me voy en paz. Esta carta es para sugerir a la madre abadesa una intención mía. Sé de sobra que no tiene por qué cumplirla. Ni legal ni moralmente está obligada a ello. Pero es una sugerencia que me hace feliz pensar que se llevará a cabo.

Como bien sabe, madre, antes de que usted llegara a esta abadía, mis familiares me dejaron en herencia la casa aquella que se ve arriba desde el paseo de la acequia. Por supuesto, como es preceptivo, la heredó la abadía. Cuando hicieron la obra de canalización el camino que unía la casa con la abadía se cortó y como no está unida al recinto del convento, era difícil su uso cotidiano. Aquello no se usaba para nada y se alquiló por cuatro perras durante años a un campesino que murió sin herederos. La tierra la labra alguien del pueblo pero hace diez años que la casa está cerrada y sin usar. Alguna vez, madre, hemos hablado de venderla, ¿recuerda? También es verdad que Casto, nuestro guarda, ha dicho que le gustaría tenerla para sí y ha ofrecido cuatro duros que usted no vio oportuno aceptar por lo exigua de la oferta. ¿No podría la abadía darla de por vida en usufructo a Don Ramiro para que siga beneficiándonos desde ahí?

Espero no ser un estorbo después de muerta. Lo mismo son desvaríos de una vieja monja que le quiere arreglar la vida a la gente. Lo que la madre abadesa decida, bien decidido estará.

Quedad con Dios.

Sor Brígida de la Cruz»

En el despacho de sor María se escucha incluso el roer de las polillas. La abadesa rompe el silencio:

—¿Qué opina, Ramiro?

—No sé. Me deja aun poco asombrado. Aunque sea en honor a su memoria, me gustaría visitar la casa. ¿Es posible?

Catalino se adelanta:

—Imagino que la llave la tendrá Casto, ¿no?

—Así es. Pero Casto está ya muy mayor, últimamente nos ha presentado a un chico del pueblo. Su padre tenía una herrería hace mucho. Se mudaron a la cabeza de partido, pero el chico hace chapuzas por todos estos pueblos y conservan casa. Hablaré con él, que traiga la llave y os acompañe.

—Pero, sin ánimo de molestar, ¿estaría usted dispuesto a venirse a vivir a la casa? —Pregunta sor María.—

—Dicho así suena demasiado definitivo. —Ramiro esboza una sonrisa.— Digamos que me encantaría pasar temporadas largas, sí. Pero hay que ver la casa y pensárselo. Antes de marcharnos, sor María, tome, esto es suyo. —Dice mientras le da un ejemplar del libro editado a partir de sus cuadernos.— En la portada una imagen de un poblado baniwa y el título «Me encontré en el Amazonas» de Irmã Teresa da Selva. Es la última publicación de Nunc Dimittis, seguro que le interesa.

—¡Muchas gracias! Lo leeré con interés.

Las vistas desde el pie de la casa hacia el valle en el que se encuentra el monasterio son preciosas. No es mucha la altura a la que se encuentra, apenas treinta metros de diferencia. Los suficientes para apreciar la belleza de los edificios antiguos, las hospedería, el jardín y algo de la parte delantera de la abadía que da a la carretera. La casa, en la dirección contraria al barranco que termina en la acequia, tiene un campo completamente llano que un campesino aún labra para cereal de secano. Un accesorio de una sola planta está en uso como casa de aperos. Cuando dan la vuelta para entrar por la fachada principal, Catalino, Ramiro y el joven que les acompaña saludan al campesino al llegar allí. —¿Qué se les ofrece?

El muchacho, que lo conoce, aclara:

—Estos señores vienen del monasterio a ver la casa. Él es el sacerdote que da la misa los domingos, ¿no se acuerda?

—No soy yo muy de misas. —Se rasca la cabeza debajo de la gorra. Se le ve algo incómodo, como queriendo buscar las palabras que no encuentra.—

La casa está, desde luego, muy abandonada. Es una construcción de finales del XIX como puede verse con claridad en la piedra central del dintel de la puerta: 1886. Está levantada sobre un zócalo de piedra. Ramiro piensa que probablemente esconda una bodega pues pueden observarse, aunque escondidas por la maleza, algunas troneras, como respiraderos. La puerta aún guarda los restos de la última pintura verde, desconchada. La llave, del tamaño de la gran mano del joven herrero, entra en la cerradura pero no logra girar.

—Eso no lo vas a abrir así, muchacho. —Dice el campesino.— Te va a ser más fácil echar la puerta abajo.

El joven, que lleva una caja de herramientas gruesa a la espalda, responde:

—Usted a lo suyo, abuelo. —Y hablándoles a sus acompañantes.— No se preocupen, que esto se abre en un momento.

Deja la caja en el suelo y saca un spray. Cuando lo echa sobre la cerradura, se produce algo de espuma. Vuelve a dejarlo en su sitio y enciende un cigarro.

—¿Fuman?— Dice ofreciendo la cajetilla a los presentes.

—No gracias.

—Dame uno. —Contesta el campesino.— Me apuesto un chato a que la mierda esa no hace nada.

—Hecho.— Le contesta el joven.— Hay que esperar diez minutos para que haga efecto. Es que la herrumbre es muy mala, pero eso que le he echado se lo come todo.

Ramiro y Catalino se van, a volver a darle otra vuelta a la casa. La planta es perfectamente rectangular si no se cuenta con el casetón añadido. La cara que da al barranco, desde donde se ven las vistas al

monasterio está orientada al oeste. Apenas hay árboles plantados alrededor. Unos pocos y mal cuidados almendros casi no suponen nada ni de sombra ni de vegetación. La verdad es que el entorno está un tanto desolado. Se nota la ausencia de cuidados desde hace años. Minutos después, cuando vuelven a la fachada principal, el joven con una cara sonriente, les invita a entrar. Está empezando a abrir los postigos de las ventanas, cubiertos de polvo. Una escalera estrecha interior sale de uno de los laterales de lo que en su tiempo fue la cocina. Algunos escalones están tan deteriorados que deben saltárselos para evitar hacerse daño.

—El techo no está muy mal. —Afirma el joven.— Casto me dijo que les disculpara, que anda mal de las piernas e iba a ser un estorbo más que una ayuda. Me comentó que hace quince años, poco antes de que el inquilino anterior se marchara de este mundo tuvieron que hacerle una reparación al tejado. Como las monjas no cobraban casi nada de alquiler, la pagó él mismo. ¿Ven? Esas vigas son nuevas y los travesaños, el cañizo y las tejas son de esa época. Han visto que no hay manchas en el suelo...Aquí en invierno no entra el agua, eso se lo digo yo. ¿Ha visto la terraza?

—Desde abajo se averigua algo, pero como queda cerca el barranco... —Responde Catalino.—

—Pues eso es lo bonito, —dice el joven.— Ahí pueden ustedes estar sin que nadie les moleste. Lo más cerca es el jardín de las monjas que está a quinientos metros o así.

De vuelta al monasterio dejan al joven con una propina en el pueblo y vuelven al monasterio.

—¿Qué piensas, Catalino?

—¡Uf! No sé. La verdad es que el entorno, salvo la vista, tiene poca gracia. Hay que meterle dinero seguro. Con gusto y ganas se puede hacer algo curioso, un poco grande para una persona sola.

—Hombre, si acepto, cuento contigo, al menos los fines de semana. —Responde Ramiro.—

—Gracias, Ramiro, es un honor. Pero aunque no tengo previsto marcharme, te digo que yo no dependo solo de mí, que le debo obediencia a la Iglesia. No sé si en el obispado sentaría bien que no me quedara en la hospedería. La casa admite tres habitantes, al menos.

—Depende de cómo lo organices, pero cómodamente tiene unas tres habitaciones grandes.—Responde Ramiro.—

—Pues eso. Ideal para un alojamiento de turismo rural o algo así. Pero habiendo el que hay en el pueblo que, ya ves, suele estar disponible. De aquí a que se recuperara la inversión podrían pasar años.

—Total, que sor Brígida nos ha hecho una sugerencia...

—Ella solo lo ha dejado caer. Tendrás que pensarlo.

Cuando vuelven al monasterio esperan a la hora de la cena para hablar con sor María.

—Es una tentación, en el buen sentido. Agradezco mucho lo que usted me ofrece, sor María. Tengo que pensarlo.—Le dice Ramiro.—

—¿Lo ve usted igual, padre?

—Es que hay que meterle dinero para hacerla habitable, ¿desde cuándo no va usted por allí? —Pregunta el sacerdote.—

—No la he pisado nunca. No sé nada más que lo poquito que se ve de ella desde el jardín. Pero quisiera decirle que ya que tengo la llave en mi poder, provisionalmente y hasta que usted tome una decisión, me gustaría dejársela en custodia para que se sienta libre de visitarla con quien quiera. Ya he dejado dicho al muchacho que hable con el hombre que labra las tierras para que deje sin candado el casetón, que allí no guarda nada de valor según sus propias palabras. —Dice la abadesa mientras deja en manos de Ramiro la gran llave de forja.—

Matilda conduce días después por la carretera hacia el este.

—Espero que merezca la pena el viajecito.—Se queja en broma.— Me llamaron ayer los niños. Les va bien en Madrid. Han alquilado un piso entre los tres y Ana está buscando una amiga para que les salga más barato.

—¿Qué se cuenta Javi? ¿Cómo le va con Remei?

—Tu Remei ha venido como agua de mayo. El pobre tuvo una experiencia un tanto chungu en París. Nada importante según él, un desamor, vamos. Pero esa chica le ha devuelto la alegría.

—Lo jodido de la juventud de ahora, ¿qué te voy a contar que tú no sepas?, es que están muy preparados pero no tienen trabajo. Ana, sí, en cuanto acabe la carrera seguro que encuentra algo pero Javi, con el esfuerzo que ha hecho para sacar la carrera y especializarse, ¿quién necesita a un doctor en filosofía? Y encima va y se saca el doctorado en la Sorbona con una tesis de filosofía de la ciencia.

—Algo encontrará. Dale tiempo.

—Pero se le han acabado las becas y ya no lo tiene fácil con treinta años que tiene.

Matilda coloca el intermitente y se encamina a la entrada del monasterio.

—Sigue, sigue, no cojas para el monasterio. Unos trescientos metros más adelante. Ve despacio. ¡Por ahí, a la izquierda!

—Pero esto es un camino de cabras, Ramiro.

—No te preocupes, es ahí mismo. Para delante de la puerta.

Matilda y Ramiro abren la puerta de la casa. Esta vez la gruesa llave gira sin problemas.

—¡Cómo está esto de sucio, por Dios!

Tras abrir los postigos de las ventanas y dejar el paso de la luz, con la calma y la mirada de Matilda, Ramiro empieza a ver otras posibilidades. Cuando suben con cuidado la escalera y abren con dificultad el ventanal, el disco solar está a punto de ocultarse tras la torre de la iglesia.

—Esto es precioso. Esta vista es un lujo.

Un sonido del móvil irrumpe en el silencio del momento.

—Aquí hay cobertura. —Dice Ramiro.—

—Es Ana, me pregunta que cuándo voy a ir a Madrid, que quiere que le lleve unas cosas.—Informa Matilda.—

—Dile que mañana.

—¿Mañana? ¡Pero si acabamos de llegar!—Matilda exclama sorprendida.—

—Sí, pero te voy a llevar a cenar a un sitio cerca de aquí y te voy a comer el tarro con una idea que se me ha ocurrido.

—Bueno, espera, luego le respondo.

—¿Qué te parece entonces la casa?

—Lo hablamos en la cena, tú, que se hace tarde y no me quiero partir la crisma por esas escaleras.

—Se queja Matilda.—

A unos diez minutos, en una antigua casa solariega, brindan ambos hermanos:

—¡Salud!

—Entonces, ¿qué te parece la idea? Si no es con tu apoyo, no lo hago.

—A ver, la idea es estupenda. Nosotros nos llevamos relativamente bien, así que por eso no hay problema. No sé qué voy a hacer con tantos libros, pero bueno.

—Los libros se repartirían entre esta casa y la tuya. O mejor dicho, todos los que quepan en la casa entran y los que sobren, ya veremos. Lo que no quiero es dar el salto en solitario y tampoco emprender a mi edad una hipoteca para arreglar esa casa. Así que tengo que vender mi piso. Tú me dijiste antes del verano que estás buscando un piso. No sé en qué estabas pensando pero yo no te daría prisa para pagar. Es cuestión de números, ¿no?

—Sí. Pero...

—Es el momento de los peros, dime.

—Que la propiedad debe ser tuya. A mí eso del usufructo no me convence. Ofrécele a sor María el precio de mercado de la finca o de la casa, a ver qué dice. Te traes un tasador elegido por ella y lo veis.

La nochebuena de 2019, ajenos a lo que estaba por venir en el siguiente año, Ramiro, Matilda y Remei salen de la misa del gallo en el monasterio. Han invitado a Catalino a la nueva casa. Desde algunas ventanas del monasterio puede observarse que sale humo blanco de la chimenea de la casa a lo lejos y se queda flotando en el barranco.

Al llegar a la casa les esperan Ana y Javi que escuchan entretenidos las tonterías de la televisión. Los reciben con cálidos abrazos que contrastan mucho con el seco frío del campo castellano.

—¿Un poquito de pacharán?

—¡Brrr! ¡Sí, pega! —Responde Matilda.—

Javi abraza a Remei y le frota la espalda, llevándola delante de la chimenea:

—Ven aquí, tesoro, que estás helada.

—¿Habrán llegado ya? —Pregunta Catalino.—

—¿A Barajas? Sí, me dijeron que llegaban a las ocho.—Voy a ver el whatsapp— Sí, ya están en el coche. Estaremos apretados pero a gusto. Yo te bajo luego a la hospedería. Por una vez no creo que sor María se moleste. Hoy es Nochebuena.

Minutos más tarde, el frenazo de un coche se siente en el campo.

—¡Felicidades! —Dice Ramiro que abre la puerta y ayuda a sus amigos a subir las maletas.

—¡Qué alegría, Agustín! —Matilda saluda a la pareja.— Hola Lara, encantada de verte de nuevo. ¡Pero bueno! ¡Camila! ¿Qué haces tú aquí? ¡Estamos todos! Me alegro mucho de que te hayas animado. Ramiro estaba un poco contrariado.

—Quería darle una sorpresa. —Responde.—

—Pues qué bien, no se le puede pedir nada más a la vida. Amigos, calor, alegría...

Agustín levanta dos botellas de whisky, una en cada mano:

—¡Y whisky escocés! ¡Feliz Navidad!